

# IZTA

## EL CRUCE DE LOS CAMINOS

JULES FALQUET





IZTA  
EL CRUCE DE LOS CAMINOS

Jules Falquet

Libro editado e impreso electrónicamente por:  
**fem-e-libros / creatividadfeminista.org**

<http://www.creatividadfeminista.org>  
<http://www.creatividadfeminista.net>  
[autoras@creatividadfeminista.org](mailto:autoras@creatividadfeminista.org)

Edición original en francés: *Izta, la croisée des chemins*  
éditions gaies et lesbiennes, Paris. 2002

ISBN: 2-912706-16-5

Primera edición en castellano: **fem-e-libros**  
México, 2004  
© Jules Falquet

Foto de portada: Frida Hartz  
Foto de contraportada : Ralf Sprenkel  
Traducción: Jules Falquet

# **IZTA**

## **EL CRUCE DE LOS CAMINOS**

**Jules Falquet**

París-México-París, 1999-2002

*fem-e-libros*  
*www.creatividadfeminista.org*



Traducido por la autora, con la valiosísima ayuda de Fabiola Calles y otras muchas personas que no alcanzo a nombrar y el entusiasmo de Ochy Curiel a quien quiero agradecer de manera muy especial por todo su apoyo y amor





A las mujeres que luchan,  
a las que están tras las rejas,  
a las desaparecidas y a las vivas,  
a La Grande, a Izta,  
a Bloody,  
y sobre todo  
a todas las mujeres de esta historia



Este encuentro es el fruto de mi imaginación: aunque se apoye en la historia verídica de México y Centroamérica. Cualquier semejanza con personas reales es pura casualidad.

## Los acuerdos y después

*La bala en su lugar  
Ya no explora agresiva el corazón  
La carne, el vientre  
Silencio en las campanas  
En los rostros añosos de las estatuas  
En las cantinas de los barrios  
En la casa de la costurera*

*Los semáforos en rojo ¡precaución!  
Lobos y corderos sentados a la mesa  
Gatos y ratones  
Acérrimos irreconciliables.*

*Soy una hormiga en esta plaza  
Llevando a cuestras  
Demasiados sentimientos encontrados  
Presiento en los ausentes  
Sus cálidas miradas  
Su contacto tibio en medio del horror*

*Me toco  
Yo también pudiera estar muerta  
Si no fuera por la cerveza que me tomo  
Y este cigarro que se quema entre los dedos*

*Pero los sobrevivientes  
Viviremos escindidos  
Entre la alegría y la culpa  
El hallazgo y la pérdida  
Y cientos de historias  
De dolor y de ternura  
Humanas  
Definitivamente humanas.*

*Silvia Ethel Matus Avelar,  
San Salvador, Julio 1993*



# Índice

I. Viajes .....	3
II. Noviembre en México-Tenochtitlan .....	15
III. Encuentros .....	33
IV. Selvática .....	57
V. Ixquic .....	71
VI. Ehecatl .....	81
VII. Iztaccihuatl .....	95





## I. VIAJES

“México exporta”, se lee en círculo alrededor de una cabeza de águila. A la izquierda del sello, se ve el dibujo de una olla en el que está escrito: “cobre martillado”. Es la antigua estampilla de 1,500 pesos. Las autoridades postales mexicanas realmente piensan que la gente es pendeja. México exporta cobre martillado: ¿acaso no hay nada más urgente que mencionar en las estampillas? Como por ejemplo: ¡Estamos en guerra! ¡Estamos masacrando a los indígenas!

La dirección. Apartado postal 207, San Cristóbal de Las Casas. El mensaje es breve. “Bárbara: un enérgico 8 de marzo. Tina.” La postal es vieja, con tres hoyitos de chinchetas y marcas de cinta adhesiva. Se ve que ha sido pegada y vuelta a pegar. En la parte de abajo, en letras diminutas, se descifra un mensaje publicitario del fabricante: “Coleccionen postales”. ¿Es que no hay nada más importante que decir...? ¿En qué pensarán los fabricantes de postales? Con ternura, Bárbara voltea la postal que Tina, desde México, le mandó un día, hace mucho tiempo, cuando

vivía en Chiapas. La mira intensamente. Su corazón se encoge, una emoción indefinible le aprieta la garganta. Sigue, hipnotizada, las marcas negras que estrían el azul de la foto. Escruta perdidamente la fina rasgadura blanca en la película plastificada que marca la línea donde una mano negligente dobló la postal. A lo lejos se ve el horizonte, una estrecha banda azul clara por encima de las cumbres. Luego la tierra, azul también, más oscura. Forzando la vista, se divisan unos campos, unas montañas más cercanas, y unas nubecillas despeinadas, difuminadas, al pie del volcán. Atravesada en la postal, se le observa: tendida boca arriba, magnífica, la cara hacia el cielo, el pecho fuerte, el vientre redondo. Cubierta de nieve, imparable, sobre su lecho immaculado: Iztaccíhuatl, la mujer dormida. Izta volcánica y poderosa. Izta, serena, espera su hora. ¡Izta, oh madre! Tú eres quien me llama, tú eres quien me trae de vuelta...

Bárbara guarda amorosamente la postal en su mochila, levanta la caja del acordeón y sale sin mirar atrás.



Una vez más, Ana María se da vuelta, intenta acomodarse entre la ventanilla y el asiento de adelante. Su vecino ocupa todo el espacio. No sólo se extiende hacia el pasillo, sino que ha inclinado la parte superior de su cuerpo hacia la izquierda, hacia el lado en que ella está sentada. Es un blanco. Calientito, se desparrama sin pudor, seguro de estar en todo su derecho. Ronca tranquilamente. Y además, apesta. Seguro que si estuviera sentado junto a una caxlana —es decir, una blanca— tendría más cuidado. Tal vez incluso hubiera intercambiado unas cuantas palabras con ella. Pero en este caso, ella sólo es una indita de nada, una campesina anónima, de esas que se ven en los camiones de segunda clase, con su pobre falda y su huipil deshilachado, sus sandalias gastadas y el viejo morral en el que guarda sus tres haberes.

En el retén militar, saca de su morral una bolsa de plástico cuidadosamente doblada, de la que extrae una bolsa más pequeña. En ella se encuentra un pequeño rectángulo de cartón maltratado, en el que una mano aplicada ha escrito: Ana María Pérez Jolote, Tres Puentes, municipio de San Andrés Larraínzar, Chiapas. El soldado le hace mala cara. Le da vuelta y más vuelta al papel, como buscando algún detalle invisible. Apunta su linterna sucesivamente de la foto de la tarjeta de identificación a la cara de Ana María. Identificación. Cara. ¡Qué difícil es distinguir una india de otra! El jefe les ha repetido mil veces que tengan mucho cuidado: así es como los zapatistas se burlan de los controles. Uno cree que está delante de una humilde indita como todas las demás, y está dejando pasar a los “subversivos” que van a sembrar el desorden en todo el país. El soldado se queda con el documento para pensarlo, mientras devuelve sus papeles al Señor que está sentado al lado: honesto ciudadano mexicano de León. Profesión: negociante de muebles. Ropa fina, zapatos caros. Sonríe maquinalmente y su lámpara alumbra brevemente la mano bien cuidada del hombre que guarda su pasaporte en una cartera repleta. El rayo de luz rebota en el logotipo dorado de una tarjeta de crédito y se incrusta en su ojo. El soldado gruñe un buenas noches y prosigue hasta los asientos de atrás. ¿Qué estará haciendo esta indita en el camión? No viaja con el señor, esto se puede dar por descontado. Probablemente sea una sirvienta que va a buscar trabajo en México. Bueno, el tiempo es oro, ¡siguiente! Aquél, si no es un Salvadoreño que intenta pasar de mojado, me cambio el nombre. —Entonces, colega, a ver: ¡cántame el himno mexicano! —Pos... —¿Quién está en las monedas de a 50 centavos? ¿No sabes? ¿No conoces a Benito Juárez, hermano? ¡Prócer de la Nación, Indio de Oaxaca! Prueba de que nuestra patria ha sabido darle cabida a los indios, ¿a qué no? Bueno, vas a bajar conmigo, hijo de la chingada. Al bajar del camión, el soldado revisa maquinalmente su bolsillo. ¡Carajo! La identificación de la india aquella. ¿Y qué? ¿Peligrosa? Con

su cara morena cerrada, indescifrable, cualquiera, tan familiar, el soldado se figura perfectamente que es la hija mayor que su familia envía a la capital para que se emplee como muchacha. Es inútil desgastarse por una indita más. Ya con un Salvadoreño indocumentado, la pesca no está mal... Luego viene el camión de Oaxaca antes del relevo, siempre está lleno de campesinos altamente sospechosos. Seguro que podrá detener a unos cuantos. El jefe se pondrá contento. No le gusta cuando detienen a mujeres. Causan desorden, porque no se las puede encerrar con los varones, hay que estar vigilándolas todo el tiempo, no hay donde meterlas... Bueno, pues... la identificación. Se la extiende al chofer, con superioridad, y triunfante, empuja al delincuente fuera del camión. La puerta se cierra detrás de ellos. Ana María, impasible, reclina la cabeza y busca una posición para dormir.

Pasa unas horas agitadas, las curvas la despiertan, se voltea entre dos fragmentos de sueños. Abre un ojo sobre la noche impenetrable detrás del vidrio, que esconde por igual pueblos, montañas y desiertos. Visiones fugaces de casas pobres a la orilla de la carretera, de cactus que se yerguen sobre un cielo estrellado, que se mezclan con el rostro de su hermana que la toma en sus brazos, de su madre doblada sobre el molino de nixtamal, de las mujeres de la comunidad que la acompañan hasta la carretera, esperando con ella el microbus que la llevará a Jovel-San Cristóbal, primera etapa de su largo viaje. Su entrevista con Alba, la dirección. La ciudad colonial, hostil, erizada de soldados. El camión. La araña blanca emboscada en el fondo del valle, tan irremediadamente lejos, ya. Una vuelta, otra vuelta más, el camión parte la noche velozmente. Cuando abre los ojos ne nuevo, el alba está floreciendo. Un ambiente gris y blanco flota sobre un mundo de campos pelados, de pinos. Su mirada explora el paisaje, aún alucinado de sueño. Sigue la línea del horizonte. Una curva tras otra. Y de repente, a la izquierda, ella la ve. ¡Iztaccíhuatl! Por lo tanto, estoy llegando al valle de México... En medio de la bruma que se está disipando,

diáfano, inmóvil, un contrafuerte desnudo se lanza hacia el vientre nevado, el pecho tranquilo, el rostro dirigido hacia las nubes. Dicen que eres una princesa dormida, Izta... ¡Abuela! ¡Qué tu bendición me acompañe! Nuestro pueblo la necesita...



En el avión, Ligia cierra el periódico con desgano. Una vez más, en Chiapas, la situación es grave. La tensión extrema. Un artículo habla de la instalación de nuevos campamentos militares cerca de Amador Hernández. Por supuesto, no dan ningún detalle: como siempre, el enemigo mantiene secretas sus posiciones exactas y el periodista no ha podido investigar, los militares cerraron la zona. Hay que leer entre líneas... Lo que le hace falta, son los compañeros que le transmitan informaciones reales, concretas, útiles para poder actuar, buscar a los demás y hacer algo. En vez de sentirse así perdida, impotente, llena de esa cólera que no encuentra salida. Eso, de veras, es algo que siempre extrañará de antes. Antes... Sin previo aviso, su mente se escapa hacia la tumba de Venancio. El pequeño cementerio de paredes blancas. Los rectángulos rosados, azules, amarillos, verdes, las coronas de yeso descoloridas y llenas de musgo. Aquí, un ramillete marchito desde hace años. ¡Por lo menos desde la caída de Somoza! Allá, al asalto del cielo, un manojo de alcatraces con sus alargadas corolas blancas surgiendo de un tallo verde claro, tan tierno que darían ganas de comérselo. Arriba —terriblemente alto— ese cielo azul, siempre tan infinito. Se acerca como quien evita el objeto de su búsqueda, dando mil vueltas. ¿Y si no encontrara la tumba? ¿Y si Venancio ya no estuviera aquí? Ellos son capaces de cualquier cosa, de haberlo desenterrado, de haber dejado sus restos expuestos a las aves de carroña, a los perros errantes. Son capaces de haberlo torturado de nuevo. ¿Por qué? Todo pasó hace tanto tiempo, pero no me extrañaría que se ensañaran con los muertos, con los símbolos más sagrados. ¡No! El enemigo se ha olvidado. O más bien al enemigo le importa un carajo, en el fondo. El enemigo

nos desprecia. Duerme a pierna suelta. De repente, se despierta de su siesta para clavarte un cuchillo en el corazón, pero es casi por casualidad, un automatismo, un espasmo. El resto del tiempo, sólo se oye un espeso ronquido que cubre los gritos del pueblo. ¿No es así? El silencio, el olvido. Más sofocante que la barbarie sangrienta. El olvido que carcome... ¿Acaso ya nadie se acuerda? ¿Soy yo la única que persigue la memoria, que rindo homenaje, que visita a los muertos, que busca y busca todavía esta energía que ya no existe? Se siente absurda, tan tremendamente sola. El cielo la aspira, se ve desde arriba, nítidamente: un insecto alocado que divaga sobre su pedacito de tierra, mecánico, como movido por un reflejo automático. ¡Ah! Repetir esta historia hasta el final de los tiempos. ¿No hay un libro sobre esto? Fahrenheit no sé cuanto, que hablaba de gente que vivía en los bosques, como animales, greñudos, de edad incierta; que caminaban sin rumbo mientras recitaban sin descanso, cada cual el libro que le correspondía. Se habían propuesto aprender, página por página, los libros que el poder había mandado quemar. Eso debía hacer ella: mantener la memoria a pura fuerza de voluntad, no olvidar. A cada quien un fragmento de lo que aconteció, de lo que fue vivido. Es preciso recordar la verdad, la que Ligia vio con sus propios ojos. Pero los periódicos nunca hablan de eso, de Venancio muerto y enterrado. No: desaparecido, desaparecido... Ella también: desaparecida. Pertenece a otra memoria... Mira a la joven sentada a su lado, en el avión. Quince años tal vez. Piel cobriza, pelo largo, oscuro. Tiene una expresión que no puede interpretar... ¿Sabrá lo que pasó antes de su nacimiento? La guerra en Guatemala: está tan lejos hoy... ¿Será que sintió, siquiera, el roce de la garra atroz de la guerra? Su expresión es tranquila, confiada... ¿Ciega? Llena de sueños. ¡Ah! ¡Quisiera ser leve como ella, nueva...! Poder olvidar todo esto, comenzar de nuevo, hoy, con lo que sé. Burlarme de las trampas, abalanzarme sobre el enemigo, directamente, fulminarlo de un solo golpe... así, de otro modo se vuelve a levantar. Nos creíamos tan audaces entonces. ¡Tan inocentes, más bien! Tan confiados...

Venancio, ¿estás aquí? ¿Venancio? Vine, ya ves. Vos sabés por qué he venido: aquí estamos, Venancio. No estás solo. Ligia se acerca a la piedra blanqueada con cal, aparta unas ramitas secas y luego, familiarmente, se sienta. Del bolsillo de su camisa, extrae una cajetilla de Delicados y unos cerillos. Mentalmente, ofrece un cigarrillo. No hay respuesta. Brota la llamita. Lo pensé bastante, sabés. Le he dado mil vueltas en mi cabeza. Y sinceramente, sopesando mis palabras, te lo digo: no creo que nos hayamos equivocado. Sé que no pudieron con vos. Conmigo tampoco, Venancio, ¡conmigo tampoco! No se los permitiré, te lo juro. ¿Me oís? Venancio, ayudáme... Pasaste el río y el corredor del viento, pasaste la cueva de los cuchillos de obsidiana. Te conozco: apuesto que a esta hora, te estás tomando una cerveza bien fría con el señor de Xibalbá, hablando de los colores increíbles del cometa Halley. ¿Cómo decís? ¿Te están comiendo los gusanos? ¡Pinche Venancio! No te creo. Seguro que los gusanos han respetado tu cabeza y tu corazón, Venancio, no puede ser... Mirá, te traje la revista. Aquí la voy a dejar, para que se aprovechen los gusanos hambrientos. Venancio, me has hecho falta. Nos hacés falta a todos, sabés. Copiaba tus poemas para invocarte, para estar contigo, para que otros oyeran tu voz. Hemos sacado dos mil ejemplares. ¿Te parece absurdo? ¿Por qué? ¿Se acabó todo? Está todo enterrado, contigo... ¿Estoy loca? No me digás que no: sé que otros han venido a verte. ¿Qué les dijiste? ¿Que estamos todos perdidos? ¿Creés que es un delirio colectivo, que hay que acabar de una buena vez con todo esto? ¿Cambiar de casete, olvidar? ¿Dejarte descansar en paz? Ya lo sé: lo que te interesa son los halcones migrantes, la danza del polen en el viento por encima de la selva de Guatemala en primavera. Sé que es tu forma de acordarte de nuestra tierra... Como quien no quiere la cosa, Ligia remata los últimos destellos del Delicado contra la suela de su zapato, y con un gesto automático, guarda la colilla entre el plástico y el cartón de la cajetilla —para no dejar huellas inútiles. Respira hondo. ¿Será que tenemos sangre en las

manos, Venancio? ¿Indirectamente, es que cuenta? Me acuerdo de Shun —te acordás de él también, verdad, aquél chamaco que se vino con nosotros después de la masacre de Chajul. ¡Estaba bien patojo, en aquél entonces! Siempre pienso en él... Hice todo lo posible muchas veces, para saber qué había sido de su vida. Nadie me ha podido decir nada, todo el mundo ha muerto, o se ha ido lejos. Nunca me enteré qué se hizo, nunca. He vuelto a Ciudad Guatemala, pero nunca me sentí capaz de ir al Ixcán... Ah, Venancio, ¡vos no reconocerías nada! Solo vi una foto en el periódico de la plaza de San Pedro Ixcán. Irreconocible. El gobernador inauguraba una escuela, una escuela bilingüe. El edificio brillaba de blancura en la imagen. ¿Te acordás de la plaza cuando entramos aquél día? El silencio, el olor, los cuerpos... Quisiera no haber vivido ese momento nunca. Pero así fue: allá estuve, lo vi todo. Y ahora soy la única que queda en esta tierra que lo haya visto. ¿Te das cuenta? La llama salta de nuevo, rojiza. A veces, cuando despierto, siento encima un peso tan grande. Me siento exhausta como si hubiera caminado toda la noche en la sierra de los Cuchumatanes. Exala una bocanada gris que se dibuja sobre una nube blanca. Pero me estoy perdiendo, estoy divagando... Venancio, te he venido a visitar, para saludarte, para contarte los últimos chismes. Rosita tuvo una hija. María encontró trabajo, en la universidad además. La verdad que tuvo suerte, sabés, su *FM3*, *su visa* —la que El Negro le había hecho, ¿te acordás?— estaba hecho pedazos. Se parecía a la guerrilla guatemalteca: igual, cuatro pedazos, bien hechos mierda, ¡imaginate para encontrar trabajo! Bueno, ya sabés, lo de los cuatro pedazos, es una broma... Parezco irrespetuosa a veces, pero me conocés. Vos sabés lo que me ha costado. Es mejor reímos. Repite el gesto : la suela, las chispas rojas y grises, la cajetilla. Ligia agarra una flor marchita y juega con ella. ¿El Negro? El Negro, pues, sigue tomando como loco. Creo que a menudo brinda por vos. ¿Qué más te cuento? Pinche Venancio, ¡me seguís impresionando igual que antes! Con vos, el silencio es el mejor de los lenguajes. Siempre nos entendimos mejor



en la acción, ¿no es cierto, compañero? La melancolía, cada quien se la guarda. Los revolucionarios no lloran, ¿verdad compadre? Arranca el último pétalo. En todo caso, eso decíamos, ¿verdad? Destroza el corazón y el tallo. A vos también, sé cuanto daño te ha hecho creer esto. Creo que lo sabés. Arroja los pedacitos a lo lejos, como ausente. Pero era necesario, ¿no?

De repente Ligia se estremece, se pone en guardia. El instinto de sobrevivencia se ha hecho una segunda piel, un reflejo. Hay una presencia, alguien entró al cementerio. Se incorpora de un salto. Hay una sola entrada, una sola salida: mientras caminaba al azar hace un rato, su cerebro grabó todos los detalles del camino, el pasillo central, los pasillos laterales. Oye voces, a la derecha, a cincuenta metros aproximadamente. Desde donde está puede dirigirse a la izquierda, de nuevo a la izquierda y salir sin que la vean. Deja la revista —para vos, Venancio, *in memoriam*— prensada con una piedra pesada, a causa del viento. Agrega una flor que recogió cuando venía, entre las tumbas, nutrida de muerte, para los muertos. Descansá en paz, vos para quien todo se acabó, ¡adiós, Venancio, adiós! Al dar la vuelta a la esquina donde está Venancio, discretamente observa quien viene. ¡Qué ganas de reír, o más bien de llorar: una vez más le ganó la paranoia de la ex-guerrillera! Sólo se trata de una familia. Una familia indígena, con la abuela, la madre, el padre y la marimbita de hijos. Cinco —no: seis, contando el que está en el rebozo, del que solo se ve el bracito. En silencio, con recogimiento, caminan hacia sus muertos.

Once menos cuarto. Ya vamos llegando. Pucha, el avión, ¡qué avance! Cuando pienso en todo lo que hemos caminado nosotros en el frío y en el lodo... Como hormigas incansables en los senderos de la Zona Reina, agotados, tiritando, muertos de hambre. Eramos una columna como un puño, como la flecha en el corazón del enemigo... Nos obligaban a hacer esto. Creían que

no tendríamos la fuerza suficiente, pero nos sobraba la fuerza, la esperanza. Teníamos una voluntad de hierro, la moral muy en alto. Ellos, por su lado, tenían aviones, amistosamente proporcionados por el Tío Sam. Pasaban por encima de nosotros infinitas veces sin vernos... Pero por la Virgencita, cuando nos veían, ¡cómo nos volvían mierda! Puede parecer estúpido, pero lo que más miedo me daba, eran las luces de bengala. Esa luz que parte el cielo, que desgarrar la noche como un farol, que implacable aplana, aplasta el frágil escondite de la sombra. No hay donde esconderse, se ve como si fuera mediodía, mientras las ráfagas de ametralladoras crepitan alrededor. A veces, me parece haber visto todo esto en una película. Ah, debíamos de estar locos... Hay una divinidad que protege a los locos, ¿no es cierto? El avión se inclina hacia la derecha, Ligia deja su mirada escaparse por la ventanilla. Su corazón da un brinco: Izta, tan rápido... Quisiera que se acercara el avión, para verla mejor, para saludarla más de cerca. ¡Izta! Compañera volcana, es usted una compañera de verdad. ¿Qué hubiéramos hecho sin los volcanes? ¿Dónde nos hubiéramos escondido? Ustedes nos ayudaron contra el enemigo. Nos acogieron cuando éramos perseguidos. Si no fuera por ustedes, no estaría aquí: ¡no se me olvida! Afuera, Izta se aleja, impasible. El avión desciende, ojalá no haya nadie esperándome. No, pues, estoy delirando, bien puedo ir a Chiapas, no es que haya tanto control. Aunque... Seguramente verifican las listas de pasajeros, no es tan difícil. Eso es lo que yo haría si fuera ellos. Pero ellos, ¿qué hacen? ¿Quién es el enemigo? ¿Cómo piensa? ¿De qué recursos dispone? ¿Todopoderoso? ¿Estúpido? ¿Indiferente...? El avión aterriza. Por fin, un cigarrillo. Ligia se pone de pie, agarra su bolso de dama, un bolso bastante bonito por cierto —hay que darse gusto de vez en cuando, piensa, le da un toque burgués— ¡perfecto! ¿Quién creería que esta señora de cierta edad, que no desentonaría con las calles de la Zona Rosa, ha sido uno de los “delincuentes terroristas” más buscados de Guatemala? Al pasar delante del puesto de migración, en el vidrio polarizado,

observa su imagen de reajo, para ver si es convincente el disfraz. Pero ¡ay, qué veo! ¿Esa soy yo? ¡Por mi madre! Las guerrilleras no deberíamos envejecer... San Ernesto, que estás en el cielo: ¿no podrías hacer algo por nosotras, decirle algo al Jefe?



## II. NOVIEMBRE EN MÉXICO-TENOCHTILÁN

El aeropuerto está en obras, para recibir dignamente las hordas de turistas que seguramente se abalanzarán como langostas tan pronto esté definitivamente liquidada la “rebelión indígena”. Nadie la espera. Nadie la sigue. Todo parece normal. Ligia apura el paso hacia el metro: claro, ¡tardará más para ir del aeropuerto a su casa, que de Chiapas al DF! Nuestro querido presidente no pensó en eso cuando se ensañó contra el sindicato de los camioneros de la Ruta 100. No, al contrario, impidió que un grupo sedicioso, de seguro infestado por el terrorismo, causara daño al país y a los intereses superiores del Tratado de Libre Comercio. De todas formas, había demasiado camiones. Los toyotas de los nuevos millonarios ya no podían circular con tantos embotellamientos... Ciertamente: ¿qué hacer con todos los muertos de hambre, que no tienen ni carro, ni trabajo, ni siquiera un petate donde caerse muertos? Los tecnócratas tienen un problema muy serio: ¿cómo se van a deshacerse de nosotros? ¿Nos mandarán a la luna? Porque si nos petateamos todos, aquí nomacito, ¡va a heder en grande...!

Tal vez nuestro querido presidente irá a refugiarse en la gruta de Chapultepec, y le pedirá asilo al señor del inframundo. Igual que Motecuhzoma cuando vió llegar a Cortés. Si las cosas me salen mal, lloro y me pongo en huelga de hambre, es decir: me salto una comida. Pero el señor del inframundo lo mandará al carajo, igual que a Motecuhzoma. Vaya, no estoy preocupada: ¡siempre tendrá la posibilidad de irse a Miami! Dos vuelos diarios, como anuncia el inmenso cartel que cierra el horizonte delante de ella. ¡Deberíamos fusilar a todos los publicistas! Habrá que pensar en esto cuando hayamos tomado el poder. ¿Qué hacer, fusilarlos antes o después de haber resuelto la causa de las mujeres? Espinoso problema... Tomaré nota para el debate del comité central.

Pues... ¡Ojalá y hubiera un comité central todavía!... Elaborando todo un hipotético plan de batalla, Ligia avanza a pasos rápidos por la calle Ocotál, pasa delante de la tortillería y observa automáticamente si no hay ningún movimiento sospechoso en derredor, antes de sacar su llave... ¡ay Virgencita! Esta paranoia... Todo está bien. Con un suspiro de satisfacción, empuja la puerta. Su casa siempre es una buena sorpresa. No se puede decir lo contrario: su casa no está nada mal. Y para empezar, tiene casa propia. No le ha ido tan mal para ser ex-guerrillera... Sin diplomas, pues no. Cuando los compañeros vinieron a preguntarme si me iba a incorporar de lleno, no lo dudé. ¿La universidad? ¡Primero la justicia para todos, compañeros! Sin calificación. O más bien, sí. ¿Pero cómo explicar? Experta en explosivos, especialista en expropiación de bancos, oradora destacadísima en lo mítines, organizadora incansable. Y en combate: ¡un demonio! Modestia aparte, había que verme... Valiente entre las valientes. ¡Al enemigo lo fulminaba! Jamás me tembló la mano, lo juro. Bueno: sin calificación. Afortunadamente, tengo un hermano en Vancúver, Canadá. Es un buen muchacho. Cuando le hablaba de la lucha, siempre ponía cara de serio: tengo hijos, Ligia. Y yo, tal vez hubiera querido tener hijos también, ¿no? No, miento, en el

fondo nunca quise. Pero tenía derecho a tenerlos yo también, como cualquier persona ¿verdad?. Mi hermano, no me puedo quejar, siempre me ayudó. Me manda mi conqué de vez en cuando. Pero son tantos los que hicieron su pequeña vida tranquila durante todos estos años, y luego todavía vienen a regañarte y a restregarte su estrecho moralismo en la cara. ¡En todo esto dejé mis dientes yo, señoras y señores! Miren mi boca, mi salud, pues. Mi alma, tal vez. Bueno. No me ha ido tan mal, después de todo... Si se puede llamar a esto vivir, por supuesto. ¿Es que se puede?... Bueno, ¡basta! Hay que seguir adelante. Hoy tengo muchas cosas que hacer. Como por ejemplo: vaciar mi maleta, poner la ropa sucia a remojar para lavarla esta noche o mañana por la mañana, pagar la luz, regar las plantas, ir a la marcha. Antes, tendría que llamar a Rosa y ver con ella lo de la propuesta de trabajo de la que me habló.



En el aeropuerto, atiborrado de militares —¡gracias al dispositivo antiterrorista de turno!— Bárbara busca su vuelo. Hay una gran fila delante del mostrador-escrutador de la policía migratoria. Cuello de botella, estrangulamiento: son las palabras que le vienen en mente. Y eso, que sólo es para salir del país... El hecho que sea blanca y con una nacionalidad nada problemática no impide que reciba una mirada morbosa dado su sexo. Finalmente, el oficial le sella su pasaporte con desgano. Pero para ella, en medio de la página, la fecha en rojo sonrío. 25 de noviembre de 1999 / 25 de noviembre de 1989. Hace diez años, diez años precisamente... Una fecha en su historia. ¡Nunca había visto una marcha tan grande en mi vida, qué increíble! Puras mujeres, un mundo de mujeres, por todas partes, centenares, miles de mujeres. Al principio, me había colocado en una acera, para ver mejor. Había de todo: jóvenes, viejas, madres de familia, adolescentes, niñas. Mujeres de la vida cotidiana, de todo tipo. También, mujeres indígenas. No muchas, pero las había. Fascinada, miraba pasar los

grupos, descifrando las mantas : Sindicato de las Costureras 19 de septiembre, Vecinas de la colonia Emiliano Zapata, y también Colectivo feminista contra la violencia. En una parte menos densa de la marcha, en el mar de cabezas oscuras, de repente apareció una chava con el pelo rojo erizado en la cabeza. ¡Me sentí tan contenta de verte allí! Luego supe que te llamabas Luz Urbana, y que hacían una revista anarco-feminista con tus hermanas y las chavas de la colonia. Gritabas hasta perder el aliento y todo el grupo retomaba las consignas, contigo, con más entusiasmo aún. Desde lejos se las oía llegar, era imposible no verlas. Tenían una manta bastante *destroy*, roja y negra, una sábana vieja llena de A con el círculo anarquista, difícil de leer con tantas cosas que le habían puesto. Eran como diez, pero llamaban la atención a todo el mundo. *¡Ni fé, nir mosa: lamuher noésu nacoza!* Al principio, me costaba entender la consigna, con mi español de pocos días, pero cuando finalmente conseguí ponerlo todo en orden, comprendí: *¡Ni fea, ni hermosa: la mujer no es una cosa!* Se me hizo perfecto: exactamente lo que hubiera querido decir. Me quedé allí, pensando, aturdida por la iluminación de esta frase como un puñal, y luego empecé a caminar con las demás y a media voz, un poco avergonzada por mi acento de extranjera, me lancé a retomar la consigna. A medida que caminábamos, me iba envalentonando. A la vuelta de una avenida, me di cuenta que estaba con las demás en medio de la calle, en el centro de un coro de voces, sonriéndole a todo el mundo y gritando a todo pulmón: Ni fea, ni hermosa... Estaba como un pez en el agua, en mi elemento, ¡por fin! Una revelación, así es como lo veo hoy. En el momento no pensaba en nada, con toda seguridad mi corazón latía muy fuerte y gritaba con las demás en la avenida que hervía de mujeres. Nuestras voces volaban lejos entre los edificios, en el espacio que se abría delante de nosotras. Nada nos podía detener. ¡Pensar que ni siquiera sabía que existían estas marchas contra la violencia hacia las mujeres! Que desde hace años, en toda Latinoamérica y el Caribe, cada 25 de noviembre, las mujeres salen a la calle...



¡Cuánta ignorancia! ¡Qué falta de información...! Ciertamente no son la televisión ni los periódicos los que van a hablar de eso. En todo caso, en París no se ve nada así. Una paz de cementerio. Hace tiempo, sí, una veía miles de mujeres en las calles, aún se pueden observar fotos en algunos libros. ¿Hace cuántos miles de años...? Perdida en mis pensamientos, me detuve un momento a la orilla de la acera para recuperar el aliento. Pero al ver aquellos rostros, esa mar ondeante, revuelta, al oír el clamor, la alegría y el calor se apoderaron nuevamente de mí. Al llegar un grupo grande, me lancé de nuevo en la corriente sobre el asfalto negro de mujeres. Avanzando a grandes zancadas con las otras, miraba para todos lados, maravillada. Sentía una fuerza nueva y embriagante: ¡no estoy sola! Todo lo que podríamos hacer juntas... ¡Miles y miles de mujeres! Al voltear la cabeza, ví dos policías en una orilla. Pensé: qué loco que no les dé miedo. ¿Sobre qué descansaba su autoridad? Solo tenían dos pistolas medio antiguas. Éramos tantas: ¿por qué no? Hubiéramos podido atacarlos, noquearlos y desarmarlos, mostrarles de una buena vez que no los necesitábamos. Levanto la vista. ¿Por qué somos siempre tan pacíficas? Me pongo a soñar... Sería tan fácil, ya que estamos todas juntas, igual podríamos cambiar de camino, ir al palacio de gobierno y empujar la puerta, no más para ver lo que se siente. O bien, por una vez en la vida... podríamos vengarnos un poco de las palabras soeces, de las miradas morbosas, de los gestos obscenos. La amenaza cambió de sexo: al primero que levante la voz, lo agarramos y le damos su merecido en una calle lateral. Le quitamos la soberbia. O hacemos algo más refinado: le arrancamos la ropa, lo dejamos desnudo a media calle —lo amarramos... mmm... ¿Seríamos capaces de hacer eso?



El aire es irrespirable. Hay un olor repugnante, mezcla de combustible quemado, de basura calentada por el sol y de

reverberaciones sobre el asfalto. Dan ganas de toser y de vomitar. Qué ruido incesante, aterrador, monstruoso. El infierno del que hablaba el cura de María Auxiliadora debe parecerse a esto. *También desaparecerán los blancos. Tal vez antes que las otras tribus. Ensucia tu propia cama y una buena noche, te ahogarán tus propios excrementos... ¿Dónde está el bosque? ¿Dónde está el águila? Desaparecieron. Es el fin de la vida, es el comienzo de la sobrevivencia.* Ana María sin embargo no siente miedo. No es la primera vez que viene. La primera vez fue en el 89, hace exactamente diez años. Estaba bien joven, por cierto, en aquel entonces, llena de curiosidad y de esperanza, espantada también. Todo era tan serio y, sin embargo, parecía casi mentira. Había venido con el padre Rafael, para establecer contacto con organizaciones de derechos humanos y denunciar los ataques de los guardias blancos en las plantaciones. Luego, había vuelto varias veces, con otros compañeros, para realizar diferentes misiones. La última vez, acompañaba a Ramona, mi querida comandante Ramona, que venía para que la operaran. Hace tres años ya... Todo era muy diferente entonces, no sabía tantas cosas. Hoy, viene sola por primera vez. Totalmente sola. ¡Ánimo!

Todos estos rostros, todos estos corazones indescifrables, que van y vienen como insectos alucinados. ¿Hacia qué obligaciones? ¿Cuál es la fuerza que los desparrama en las calles, que los hace chocar unos contra otros, que los vierte fuera de los buses, que los precipita en las entrañas de la ciudad? ¡Oh, nuestro padre el Sol! Padre nuestro, Tonatiuh, como te dicen aquí! Dime: ¿qué es lo que los atrae tan lejos de ti en estos subterráneos abiertos como heridas? Aunque fuera una orden, nunca quisiera bajar por entre estas fauces inhumanas que llevan al inframundo. No, jamás... Ana María evita la entrada del metro y camina hacia una calle animada, atiborrada de toda clase de negocios, en medio de los gritos de los vendedores ambulantes. Cuidado: la acera está llena de hoyos, de pendientes, de fallas. Un rayo de luz: algo brilla

al ras del suelo. Es una moneda de veinte centavos, atascada en la reja del alcantarillado. Se arrodilla, pero una mano pequeñita se adelanta a la suya. Antes de que haya conseguido ponerse de pie nuevamente, la niña ha corrido a esconderse detrás del puesto de una vendedora de alegrías. Cuatro o cinco años a lo sumo. Sus ojos son dos torbellinos morenos entre los mechones que esconden la mitad de su cara. ¡Hermanita! ¡No tengas miedo! Pero ya salió corriendo. Ana María remonta a contracorriente la estrecha calle del centro, empujada por la muchedumbre entre los muros ennegrecidos por el humo y los puestos de las vendedoras de la calle. En cada esquina, debe bajar de la acera, que es tan alta para ella, pues la empujan sobre el asfalto entre los carros que zumban agresivamente, luego hay que volver a subir del otro lado, codo a codo en la marea agitada de los cuerpos anónimos. Algunos menos extraños que otros para ella. Personajes familiares, con una historia que adivina: una anciana que vende flores sentada en el suelo. Más lejos, un grupo de jóvenes albañiles. Una sirvienta con prisa, discreta. No tiene siquiera quince años y no se ve más segura que la misma Ana María. A su paso, varios hombres la observan con expresión predatoria. Un poco apartado, un señor ya mayor, muy digno, se apoya en su bastón y contempla un horizonte lejano. Tres campesinos extraviados pasan, sus sombreros familiares convergen, durante el tiempo de una rápida discusión sobre el rumbo a seguir, antes de reemprender el camino en fila india en medio del gentío. Por todos lados, hay niños mal vestidos. ¿Mi pueblo?

Se acuerda de este edificio: aquí hay que doblar. Hace diez años contaditos, caminaba por estas mismas calles con el padre Rafael. El contacto les había dicho: será una mujer, la ex-comandante Úrsula. La encontrarán en el Zócalo, al final de la marcha. Que el padrecito se ponga una camiseta verde y la joven una blusa roja. Les pedirá un cigarrillo. Le darán un Delicado. Les dirá: gracias, qué bueno, boicoteo a Marlboro. Hace diez años, día por día. Ana María nunca había visto una marcha, menos aún una

marcha de puras mujeres. Le habían parecido locas. No lograba entender lo que gritaban. No conseguía comprender la razón de tanto ruido y furor. Sólo al final, había podido deletrear por completo lo que decía una manta : ¡no a la violencia contra las mujeres! Le había preguntado al padre Rafael lo que quería decir: es por ejemplo cuando el marido borracho le pega a su esposa. Es cuando el capataz quiere acostarse contigo para darte trabajo. Ah, pues, entonces entiendo, no digas nada más. Las palabras bailan en su cabeza: la violencia contra las mujeres... Ana María avanza sin prisa. Una calle transversal larga, extrañamente vacía. Desde lo lejos, divisa a varias mujeres indígenas de Oaxaca —lo sabe por el rojo vivo de sus huipiles que les llegan hasta los pies. Están paradas frente a una especie de tienda de artesanías y de ropa, improvisada en la acera. Ana María pasa entre ellas. Lanza una mirada de reojo hacia la puerta entreabierta frente al humilde puesto: un corredor oscuro, un patiecito donde distingue a dos o tres familias. Las mujeres hablan a su paso, pero no puede entender lo que dicen. ¿Hacen comentarios sobre su ropa occidental —una camiseta un poco ancha y una falda de náilon que se puso en el baño de la terminal de buses, al llegar? Hermanas, no me miren así: estoy en guerra. No puedo vestirme como quisiera. Si supieran, ¡hasta pantalones me pongo! Sí, al principio también me chocaba. Pero en el fondo, es un honor: quiere decir que estoy en la lucha, que camino con mis hermanas y hermanos zapatistas. Quisiera poder decirles que respeto nuestras tradiciones, y que las admiro a ustedes por respetarlas. ¡Sobre todo aquí, en la ciudad! Son orgullosas, o bien... ¿Será que no tienen otra opción? ¿Es que sus maridos les darían dinero para comprarse ropa de caxlanas? Y en la comunidad, qué dirían de ustedes, hermanas? Una de las mujeres se ríe y da un codazo a la joven que está a su lado, mirando descaradamente a Ana María. ¿Qué dicen de ustedes, cuando vuelven de México? ¿Que se han vuelto prostitutas? Quién sabe qué razones las trajeron aquí. ¿No están tristes sus corazones por vivir tan lejos de su tierra? Yo, no sé si quisiera, si pudiera... vivir en esta ciudad envenenada.

Ana María apura el paso hacia la cita de la marcha. Un dolor insidioso aprieta sus sienes. Es cansancio, náusea, ¿o tristeza? No puedo estar triste: tengo algo importante que hacer. Algo urgente y necesario. No estoy sola: las compañeras están conmigo. Al hedor de los gases de escape se mezcla ahora otro olor, insistente, que aumenta la náusea. Parece que no termina nunca esta calle. No ha comido nada desde la tortilla de esta mañana. ¿Pero qué es ese olor espeso, que llena su nariz y su boca, que de repente le revuelve el estómago? La invade un extraño pánico. El rojo de los huipiles, las manchas rojas, como impactos de bala, los cuerpos, irreconocibles... La masacre de Acteal estalla en su conciencia. Sí, es el olor de la sangre que el sol ha despertado a través del asfalto. Esta ciudad está llena de fantasmas... Tenochtitlán, tengo buena memoria: fue en noviembre, igual que hoy. Me lo contó el padre Rafael. Era el día de la fiesta de Tóxcatl. Los que habían pasado todo el año ayunando, los hermanos de Huitzilopochtli, habían empezado la danza de la serpiente en la explanada sagrada. En medio de los vapores del copal, los cantos hipnóticos de los coros se ensanchaban como las olas del lago en la tempestad. Bruscamente, los españoles cierran la entrada de la punta de la caña, la del águila, en el palacio menor, y la de Tezcacóac, la serpiente de los espejos. La trampa se cierne con traición y los españoles hechos fieras se abalanzan para cortar brazos y cabezas. *Algunos, los golpeaban en los hombros. Sus cuerpos yacían ensangrentados, partidos en dos. A aquellos, les cortaban las piernas, a aquellos otros, les cortaban los tobillos, los otros en pleno vientre. El suelo está cubierto de sus entrañas. Algunos corren aún, jalando sus intestinos en las manos, en vano.*

Hoy hace 480 años... ¿De dónde me viene esta pesadilla? Hace 481 años, la fiesta de Tóxcatl debía de ser magnífica. Me hubiera levantado muy temprano. Hubiera hecho tortillas toda la semana, y tamales, y atole, hubiera molido y molido y molido

más, con fervor, para Huitzilopochtli, hijo de Coatlicue, señor de los Mexicanas. Si hubiera sido una hija del pueblo de Tenochtitlán... Hubiera molido mucho maíz, de seguro... Pero hubiera vivido en paz entre los míos. ¿Por qué vivo hoy? Jesucristo, ¿por qué me hiciste nacer hace sólo treinta años y no quinientos? ¿Por qué soy Ana María, hija de Petrona Pérez Jolote y de padre desconocido, nacida en Tres Puentes, municipio de San Andrés Sakamchen de los Pobres, comandante zapatista, responsable de la organización de las mujeres en la comunidad? Valor... Esta calle es sólo una calle. Esta pesadilla, sí, es la realidad. Pero esta ciudad también es nuestra. No le temo. La hemos construido nosotros, con nuestra sangre. Iré hasta donde debo ir y nadie me detendrá. Tengo tres vidas sobre la mía... Aún confuso, lanzado por voces inhabitualmente agudas, un clamor avanza en su dirección, haciendo temblar el aire. Las voces se acercan al tiempo que Ana María desemboca en la avenida por la que avanzan, decididas, desordenadas, decenas, centenares, miles de mujeres.



Bueno, aquí está el bloque de las trotskistas, con su manta roja estampada con la hoz y el martillo dibujados de perfil —para dejar claro que ponen el marxismo en perspectiva... En medio, empuñando el megáfono, Lilia distingue claramente a Lupita. ¡Pinche Lupita! Cuántos años pasados en combatirnos ferozmente, sin tregua y, ya ves, nos encontramos en la misma marcha... Ya ni me acuerdo qué era lo que tanto nos oponía, si era la estrategia, o la táctica. Nos aventabas a la cara las tesis de Marta Harnecker con toda tu autoridad, y yo, pidiendo la palabra para contestarte sobre el análisis objetivo de la situación de los campesinos del Quiché. Vos te hiciste feminista antes que yo, me acuerdo. En Guatemala, decíamos: los compañeros de México no tienen una guerra que ganar, por eso se pierden en tergiversaciones pequeño-burguesas. Nosotros estamos en la lucha, con el pueblo.

Y va en serio. El enemigo es despiadado. Recuerdo como si fuera ayer... Las casas de seguridad, las leyendas y los compañeros en la montaña, famélicos, con la fe a flor de fusil. La población civil, que cree en nosotros, salvajemente reprimida, las denuncias internacionales. Después, me acuerdo del pequeño cuarto de hotel durante el encuentro feminista, en Taxco; de las horas pasadas en discutir encarnizadamente con Rosa y Mercedes, de las dudas que me asaltaban. Me hubiera muerto antes de reconocerlo, pero por dentro no lo podía negar: ¡hasta el mismo Venancio, nuestro querido Venancio, era un patriarca de primera! Volvían los ejemplos a la superficie uno por uno, como burbujas malolientes que me estallaban en la cara. Una sensación de vértigo que no cesaba. Todo iba demasiado rápido. Noche tras noche, me hacían ver todo los detalles pequeños y grandes que había querido olvidar, lo desmenuzábamos todo hasta el amanecer. La última noche, la evidencia me cegó. Era tan obvio el abismo entre las lindas palabras de la organización y nuestra práctica cotidiana. Mercedes y Rosa me llevaron a bailar. Allí nos encontramos justo con esa colombiana que tanto me había impactado, Rosa y Mercedes se guiñaron el ojo, pero yo estaba en otro lugar. Las veía tan libres, tan felices, tan lejos de mí... Yo, la comandante Ursula, responsable en jefe de los frentes de masa de la organización, temblaba sobre mis bases. Volví a subir a la habitación que compartía con unas compañeras salvadoreñas y me fui directo al cuarto de baño, sin prender la luz. Allí me coloqué frente al enorme espejo, a punto de gritar. Y entonces, de repente, juro que vi la imagen de Suzana, nítidamente. En aquel momento no dije: ¿pata, para qué te quiero? Bajé corriendo las escaleras, todas las mujeres estaban en la pista de baile. Empecé a bailar con ellas y luego no me acuerdo de nada. Volviendo a Guatemala, después del encuentro, me repuse, por supuesto. Pero las semillas seguían germinando debajo de la superficie, implacablemente, hasta el día en que todo se quebró. No fue fácil. Tenía responsabilidades: no podía dejar a los compañeros así no más, sólo porque se me habían

abierto los ojos. Yo también había construido esta organización, desde el principio incluso. Me había costado. Me importaba. Y sin ella, ¿qué hacer? Hablaba con las compañeras más confiables: y la Revolución, ¿había que abandonarla en el camino también? Lupita, vos por lo menos no tuviste esta duda existencial, ¿verdad? No la dejaste nunca, tu organización... Según vos, se puede hacer todo a la vez : la Revolución, gracias al partido —que nos guía científicamente a través de las contradicciones del bloque hegemónico— ¡y la lucha de las mujeres! Entre más mujeres haya en el partido, más fuerzas tendremos para la revolución... Dale, confíesalo: ¡siempre soñaste con batallones de mujeres caminando a paso marcial en las marchas! Reconozco que sería impresionante, pero: ¿para qué? Si es para regalarlas al partido... Sabés, finalmente, a mi modo ver, vos fuiste la que se quedó atrás, compañera. Y lo digo sin ningún vanguardismo...



Ya hace rato que cayó la noche, pero sólo hasta ahora lo ha notado, dominada aún por la emoción de la marcha que se ensancha en cada esquina. Tantas caras... Todas estas mujeres tan diferentes, unidas en un solo caudal de puños cerrados que rompe el dique milenario del silencio. ¡Basta de violaciones! ¡Basta de insultos! Y los golpes: ¡basta ya! A la vuelta de una calle, de repente, el espacio se abre. Una señora de pelo gris y cara de felicidad le sonríe, cómplice: ¡ya llegamos, ya estamos en el Zócalo! Una inmensa plaza cuadrada cubierta de mujeres, que llegan cada vez más numerosas. Se siente ebria, exhausta, camina al azar entre los grupos que se van formando para esperar el final de la marcha. En el último instante, evita una mujer que no había visto, sentada en el suelo con una niña en el regazo. La niña estaba dormida, el movimiento repentino la despierta y prestamente levanta los ojos sobre quien estropeó su sueño. Una mirada limpia que desconoce la hipocresía recorre a Bárbara. Intenta poner buena



cara, pero la niña abraza aún más estrechamente el cuello de la mujer y le cuchichea algo al oído. De todo lo que dice, Bárbara sólo entiende una palabra, pero la siente como una bofetada: gringa. La vergüenza quema como un latigazo. Y sin embargo, ¿acaso no es cierto? Francesa o gringa, aquí, ¿cuál es la diferencia? Aunque odie la idea, aunque por todas las razones del mundo, buenas o malas, no le gusten las gringas, ella es una de ellas de cualquier manera. En cierta forma, por el color de la piel, el color de *mi* piel, por la colonización, por la situación actual, resultado de una inmensa violación, de una gigantesca extorsión que aún no acaba. La pesadilla se despliega con todos los colores de la vida, y ella, en medio, alta como una torre, blanca como un lienzo. En ese momento, busca un consuelo primario: por lo menos, no es rubia. A diferencia de esas tres mujeres allá, cuyas cabezas se yerguen varios centímetros por encima de las demás y que hablan demasiado alto en un idioma que no es el español. Sin darse cuenta, Bárbara encoge los hombros y se empequeñece, ella que nunca se había sentido tan alta, y su paso busca la medida exacta que no rompa el ritmo de los cuerpos que se juntan. Se aleja con toda la discreción de que es capaz, fundiéndose en la masa de mujeres que conversan animadamente. En su mente se agitan pensamientos confusos, mientras sus pasos la llevan al azar, hacia una zona más despejada. Cuando se detiene, ocupando todo un costado de la plaza, negra sobre las nubes, aparece la inmensa silueta de una iglesia muy antigua. La Catedral... Imponente. Bárbara encuentra bellas sus formas y proporciones. ¿O acaso es simplemente que le son familiares? Tiene el catolicismo en la piel... El mismo catolicismo que la colonización impuso... ¡Stop! Bárbara se niega a emocionarse, aunque sea arquitectónicamente, frente a este símbolo. Da media vuelta. Se devuelve resueltamente hacia el centro de la plaza, en medio de las demás. Unas cuantas palabras escapadas de las conversaciones atraviesan su entendimiento, unas sonrisas responden a la suya, progresivamente Bárbara se vuelve a animar. Cual una onda caliente, la última ola de mujeres acaba de

entrar a la plaza, la garganta aún llena de gritos. Sube de nuevo la energía y se apodera de ella. Entonces, se detiene un momento, y su atención se vuelca hacia el suelo, atraída por un reflejo centellante: una vela. Al observar mejor, ve otra, y otra más. Es una hilera de velas que dibujan un inmenso círculo en la plaza. No, en realidad no es un círculo, es un gigantesco símbolo de las mujeres trazado por centenares de llamitas elevándose entre los grupos. Sus ojos se abren más, para retener la imagen. Qué ganas de reírse, o de llorar de felicidad, después de tan largo caminar. ¡Las hallé, por fin, están aquí, delante de mí! No estoy sola... Quisiera abrazarlas a todas, conocer a cada una. ¿Cómo hacer? Con su español reciente, la invade un brote de timidez. El sentimiento de la distancia, de las barreras, reaparece por oleadas. Ojalá tuviera su acordeón. Cuando toca, todo cambia... Su cara se anima. Respira a todo pulmón y se endereza, fortalecida. No lo puede evitar, es una marea subiendo, la alegría renace en su cara y se lanza entre los grupos, sin rumbo fijo, determinada.



Ana María está cansada. Afortunadamente, la marcha ya llegó a su término. Ha caído la noche y una especie de paz flota sobre la plaza, dorada por las llamitas obstinadas de centenares de velas. Visión fugaz de otro lugar, de iglesia al aire libre, de fervor, de súplicas apasionadas. Se siente una presencia por encima de la multitud de las mujeres que se quedan en el Zócalo, juntas, sin dispersarse, como esperando que acontezca algo más. Ana María se ha sentado en el suelo en el lugar acordado. Su dolor de cabeza continúa. Hay que apartar las visiones, la sangre, la muerte, el olor. Tal vez no tiene sentido haber venido, tal vez no lo conseguirá. En esta ciudad, con todas estas caxlanas, se siente extrañamente desplazada. A su lado, tres jovencitas de rasgos indígenas están conversando, sirvientas probablemente, con un indefinible semblante urbano. Camisetas blancas, cadenas doradas y aretes que

hacen juego. La falda les llega a la rodilla. Provocadoras, diríamos en mi pueblo. Unas jóvenes que avergonzarían a sus padres. Aquí sin embargo, nadie parece notar su descaro. Escucha retazos de su conversación, no entiende todo: el hablar chilango, las palabras que brotan como cascadas, demasiado rápido, demasiadas alusiones. La vida cotidiana de un mundo tremendamente lejano... Siente hambre. Saca de su morral un paquete envuelto en papel marrón. Están buenas aún, no están muy aplastadas. Extrae delicadamente del papel una ancha tortilla azul, y de otro papel más pequeño, una pizca de sal gruesa. Piensa en su madre y en sus hermanas, en este mismo momento, alrededor del comal, dorando otras tortillas... Es la hora del cansancio. Afuera está el viento helado de la montaña y los soldados patrullando. ¿Será que los compas tienen por lo menos algo que comer esta noche?



¡Cómo cambia una! Hace quince años hubiera estado yo en esta tarima, elevando el espíritu de lucha del pueblo, enardeciendo a las masas para la revolución, con este micrófono, igual que ellas... Ligia apenas oye a las oradoras —y como ella la mayoría. Todas las mujeres hablan animadamente, por grupitos, brotan saludos y risas, reencuentros, abrazos cálidos. Delante de ella una señora algo mayor, bien plantada en el suelo, como ausente, con una bolsa de plástico colgando de sus brazos cruzados, mira fijamente hacia la catedral. Al lado de la tarima —¿ dónde más ?— Ligia ve a Lupita plegando la manta roja, dirigiéndose hacia la tribuna con expresión segura. ¿De cuáles nuevas tesis nos va informar Lupita hoy? ¿Nos va a hablar de lo que habría comunicado Trotski a los militantes en torno a la lucha de las mujeres? No me estoy burlando : Lupita es una verdadera compañera, esto es cierto. Aunque yo piense que está totalmente equivocada. Pero seguro que las diosas no permitieron que existiera un sólo camino. Yo escogí la herejía feminista poética:

asumo. A veces me pregunto si no me he perdido del todo... Pero bueno, hay que arriesgarse. ¡Y sobre todo, reírse un poco ! Sino, queda únicamente ir a juntarse con Venancio... Entonces: ¿dónde está, la mujer con que me tengo que encontrar?



Todo aconteció tan rápido que Bárbara casi no tuvo tiempo de pensar. Cuando la mujer la miró a los ojos, agradeciéndole por el fuego, cayó de un golpe en dos pozos café oscuros, casi negros, aterciopelados. Una mujer que mira de esta manera no puede ser mala. Aun más que su voz, a Bárbara la cautiva su manera de hablar, preocupada por darse a entender a pesar del idioma. Ah, eres francesa, dice entusiasmada. Tengo una hermana que vivió en Francia, una hermana, ¿conoces esta palabra? Antes de la devaluación. Se quedó varios años. La vas a conocer, también es feminista. Bárbara no entiende a cabalidad todo lo demás, pero le parece adivinar que la desconocida vuelve del desierto, y que le está proponiendo que venga con ella, que la invita a una fiesta... Hipnotizada por el flujo de palabras y el tono de la voz, Bárbara asiente a todo. La mujer la agarra de la mano: yo soy Tina. Y la conduce a través de los grupos que se dispersan. Intercambia sonrisas cómplices y algunos saludos con varias mujeres a lo lejos, pero no se detiene, lleva a Bárbara sin pararse hacia los callejones que se alejan de la plaza. De repente, bajo el halo de un viejo poste de luz, aparece un hombre, de unos veinticinco años, vestido de una gorra y de una chaqueta de cuero que lleva directamente sobre la piel y de la cual desborda una elocuente vellosidad, acorde con su bigote a la diablo. Tina los presenta —es Toño. Y sin más formalidades, Toño las sigue. Una duda horrible asalta la mente de Bárbara: ¿qué pasa? ¿Podría Tina ser heterosexual? Tal vez debería mejor irme discretamente, decirle que cambié de parecer... Pero la mano estrecha su mano con más fuerza. Bárbara tiene recuerdos desagradables de este

tipo de situaciones. Pero ya están en el metro y Tina sigue sonriéndole. Cuando se sientan en el vagón, se hace evidente que están juntos. Bárbara se da cuenta que ni siquiera sabe adonde va. La conversación se hace escasa. Toño sonríe mucho, con una expresión amable. Bárbara lo evalúa furtivamente. El guarda una distancia respetuosa. Es alto pero ella se siente capaz de repelerlo si fuera necesario. Tina, que no cesa de reír y de mirarla, parece dominar la situación. Finalmente, la evidencia se impone: no hay ninguna fiesta, craso error; van donde Tina, ni más ni menos. Un último sobresalto de conciencia la empuja a leer el nombre de la estación, ni siquiera sabe dónde está, y precisamente, trasbordan. Unos corredores, se alejan, el tren los lleva. ¡*Inch'Allah*, suelten las amarras!



Debería estar aquí. Una mujer indígena: no hay por miles. Con una tortilla azul además. Alba sólo me dijo que se trataba de una mujer realmente excepcional. Pensé que sería un buen comienzo darle cita en la marcha. De hecho, me parece que ya di cita un 25 de noviembre, así es, creo. ¿Pero cuándo? ¡Por Dios, qué memoria! Roberta me dijo que pasaba a menudo, con las personas que han vivido... ¿Cómo dicen? Traumas extremos... ¿Traumas extremos? Qué expresión, diosas mías, se ve que estudian mucho para hallar fórmulas de este calibre. Dice que la paranoia es igual. Pero en fin, ¿como no creerle? Es mi terapeuta y la he escogido yo. ¡Pues sí! La ex-guerrillera marxista-leninista en persona, acorralada a buscar ayuda donde los sicólogos... San Lenin me hubiera excomulgado. Afortunadamente, ya no creo en él. Escogí a Roberta porque es una compañera. Sabe de qué estoy hablando: en Argentina, ¡las vieron color de hormiga! Y aparte, ya no es el partido que me puede dar la mano cuando tengo pesadillas, ¿verdad? Hasta Venancio me abandonó, entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? La mirada de Ligia se desliza entre los

grupos, escudriña, se devuelve, escruta. A lo lejos, divisa una mujer sentada con un morral y una larga trenza negra. ¿Está comiendo? ¿Qué come? En esta oscuridad, todas las tortillas se parecen. Mirar en rededor. ¿Está todo tranquilo? ¿Dónde están las policías de civil? Ligia siempre siente como una amargura cuando piensa en estas mujeres. Estas mujeres que trabajan de policías, ¡mierda! Hay cosas que siempre le costará tragarse... En fin: todo está tranquilo. Buenas noches, ¿me puedo sentar? Gracias. Me llamo Lorena.

Yo soy Micaela, dice Ana María. Dijo este nombre sin pensarlo: es su nombre de combate. Lo escogió a la memoria de una niña. La última de una familia de refugiados de Guatemala. Ve a Micaela, muerta entre sus brazos, en la costa, en la plantación. La chiquilla no aguantó el calor, los pesticidas. Micaela, su cajón de niña, sus grandes ojos cerrados y la tierra ajena que cae a puñados sobre las tablas mal juntas. Enterrada a escondidas, robándole unas horas al patrón. Micaela, pues. La mujer que dice llamarse Lorena se ha sentado a su lado. Todo parece normal, tranquilo. Nadie las observa. Entonces, Micaela la mira. En la penumbra, la brasa de su cigarrillo alumbró un instante su rostro, mientras aspira una larga bocanada. Es mestiza, de pelo corto y canoso, de unos cincuenta años —la edad de su madre, pero las separa todo un mundo. Aunque... Mirándola bien, ve las profundas arrugas que marcan su frente, entre las cejas. Los mismos surcos graves de mujer fiera e incrédula. Se queda mirándola fijamente, parece... ¿Será posible? Sí, el cigarrillo, ¡me acuerdo! Una mujer que fuma —¡en la calle, además! No lo había visto nunca. Sí, sí, ella es, es la mujer que habíamos venido a ver con el padre Rafael... Compañera, ya nos hemos conocido, ¿no te acuerdas de mí? ¿Dónde? ¡Aquí mismo! Déjame verte: no, no es posible, ¿sos la patoja que vino con Rafael? sorpresas nos trae la vida... Nunca hubiera pensado que eras vos. ¡Déjame abrazarte! Se quedan un rato sin hablar, observándose una a la otra. Luego, Lorena toma la iniciativa: ¡qué gusto volverte a ver! Pero no nos quedemos aquí, debés estar cansada, vamos a mi casa.

### III. ENCUENTROS

*Por fin, ¡por fin!... Salió la luna, la siento a través de todos estos muros, a pesar de ellos, la siento en el aire fresco, la siento en el viento ligero que me trae, desde una distancia inconmensurable, el rumor profundo del desierto. ¡Mi desierto!... Hace ya días que me llevaron lejos de él, que me cortaron, que me separaron de mis raíces. Hay que abandonar algo para hacer posible la Transformación. No me arrepiento: he estado esperando este momento desde hace tanto... Pronto, conoceré estas extrañas criaturas. Percibo que está próximo el momento. Se apodera de mí una sorda exaltación: voy a ser transformada, por fin... El cuarto es pequeño: hay un foco único, pelado, en la pared, un sillón desvencijado, unas cobijas, dos puertas, una ventada tapada con una sábana, y libros, muchos libros, de toda clase, desbordándose de un viejo estante. Así viven los humanos. Me*

*atraviesa una sensación divertida, incrédula, por esos seres tan diferentes a mí. Me cuesta entenderlos, imaginar cómo conciben la vida. Pasé tanto tiempo al pie de la sierra, soñando bajo los rayos del sol, jugando con las estrellas, escuchando el viento. Mas no miro estos seres con desdén. No somos tan diferentes... Somos parte de un todo, de la misma materia. Todo es ola, todo es piedra, todo respira, todo vive. Sólo es una cuestión de forma, de apariencias. De tiempo, sí, de tiempo. Y mi tiempo ha llegado...*

*Sobre mi piel, se posa una mirada. Sobre mi piel, siento la piel del que se llama Toño. Una energía intensa vibra en el aire. Estoy contenta de que la transformación sea con él y estas dos mujeres. La que responde al nombre de Tina se queda viéndome, con respeto. Toma la mano de la que le dicen Bárbara y la pone sobre mí. Una caricia tímida, ligera, me hace sentir su fascinación. Han prendido una vela para rendir homenaje. La preparan con amor: es la primera vez que Bárbara celebra el rito. Hay que ir despacio. Tina ha traído agua fresca y frutas. Cuidadosamente, las descascara, las parte, las dispone en un plato. Ríe mucho y las vibraciones bajas de su voz me llenan de gusto. Sobre sus manos de gestos precisos, la llama dorada hace brillar unos delgados surcos de jugo de mango. Me estremezco. Se acerca la hora. Ella es la que va a empezar, creo: es la iniciadora, la visionaria. Es la de más edad, pero su alma es como la de los niños, es libre. Palpito cual corazón alocado. Mi alegría aumenta, se expande, llena el cuarto como un perfume. Estoy lista.*

*Ahora. ¡Gracias, diosas mías! Su mano se cerró sobre mí.*

*Primero, me pide permiso. Se lo doy. Me mira una vez más, sus ojos brillan mientras sus labios se acercan a mi suave corona central. Me acaricia, largamente, como a una flor. Luego, me aleja y entonces, sin reparos, experta, me abre en dos. ¡Ah no! pensé que ocurriría de esta manera! Pero no me arrepiento: es*



*el salto a lo desconocido. Lentamente, desgarrar mi carne. Nunca volveré a ser la misma. Quisiera gemir, quisiera gritar este áspero descubrimiento. Concentrada, Tina apenas respira, me mira, me descubre. Está maravillada, ahora mi sabia cubre sus dedos. Pasa una eternidad, estoy suspendida en su mirada. Y luego, con infinita dulzura, acaba de separar mis doce gajos. Le extiende cuatro a Bárbara, cuatro a Toño, y con una sonrisa, dice: tomen y coman sin temor, ésta es la huella del Venadito, éste es el cuerpo del cactus sagrado que quiere conocernos.*



Las dos mujeres están sentadas en la sala de la casita de Lorena, en algún lugar de Xochimilco. Hay en la mesa dos platos de frijoles con huevos y delante de Lorena, una cerveza —el alcohol traidor: ¿Le disgusta a Micaléa esta falta a las reglas de la subversión? No, dice Micaela, en ti, confío. La ley seca es, sobre todo, para que los hombres borrachos no golpeen a sus esposas y a sus hijos. En todo caso, yo, así la hago aplicar en mi comunidad. De todas formas, por lo general las mujeres no beben mucho. Las dos mujeres se observan. Entonces, Micaela —ya que éste es tu nombre ahora— veo que has seguido el camino... ¿Tenés noticias del padrecito? Sí, nos ha ayudado mucho. Pero sabes, en estos últimos tiempos, no he ido mucho a la iglesia... Que Dios me perdone: tenemos muchas otras cosas que hacer. Micaela enrolla la última tortilla azul que sacó de su morral y con un gesto preciso, la parte en dos y le da una mitad a Lorena, para que termine sus frijoles. Lorena prosigue, la boca llena: finalmente, se han decidido a pasar a otra etapa de lucha, ¿verdad? Siento mucho no haber podido hacer casi nada por ustedes la última vez. ¡Imagínate! Aquí, en México, yo, una refugiada guatemalteca. De haber hecho más, aunque sea un poquitito, ¡el gobierno nos hubiera aplastado como cucarachas! De hecho, la otra vez, el otro compañero, te acordás, el que se

llamaba Venancio: lo siguieron durante semanas... Micaela asiente con la cabeza. Siempre me acuerdo de él. Tan bien que conocía nuestra tierra. ¿Cómo está él? Bien, creo. Descansa en paz. Está enterrado allá, en Chiapas, con los otros. Lorena se sirve otro vaso. Nunca lo quiso dejar volver el gobierno de Guatemala. Más bien sí, pero a condición de que declarara públicamente que se había equivocado. Que la lucha armada había sido un error. Se queda un momento en silencio, afuera se oye el pito del velador. Micaela se aclara la garganta: sabes, nunca hubiera pensado que fueras vos a la que iba a encontrar. Las compañeras de la diócesis me habían hablado de una amiga que luchaba por las mujeres. Lorena se ríe: me habían dicho exactamente lo mismo de vos, Micaela. Pues sí, lucho con las mujeres. En realidad, yo también, soy una mujer... Quiero decir: por fin me di cuenta de que era una mujer. Incluso te diré que ¡dejé la organización! Marca una pausa. Cuando vuelve a empezar, su voz ha bajado de un tono. En verdad, los amo a todos, son compañeros, los respeto, pero hay que decirlo: ¡son una pinche bola de machistas! No sé qué clase de revolución hubiéramos hecho con ellos... Así son las cosas: ¿no te decepciono demasiado? Micaela la mira de frente: compañera, yo también soy mujer. Tenemos muchos problemas, nosotras las mujeres, en la comunidad. Es por eso que nos hemos organizado. Se queda un rato callada. Nos hemos unido para resolver nuestros problemas, ¡no para luchar contra los hombres! Lorena bebe despacio el último trago de su cerveza, prende un cigarrillo, y, tranquilizada por este ritual, acerca su silla, diciendo: hay muchas cosas que quisiera saber sobre lo que realmente sucede con ustedes. ¡Tantas cosas! Podría hacerte mil preguntas, pero conozco las reglas... Mejor decíme en qué te puedo servir —¡ojalá y esta vez pueda hacer algo de verdad!



Ya es medio día. Bárbara se despierta ¿Dónde estoy? Toño prepara café en la cocina. Tina está dormida aún, en el sillón, con ella. Toño pasó la noche en el suelo. En su boca, Bárbara siente todavía el sabor amargo del cactus. Hasta ayer cuando llegó, no sabía nada, no vivía aún, nunca había sentido esta comunicación. Toda la noche una energía palpó en el cuarto, las palabras de Tina se dibujaban en su mente en letras brillantes y entendía todo con una nitidez increíble, como si en ella se hubiera instalado la comprensión, cual río que encuentra su lecho. Bárbara vuelve a cerrar los ojos. Ahora es una evidencia, una certeza: todo tiene sentido. La realidad se volteó, como un guante. Lo que siempre estaba, apareció.

*Nunca hubiera imaginado que fuera eso la transformación. La evidencia de haberse convertido en otra cosa, de haber cambiado de forma. Yo era. Tenía la certeza que mi existencia era la existencia misma. No pensaba: vivía. No tenía palabras, no tenía yo. Mi conciencia era plena y silenciosa, densa, inmediata, era la conciencia del viento y del sol, el inmenso estremecimiento del frío de la noche y la danza del tiempo que me llevaba. Las rocas, las piedritas, la arena me percibían y yo las percibía. Estábamos allí. Las otras plantas vibraban suavemente alrededor mío, y yo con ellas, agregaba mi pequeña terquedad al silencio de la sierra. Ah, la montaña, la tierra que se levanta en colinas, en barrancos, que sube como una ola inmóvil. Yo era testiga. Mi placer era una excitación infinita, sin principio ni fin, era exactamente eso: sentir todas estas presencias minúsculas, agitadas, juguetonas como la de los insectos; ávidas como las de las flores efímeras relucientes de felicidad bajo el calor solar. Me deleitaba la presencia fuerte y sombría de los cactus-árboles, atormentados por el viento bajo la luna, danzantes, convulsionados; la queja, el orgullo, la serenidad obstinada de un maguey erguido solitario en la cima de la montaña, serio, responsable del puñado de tierra y piedras que encerraba entre sus raíces, salmodiando silenciosamente, sin cesar, una melopea*

*melancólica, triste y extrañamente dulce, una epopeya, un poema de amor —su historia. Y encima de nosotros, un canto poderoso, inmemorial, que mecía, cubría, vibraba, llenaba todo el llano: el sueño cósmico de la montaña. Brillaba yo, verde, discreta, al ras del suelo, escondida y radiante, murmurando mi leve refrán, mi discreto llamado. Para los indios, yo era la huella del venado sagrado en la noche del desierto, para mí bailaban. Otros seres vinieron, pálidos y fríos, me llamaron Lofófora y me llevaron en muestras. Y para ti, Bárbara, soy una puerta, un puente, un torrente en tu sangre. Tú-yo, Bárbara, mezcladas ahora en un sola materia, para que conozcamos el mundo juntas.*

Qué extraña impresión, qué rara me siento. Una certeza se insinúa: algo ha cambiado en mí. ¿Pero qué? Es sutil, es leve —pero insistente. Soy diferente. Percibo algo, como una presencia, una agitación por dentro. Un murmullo que busca su camino, un rumor que quiere desbordarse, algo vivo, pero indescriptible. Me atraviesa una imagen de ola, de piedra que se transforma. Pienso que el ser es inestable, que la vida tiene mil formas. Veo un desierto en el que todo brilla, las piedras palpitan, los matorrales bailan y me hace señas un cactus-árbol. Una bruma ligera y movediza flota sobre el paisaje, llena de sensaciones revueltas, como una canción sin palabras en la que se unen todas las voces. ¿De dónde me viene esta imagen? Siento en mi vientre calor, retorcciones, un mar que se precipita. El empuje de la sangre, un breve pero violento malestar: el sabor amargo, inolvidable, del cactus, me sube de nuevo a la garganta. Bruscamente, se desgarran un telón y todo reaparece, pero nada es ya como antes. En mí se imprime la certeza de una mirada nueva, de una piel cayendo sin dolor, como la muda de una serpiente. En un adiós ligero, sin pesar, sin sorpresa, Bárbara se aleja cual un recuerdo incomprensible. Adentro, la presencia se despliega, fraterniza con las células, los nervios se estiran mientras que se abre el corazón, acogedor. Gina : he cambiado. Soy la misma y

soy otra. Gina, ¿por qué no? Un pensamiento nuevo habita en mí, algo que no existía antes, una forma de sentir diferente, una comunión. Ahora, veo, ahora, siento. Percibo la respiración de la montaña por encima del desierto y el aire cargado de vida, desbordando de impaciencia. Tiempo y movimiento son la misma cosa. Lentamente, el agua se inmoviliza en su correr, la piedra se disuelve, germina la semilla y se hace carne. Volví a encontrar mi fuente... Agradezco a las diosas.



Afuera la ciudad está en silencio. Las dos mujeres se han acercado. Parece que la luz misma menguó. La voz de Micaela es apenas un susurro: lo que pasa es que tenemos muchos problemas. Sabes que el gobierno nos tiene cercados, que nos quiere matar de hambre, que tiene un solo proyecto: acabar con nosotros. Matarnos uno por uno, como perros, erradicarnos. Y pronto ni siquiera necesitará disparar un solo tiro: los nuestros se están muriendo poco a poco. Micaela hace una pausa. Nuestras mujeres están cada vez más enfermas. En los campamentos de refugiadas, luchan con mucho valor, pero no hay nada que comer, nada que darles a los niños. Sus corazones están tristes. Les robaron sus queridas ovejas: ya no tienen lana que hilar, ya no pueden tejer, ni siquiera vender sus artesanías. Están sufriendo mucho. Y de las que están en la montaña con nosotros, muchas se encuentran enfermas también. Por ellas es que te vine a buscar. Lorena escucha con atención. Con la lucha, las cosas han cambiado. Como son decenas de mujeres las que subieron a la montaña, hemos visto que había que evitar tener hijos. Hemos hablado, mucho. Sabes que para nosotros los hijos son sagrados: son nuestra alegría, nuestra bendición, nuestro futuro. Pero una compañera que se embaraza, allá arriba, no se puede quedar, tiene que marcharse. Entonces las mujeres se controlan. Hay una doctora caxlana, ella nos ayudó con dispositivos. Pero hay muchos

problemas. Antes, las mujeres sentían vergüenza, no decían nada, no se quejaban nunca. Pero ahora, cuando tienen hemorragias, no pueden ir al río a lavar sus trapos sin que nadie las vea, como cuando vivían en la comunidad. Están integradas en colectivos, no pueden alejarse sin avisar. Y además hay soldados por todas partes. En fin: hay muchos problemas. La doctora consiguió examinar a casi todas las compañeras de mi zona. Muchas tienen infecciones. Recibimos remedios, pero hay tres mujeres que están muy mal. La doctora dijo que tenían cáncer, en la matriz. Dijo que podíamos salvarlas, pero habría que operarlas. En Chiapas no se puede, no hay condiciones de seguridad. La organización dijo que no se podía hacer nada: no tenemos dinero para mandarlas a México. Lorena la mira, seria. Micaela prosigue con voz ronca. Entonces, yo pensé: estas mujeres son buenas compañeras, soy su responsable, ¿entiendes? Fui a preguntar en todas partes. Pero me dieron la misma respuesta: no se puede hacer nada. No sabes lo que sentí. No podía pensar en otra cosa, estaba desesperada. Finalmente se me ocurrió ir a la diócesis, allá estaba Alba, le tenía un poco de confianza. Le expliqué sólo lo indispensable, pensó, y luego me dijo de una amiga suya, en México... Inmediatamente pedí permiso para ir a buscarla. La comandancia general no estuvo de acuerdo: me necesitaban para otras tareas. Esa noche no pude dormir. Daba vuelta y vuelta en el petate, no sabía qué hacer. Las órdenes son las órdenes. Pero una voz dentro de mí me decía: ¿si dejas morir a tus hermanas delante de tus ojos, para qué luchar? Una de ellas no tiene ni veinte años... En la mañana solicité de nuevo una reunión con la comandancia general, pero no podían atenderme. Por último, fui a ver a mi responsable, el comandante Joel. Le expliqué todo lo que había pensado y lo que mi corazón me había hecho ver y le dije que había que intentarlo, que iría a México para buscar una solución. Salí anteayer. Durante el viaje, he pensado mucho en lo que hacemos, en nuestra lucha. Y en todo caso, me alegro que la amiga de Alba seas tú.



Micaela se ha despertado con el amanecer. En silencio ha doblado las cobijas, ha pasado por encima del colchón en el que Lorena aún está durmiendo, en medio de la pequeña sala, y en la cocina, sin hacer ruido, prepara el café y calienta unas tortillas. En el sartén, canta el aceite. Casi sobrenatural, la yema de los huevos brilla en el espejo coagulado de la clara. Micaela está triste. ¿Dónde está la luz de la montaña? Sobre su piel siente la ausencia de los compas, un vacío en el pecho. Está grabada en su mente la última mirada del comandante Joel. Es una mirada difícil de entender, penetrante, silenciosa. Joel no le impidió irse. No dijo nada. Sólo : ¡adiós, entonces, compañera! Todo el peso de la disciplina se encontraba en este adiós. Hay cosas que no se pueden decir cuando se es responsable político-militar. Lo recuerda cuando era niño con el pantalón roto, la pancita redonda, la nariz mocosa. Su familia siempre vivió al lado de la casa de su madre. Hoy, estamos en guerra. Ahora ella está bajo sus órdenes. Está segura que en el fondo no la desaprueba. Lo sabe: a él también le gustan los compañeros vivos, más que muertos. Una de las tres es su hermana, pero no es por eso: para él, todo el mundo es igual. Todos los combatientes son sus hermanos, todas las combatientes son sus hermanas. No es injusto. No le gusta la muerte. Pero es el responsable: el responsable no puede dar la impresión que está favoreciendo a su propia familia. El responsable no puede tener debilidad. No puede decidir solo: la organización es la que manda. Es normal, así debe ser... Micaela vigila los huevos en el sartén. Les echa la sal. ¡Es tan poderoso el enemigo! Sin disciplina no se puede hacer nada. Así es. Es la ley de la comunidad, es la costumbre, así vivieron nuestros padres y nuestras madres, y antes de ellos, sus padres y sus madres. Así es como han resistido. Sería cobarde no seguir su camino, el camino de la lucha y de la dignidad. Es la única vía, hay que seguirla sin desmayar. ¿De qué sirve llorar? ¿De qué sirve compadecerse de una misma? No

hay que dejarse distraer. Y sin embargo... Traspasa los huevos a un plato y pone una tortilla en el comal. El rostro moreno del padre Rafael flota delante de sus ojos. El padre Rafael hubiera hecho igual que ella. Nunca hubiera dejado morir a nadie sin haber hecho todo lo que estaba en su poder para impedirlo. La voz fuerte y exaltada del Padre retumba en sus oídos: ¡hermanos, hermanas! ¡Despierten! El fatalismo nos ha hecho mucho daño. Dios no quiere que bajemos la cabeza. Dios no quiere que sus hijos sufran, ¿me están oyendo? ¡Dios no quiere que sus hijos mueran!... ¿Entonces? Era necesario hacer lo que ella hizo. Había que faltar a la disciplina, claro que sí, había que hacerlo. Con esto también estaba de acuerdo el comandante Joel, sólo que no lo podía decir. No podía decirle: vete, tienes permiso. Y a la comandancia general, ¿qué podrá decirle para explicar que me he ido? ¿Qué podrá contestar?... En la sala se oyen ruidos. Lorena se ha despertado. Empuja la puerta de la cocina y bostezando aún, dice, intentando parecer enojada: Micaela, ¿qué hacés? ¡Qué vergüenza! Estás en mi casa y vos sos la que prepara el café... Andá, apuráte, andá a bañarte, que prendí el boiler...

Cuando vuelve Micaela, la mesa está puesta. Absorta, peina su larga cabellera mojada. ¿Qué vas a hacer hoy, Lorena? Lorena sirve los huevos: voy a ver lo que puedo hacer para lo que me dijiste, con unas mujeres que conozco. ¿Tenés que volver luego? Micaela separa sabiamente sus cabellos en tres, hasta la punta, tres serpientes brillantes. Sus dedos son precisos. Lorena mira la lúnula de sus uñas color del interior de las conchas. Micaela parece dudar —no sé que será mejor. ¿Creés que vas a tardar mucho en saber si se puede? Digamos... unos días. ¿Podés esperar aquí? La verdad, es que preferiría volver estando segura que es posible hacer algo. Micaela duda de nuevo y luego sigue: si no es posible... Si no es posible, sinceramente no sé que haré. Lorena prende un cigarrillo, aparta su silla y tira sus chancletas a lo lejos. Entonces, preparémonos,



Micaela, vamos a buscar las mujeres que necesitamos. Micaela termina de anudar las dos bolitas azules en su pelo, lanza la trenza por encima de su hombro, bebe el último sorbo de su café y se pone de pie. En ese preciso momento, tocan el timbre. En un segundo, Lorena guarda los dos platos y las dos tazas, Micaela ha desaparecido sin ruido en la cocina —¿Quién es ? ¡Claro! Tenía que haberme olvidado: ¡Gina! Le había dado cita a Gina... ¡Qué memoria! Abre la puerta. Gina entra, con una bolsa de pan dulce: ¿no estoy llegando muy temprano? Pareces medio dormida todavía... Lorena arruga la frente —¿cómo se me ha podido olvidar? Llegó ayer, le dije que viniera, hace tanto tiempo que no nos hemos visto... Hace años que ha vuelto a Francia. La duda la asalta un instante —de cualquier manera, aún es muy temprano para ir a buscar a su amiga en el hospital donde trabaja. Para poder hablar, más vale esperar la hora de comer. Gina pone el pan en la mesa, se ve llena de energía: siéntate, voy a preparar el café si quieres. ¡No, no! Esperame aquí cinco minutos, estaba con una amiga. Te la voy a presentar. Lorena va a la cocina: está bien, es una persona de confianza, no te preocupés. Toma a Micaela del brazo: te presento a Gina, es una amiga francesa. Micaela extiende la mano, mirándola a la cara: Micaela, soy guatemalteca. Gina ve dos ojos negros intensos y despliega su sonrisa más bonita : ¿están seguras que no las interrumpo? Micaela busca la ayuda de Lorena: no, no, pero sabés, tenemos un pequeño imprevisto. En realidad... En realidad, Micaela ha venido porque debe ir al hospital. Tiene que estar allá a las doce, y entonces sería bueno irnos... como a las diez y media, ya sabes como se tarda el metro. Lo siento, no nos deja mucho tiempo. Gina consulta su reloj: bueno, hablaremos otro día... No importa. Quería proponerte que nos fuéramos a dar una vuelta: Lupita me prestó su camioneta... Pero si quieren, las podría llevar al hospital dentro de un rato. Así, nos daría tiempo de comernos este pan, ¿qué les parece? Lorena interroga a Micaela con la mirada: para mí, está bien. Lorena se relaja,

saca un cigarrillo y hace sentar a Gina: las dejo un segundo, voy a hacer más café.

Gina se sienta en el sillón y pone su bolso en el suelo, mientras Micaela se instala en la silla más alejada, un poco en la sombra, intentando esconder su cara de la desconocida. Un silencio discreto entra por la ventana como una brisa. Gina saca un cigarrillo, le ofrece uno por cortesía a Micaela que obviamente rehusa. Gina acerca un cenicero, mira a la otra mujer e intenta establecer la conversación: realmente, ¿están seguras que no las interrumpo? Micaela hace un gesto de negación. Tenía cita con Ligia pero mejor hubiera llamado antes de venir. ¿No se trata de algo demasiado grave, lo del hospital? Micaela: no, no. Gina: entonces, ¿usted es guatemalteca, igual que Ligia? Sí. ¿De qué región? Vengo de la capital. Pero vive aquí, ¿verdad? Sí. De nuevo, un muro. Gina se siente incómoda cuando está delante de mujeres que sólo le contestan con monosílabos. ¿Cuáles son las preguntas que desatan la palabra, que crean confianza, que reducen las distancias? Ligia se está tardando en la cocina... Gina hace otro intento y se lanza de nuevo: no conozco muy bien Guatemala. Hace varios años, viví en Chiapas. Hacía un trabajo en el campo de la música, soy música, toco el acordeón —hace el gesto— y canto. Iba a las comunidades para conocer las músicas tradicionales. Sonríe, acechando una señal en la cara de Micaela, que aparentemente se muestra indiferente. A pesar de que Chiapas queda muy cerca de Guatemala, sólo fui allá en una ocasión, para renovar mi visa. Me regresé de una vez, no quise quedarme. Ligia me había hablado mucho su tierra, la quería conocer. Hace una pausa. Micaela esboza un gesto de aprobación, sin mirarla: sí, es muy lindo Guatemala. Muy lindo, realmente —se arriesga Gina— pero no podía respirar. La tensión, el miedo de la gente en los buses, los soldados por todas partes. Y los turistas, como si nada, con sus cámaras, maravillándose ante la miseria tan colorida de la gente indígena. Saliendo del consulado, en Ciudad Guatemala, escuché que tocaban una marimba y me

senté a escuchar. Era extraño, los señores con su ropa de Sololá en medio de los carros, la música intentaba ser alegre, pero algo no cuadraba. Un niño pasó, haciendo sonar las monedas en su platito, tendría unos cinco años, y la tristeza invadió súbitamente la plaza. Me fui... Micaela la mira, parece esperar lo que sigue. Gina levanta los ojos: ¿será que cambiaron algo los acuerdos de paz? Ligia-Lorena llega con las tazas, envuelta en una nube de humo: para nada, vamos de Guatemala a Guate-peor, como decimos... Dirigiéndose a Micaela: Gina es música, es una amiga de hace muchos años. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Diez años? Gina confirma. Vivía en Chiapas, pero nos vimos por primera vez en una reunión nacional de la coordinación contra la violencia hacia las mujeres, aquí, en México. Ligia sirve el café, fluyen los recuerdos: en aquella época, apenas empezaba a trabajar con las mujeres, el partido me había mandado a ver lo que se podía hacer. Le brinda el plato con pan a Micaela. Al principio, cuando las oía hablar, ¡no lo podía creer! Era la herejía más completa... Incluso había lesbianas —decía “homosexualistas” en aquel entonces. Pensábamos que eran las hijas degeneradas —hace un gesto teatral— de la burguesía, del capitalismo y del imperialismo yanqui. Expectante, Gina tiende a Micaela la taza humeante. Ligia se voltea hacia Gina, rodea sus hombros con su brazo: vos estabas bien patoja cuando nos conocimos, pero ¡ya eras un diablito! La mira a los ojos y luego a Micaela: de hecho, las conocí casi al mismo tiempo. Sacudiendo a Gina con énfasis, dice a Micaela: finalmente, nos hicimos amigas, y en realidad, esta loquita, te puedo decir que ¡es compañera nuestra! Y agrega con un leve tono de reproche —sólo que luego se fue de vuelta a su tierra a hacer no sé qué y desde entonces, ya no la vemos. Gina se aparta un poco: es cierto, tenía cosas que resolver. Me sentía obligada. Pero era como en una pesadilla, me estaba muriendo poquito a poco. Entonces ya ves, volví. Me hacían demasiada falta. Ligia la atrae hacia ella, le da unas palmaditas en la cabeza y luego la aparta, con los puños en la cadera: esta vez la invitaron

para un festival de música de mujeres, aquí, en México. Le ordené que pasara por mi casa, ¡hace tanto tiempo que no nos hemos visto! ¿Te vas a quedar un poquito, esta vez, por lo menos? Gina pone su taza sobre la mesa y se acomoda en el sillón: vine para quedarme lo más que pueda... Si hay un lugar para mí. Por ahora, voy a estar un rato en el DF, para el festival, quiero conocer a las músicas de aquí. Una nunca sabe, sigo buscando siempre otras mujeres para ver si formamos un grupo de puras chavas... Y como en tres semanas, quisiera ir a Chiapas a visitar a nuestras amigas, para saber como están. Hablandole ahora también a Micaela, dice: desde lejos, es difícil darse cuenta cómo están las cosas realmente. Las informaciones, poco llegan. Aun las noticias más directas son silenciosas, hay que interpretar cada palabra, leer entre líneas. Me suscribí al boletín del comité de solidaridad, cada semana veo los nombres de los pueblos donde aparecen los paramilitares y de la gente que conozco que declaran, que protestan, que bloquean carreteras. Leo que las mujeres están amenazadas. Ya no soportaba más maldecir la distancia, por eso me vine. Quiero hablar con mis amigas, quiero verlas en carne y hueso. Ligia la interrumpe, dirigiéndose a Micaela: Gina conoce bien a Alba, han organizado conciertos juntas, para juntar dinero para las comunidades al comienzo del levantamiento zapatista. Gina se ríe: sinceramente no hemos juntado mucho dinero, pero nos permitió dar a conocer la situación en Francia. La verdad es que mucha gente no sabe siquiera dónde queda México. Tienen una visión bastante deformada, sólo se habla de Marcos. Y ni siquiera nosotros hemos conseguido informar lo suficiente; mi vecino, por ejemplo, sigue confundiendo Marcos con Carlos, el terrorista venezolano, me di cuenta justo antes de venirme para acá... Bebe un sorbito de café, contempla el fondo de la taza preguntándose en qué medida el “comercio equitativo” podría ser una solución para Chiapas. Luego, vuelve a la pequeña sala un poco oscura, al presente, a sus proyectos: sí, vine a ver si me podía quedar. Estoy buscando trabajo en computación, ¡me he vuelto bastante

buena en programación, para quien le interese! Y sobre todo, ¡busco mujeres en la lucha! Suena bien: Ligia le lanza una sonrisa calurosa. Gina podría tocar y recoger fondos para la operación, como también capacitar a las compañeras en computación. A medida que las posibilidades empiezan a dibujarse en la mente de Ligia, su sonrisa se ensancha a tal grado que debe contenerse para no dejar ver su satisfacción. Se acomoda en la silla para saborear su brebaje. Micaela juega con unas migajas de pan y se absorbe en sus pensamientos: bueno, aparentemente, no hay nada que temer. ¿Qué país dijo? ¿Frans...? Entrevé un lejano lugar, seguramente lleno de ruido y de carros, un mundo extraño. Por un instante, imagina un mundo repleto de Ginas fumando cigarrillos en plena calle, prendiéndolos con billetes de un dólar. Levanta los hombros frente a esta imagen grotesca. ¿Quién sabe cómo vive la gente, allá? Contiene una especie de suspiro. Por ahora, tiene otras inquietudes. Ojalá y las amigas de Lorena puedan hacer algo... ¡Ojalá! ¿Cuánto tiempo se necesitará para saber?



Claro, me lo debí imaginar, todo toma su tiempo... La doctora del hospital, la amiga de Lorena, no puede contestar inmediatamente, necesita averiguar primero algunas cosas. Pareció dispuesta a ayudarnos. No habló de dinero. Pero si funciona, de todas maneras, habrá que resolver la cuestión del transporte, y luego la de la estadía en México. Micaela y Lorena están como incrustadas en los asientos del microbus atascado que se abre paso en medio del tráfico terrorífico de Insurgentes —son las cuatro de la tarde. La doctora dijo que se necesitaría al menos algunos días para que las compañeras se restablezcan. No se puede saber antes de operarlas, depende de qué tan avanzada esté la enfermedad. Discretamente, Lorena observa a los demás pasajeros —siempre tiene este reflejo. De hecho, hay uno que se ve medio sospechoso, un joven que subió con ellas hace rato y no deja de mirar a

Micaela. Apretujada contra la puerta, cabizbaja, Micaela parece profundamente perdida en sus pensamientos. Hay que estar segura: bruscamente, en un semáforo en rojo, Lorena empuja a Micaela hacia afuera y se la lleva precipitadamente entre el gentío. Una mirada hacia atrás: el tipo no se ha movido. Falsa alarma. Perdón, Micaela, me temía que nos siguieran. ¿Qué te parece si caminamos un poco? Micaela hace un gesto de asentimiento. Hay tanta gente en la acera —vendedoras de todo tipo, trabajadores apurados, limpiabotas, abuelitas indígenas pidiendo limosna— que no pueden caminar juntas. Lorena toma una calle lateral más despejada, mira alrededor, y tranquilizada, dice a media voz: entonces, ¿viste? creo que va a hacer lo necesario. Micaela: sí, ojalá y todo funcione. Un largo rato después, pregunta: y si las compas tienen que quedarse aquí un tiempo, ¿qué vamos a hacer? Lorena: con gusto les daría posada en mi casa, pero creo que no es buena idea. Estoy pensando en una amiga, su casa es grande y ella está “limpia”. Haremos el contacto cuando esté todo más definido. Micaela se queda un momento sin hablar, pensativa, duda y luego se arriesga: sabes, si se tienen que quedar mucho tiempo, pueden trabajar. Lavar, planchar, cocinar. ¿Crees que las podrías ayudar a colocarse? Lorena se detiene, agarra a Micaela por el brazo y la mira muy seria: ¿estás bromeando, Micaela? ¿Querés ofenderme? ¡Jamás voy a permitir que trabajen, y menos como sirvientas! Con respecto a la plata, nos arreglaremos. Gina me dio una idea, nos puede ayudar, dejáme pensar, luego te digo.

Después de más de media hora —le parece haber dado tantas vueltas, visto tantas casas increíbles, atravesado tantas calles como autopistas, que se siente totalmente agotada— Micaela reconoce la calle donde vive Lorena. ¡Por fin! Está acostumbrada a caminar, pero aquí no es igual, toda esa gente, este ruido, el aire escaso y sucio. Siente miradas interrogativas: una indígena que camina con una mestiza, a la par, y que no lleva ninguna bolsa de compras, parece que a alguna gente se le hace raro... Al pasar

delante de la tortillería, Lorena le hace seña de pararse y le dice en voz baja: es mejor que no entres, esperáme aquí. Así, entra y toma su lugar en la fila. Afuera, en la acera, Micaela se siente un poco desamparada. Observa los edificios, los grandes árboles que pierden sus flores moradas, haciendo como una alfombra en el suelo. ¿Estarán enfermos, ellos también? Si todo funciona como previsto, si las compas vienen aquí, ¿qué van a pensar? Nunca han salido de Chiapas. Como máximo, fueron hasta Tuxtla Gutiérrez, y eso ya fue toda una expedición. En español, se defienden... Pero ¿cómo se van a sentir con todo lo que tendrán que enfrentar? ¡Esta ciudad es tan grande! ¡Lo más increíble son los mares de gente que pasan sin mirarse siquiera los unos a los otros; esos caxlanes de cara cerrada y los nuestros se ven tan lejanos! Los carros por todas partes rugiendo, el morbo de los hombres en la calle. El metro... Sonríe, pensando en Juana —es la más jovencita de las tres. Seguro que a Juana, le gustaría esto, descubrir México, es una muchacha que no le teme a nada. Si pudiera llevarle algo de recuerdo... Aunque sea una foto, para que vea. Lorena se está tardando en la tortillería. Micaela se llena del olor caliente a maíz que flota en la calle —por supuesto, no es maíz de verdad, es “maseca”. Las tortillas no saben igual... Le pesan las piernas, se apoya en una pared, de hecho no es un muro, es el umbral de una puerta, justo al lado de la tortillería. De allí, alcanza a ver un pedazo de cielo, entre las ramas. Un cielo que no es azul, más bien gris, pesado y sin embargo luminoso. Busca el sol, en vano: ha de estar en algún lugar detrás las nubes pero no deja ver su cara... De repente, siente un empujón en la espalda: ¿Y qué, María? ¿Qué haces aquí? No quiero ver indias mendigando delante mi casa! ¡Vete más lejos! Micaela se voltea: quien le habla es una viejita toda vestida de negro, encorvada, con los brazos escondidos en su rebozo. Tiene tantas arrugas que podría ser su abuela. Micaela le sostiene la mirada: discúlpeme, señora, pero ¡no estoy pidiendo limosna! La viejita la mira con animosidad: esto ya es el colmo, ¡ahora hasta contestan! Por la Virgen, lo que hay que ver... ¡Fuit,

fuit! Vete lejos, no tienes nada que hacer aquí. ¡Mejor anda a buscar trabajo! Impasible, Micaela se hace a un lado contra la pared, para dejarla pasar. A pasos diminutos, la viejita se aleja, ajustando un mechón gris que se escapó de su rebozo. Por fin, sale Lorena con el paquete de tortillas envueltas en un papel marrón: vámonos. Se ve alegre, silba mientras saca la llave: bueno, para alojar a las compañeras, te tengo una propuesta. Me vas a decir que te parece.

Entran de nuevo a la salita que la claridad del día no consigue alegrar del todo. Lorena ha puesto las tortillas sobre la mesa y escucha la contestadora. La voz de Gina, bastante animada, pide noticias de Micaela y del hospital, y propone aprovechar el carro y el buen tiempo para salir de la ciudad este fin de semana. Otros recados de trabajo: Rosa, el tipo para las clases. Nada urgente. Lorena trae una cerveza de la cocina: salud, Micaela, ¿estás segura que no querés? *Una mendiga*... Micaela vacila: ¿cuando bebes esto, sientes más ligero tu corazón? Lorena suelta una carcajada: ¡por supuesto! Pero hay que tomar bastante... ¿Querés probar? Micaela se queda callada, viendo al vacío. ¡*Una mendiga!* ¿Estás bien, Micaela? Tomá este vaso... Vamos, brindemos, te va a hacer bien, ¡una vez no hace daño! ¡Por la lucha! ¡Por las mujeres! ¡Por nuestro operativo! Lentamente, Micaela levanta su vaso. *Por todas las Marias, por todas las mujeres indígenas de México-Tenochtitlan*... Acerca el vaso a sus labios, bebe un sorbo —¡puah! ¿Eso era? Que la Virgencita me perdone... Le pican las burbujas, vacía el vaso de un sólo trago y se acomoda en el fondo del sillón. Lorena la mira, perpleja: ¿Y qué? ¿Querés más? Le vuelve a servir: pues bebamos, compañera... ¿Querés que te diga en qué pensé? Las compañeras son artesanas, ¿verdad? ¿Por qué no traen sus artesanías? Lorena hace una pausa, empuñando la botella. Y también saben leer, ¿no es así? ¿Creés que les interesaría hacer un curso de informática? Micaela extiende su vaso. Lorena vierte el líquido maloliente



que se hace espuma al salir de la botella, Micaela mira el fondo de su vaso y, sin decir nada, bebe. *Mendigas y borrachas, así es como nos quisieran tener...* Le da calor, siente como el sillón se va hundiendo, absorbiéndola. Las piernas le pesan tanto... ¿Qué te pasa? ¿Querés descansar? Suena el teléfono. Con un gesto de excusa, Lorena levanta el auricular: sí, soy yo. ¿Una carta de Alba? Sí, podemos vernos. ¿Tiene mucha prisa? Bueno, entonces está bien, en quince minutos, perfecto, en el Sanborns. Cuelga el teléfono: Micaela, es un poco raro, pero me tengo que ir, parece urgente. Hace tiempo que conozco a Alba, y nunca me manda cartas de esta manera, con mujeres que vienen en bus desde San Cristóbal... ¡Fíjate, me recuerda los días de antes! Desde que has llegado, ¡vuelvo a hallarle gusto a la vida! Bueno, voy a conspirar un tantito con esta desconocida. Y vos, te deberías de meter en la cama, a descansar un poco. Si oís el menor ruido sospechoso, salís por la puerta de atrás. Podés subirte al techo por el patio. Cierra la puerta detrás de ella con entusiasmo —estaré aquí de vuelta en menos de una hora.

Micaela se ha acostado en la cama de Lorena. Su conciencia da vueltas como un torbellino. Desde el fondo de su borrachera, desde el fondo de su cólera, irrumpe un pensamiento. ¿Un mensaje urgente de Alba, de la diócesis? ¿Puede tener algo que ver conmigo? Ojalá y todo esté bien. La preocupación le hace un nudo en la garganta: ¿qué está haciendo aquí? Le parece que hace un siglo que está en esta ciudad. Ni siquiera sabe qué pasa allá, en la comunidad. En cualquier momento el enemigo puede atacar. Cuando salió, la situación estaba realmente muy tensa... ¡Ojalá, ojalá, no haya pasado nada grave! Justo cuando no estaba en su puesto, con los demás... ¡Ay Diosito mío, no me pongas a prueba de esta manera! Y luego, agotada por su viaje del día anterior, por la larga caminata en Tenochtitlan, por la Tecate, por las emociones, cae en un sueño profundo. Cuando despierta todo está en silencio. Ya es tarde. En la penumbra, sobre la almohada,

encuentra un sobre con la letra de Alba que dice: para Micaela, entregar personalmente. Micaela prende la lamparita de la cabecera, toma la carta con una mano vacilante, y cuidadosamente despega el sobre. En la hoja doblada en cuatro, se ve que Alba escribió apresuradamente: *¡Hola! Espero que estés bien. Inmediatamente después de tu salida, llegó un mensaje para ti, de arriba. Fue imposible alcanzarte. Parecía bastante importante, así que me arriesgué a mandártelo con una amiga de mucha confianza que viajaba este mismo día en bus hacia México, salió justo después de ti. Suerte en todo. Un abrazo.* Micaela saca del sobre un papel más pequeño, doblado en una forma que reconoce inmediatamente: es la autenticación del comandante Joel. Su mente se agita febrilmente. ¿Será que realmente hay que leerlo? Por un momento se queda viendo las líneas azul claro de la hoja de cuaderno escolar, las perforaciones en la orilla arrancada, una leve mancha amarilla, huella de una mano sucia. Y luego, tomando respiración, desdobra el papel con una lentitud calculada, despliega la hoja y la alisa con un gesto automático. Con dificultad descifra la letra torpe del comandante: *Me convocaron ayer para que les explicara tu salida. Estaban furiosos.* Una gota de sudor helada baja por la espalda de Micaela. Su mirada vuela de una frase a otra. *Dijeron que habías desertado, que no podías volver aquí.* Le falta el aire. ¿Será verdad lo que está escrito? *Hablé durante horas, defendiéndote. Finalmente, dijeron que podías volver, pero estás sustituida.* Entonces Joel no les explicó bien. No puede ser. *Es oficial. Todo el mundo ha sido informado.* Se le nubla la vista. De la carta, se desprende una última línea, absurda, sola: *Lo siento.* Micaela sacude la cabeza, inspira hondo, intenta calmar su respiración, dobla la hoja, la vuelve a abrir y la acerca de nuevo a sus ojos. Un poco de sangre fría. ¿Será que he entendido bien? No es posible. Sigue cada línea con el dedo, vuelve a leer cada palabra, letra por letra. Sí, eso es. Está muy claro. Guarda la carta en su pecho, se levanta como una autómatas y se dirige hacia la cocina.

Lorena está calentando las tortillas. ¿Descansaste? La mira, nota su palidez: ¿Y la carta? No parecen ser buenas noticias... Micaela levanta el rostro: no. Tímidamente, Lorena la toma en sus brazos. En un susurro pregunta: ¿son cosas que me podés decir? Micaela respira hondo: no entiendo, no entiendo... Sin hablar, Lorena la abraza más fuerte, la aprieta contra su cuerpo durante un tiempo que le parece infinito. En el comal, la tortilla se reseca. Imperceptiblemente, Micaela tiembla, le parece que una lágrima recorre su mejilla. Lorena la mece, la tortilla se contrae. Finalmente, Micaela dice, en voz baja: me quitaron mis responsabilidades. Lorena: ¿Cómo? No querían que viniera. Y entonces, dicen que deserté. Sabes, estamos en guerra y yo me fui, Lorena. ¿No querían que vinieras? ¿No habían autorizado tu salida? No. La voz de Micaela se hace más firme: no querían hacer nada, no querían saber del tema siquiera. Me dijeron que no había nada que hacer, que no había dinero. Que en este momento la situación estaba demasiado tensa, que teníamos que esperar... Esperar, ¿hasta cuándo? No me supieron responder. Pero yo no lo podía aceptar. Sé que la situación no va a mejorar. ¿Cómo voy a dejar yo que se mueran tres compañeras que están bajo mi responsabilidad, si puedo hacer algo? De la tortilla carbonizada, se escapa un poderoso olor a quemado. Desprendiéndose lo más suavemente que puede de Micaela, Lorena apaga la estufa y abre la ventana: vení, pasemos a la sala.

Micaela se sienta en el sillón, muda. Lorena, que ha prendido un cigarrillo, camina con vehemencia en la sala aspirando grandes bocanadas nerviosas. Entonces es así... ¡No lo puedo creer! No, ¡no lo puedo creer! Se para, tomando de testiga a Micaela: aunque sabés, me lo esperaba... Rezaba para que ustedes no cometieran los mismos errores que nosotros. ¡Pero parece que nunca aprenderemos! Mira a Micaela a la cara: yo también, en aquel entonces, hubiera dicho lo mismo, hubiera reaccionado igual que ellos —¿te das cuenta? Su voz sube de tono: ¡eso es

lo peor, la lógica militar, por Dios!... Se sienta en el brazo del sillón, apaga el cigarrillo, se vuelve a levantar. ¿Sabés lo que hice yo una vez? Me da mucha pena, pero te lo voy a contar... Había una compañera cuya responsabilidad era llevar y traer la gente a la zona, hacerla entrar y salir. Era una compañera buena, todos sus hijos estaban en la lucha, y también su hermana; a su marido lo habían matado. Una vez, habíamos mandado a su hijo a una tarea de abastecimiento, a la ciudad, y luego no quería volver. Era muy joven, supongo que le dio miedo morir. Nos explicó que había hablado con él, que le había hecho ver cual era su deber, pero él, llorando, dijo que no quería volver. La mirada de Lorena se pierde, como si viera aún las hamacas negras del campamento. Realmente, hizo todo lo que pudo para convencerlo, como madre, como compañera, desde animarlo hasta hacerle sentir vergüenza, pero al final no lo obligó. La voz de Lorena se endurece: yo, estaba al mando de toda la zona. Cuando me dijo esto, me puse furiosa. Era un momento muy difícil, el enemigo nos tenía desmoralizados, montaba operaciones militares una tras otra. Habíamos perdido muchos compañeros. Pero había que resistir, era una posición estratégica. La población civil aguantaba todas las privaciones, casi no había ya nada que comer, pero la gente no se iba. Entonces llamé a Sofía, era el nombre de la compañera, y le dije: sabés cuales son las reglas. Estamos en guerra. Para nosotros, la familia no puede existir. Tenemos que dar el ejemplo. Tu hijo es un desertor, y vos lo ayudaste. No eres digna de la tarea que se te ha asignado. De hoy en adelante, estarás en la cocina, sustituirás a Maritza... Lorena se queda pensando un momento. ¿Y sabés qué fue lo peor? Que ni siquiera protestó. Dijo que estaba bien, que yo tenía razón. Hasta el final de la guerra estuvo cocinando para todo nuestro frente. ¿Te das cuenta? Nadie se atrevió a decir nada, nunca. Nos habíamos vuelto duros. Decíamos: el enemigo es quien nos obliga a hacer esto... Micaela se queda callada. Lorena termina su cigarrillo sin decir palabra, y va a buscar una Tecate en el refrigerador. Perdonáme, compañera, es que tengo que

tomarme un traguito. ¿Vas a querer? Micaela niega con la cabeza. Lorena levanta su vaso: ¡Por nuestros errores! Luego dice, seria: ¿sabés qué, Micaela? A pesar de todo, no me arrepiento. Nunca voy a renegar de lo que hemos hecho. Sigo creyendo en la lucha, así estoy hecha. No puedo quedarme así, sin hacer nada, de brazos cruzados, estoy hirviendo de rabia. Quien quiere los fines encuentra los medios: no tenemos otra alternativa. Y sin embargo... Sin embargo, ¡no podemos volvernos inhumanas! Hubiera ganado el enemigo... Hiciste bien en actuar así. Haré todo lo que pueda para ayudarte. Micaela se queda viendola directamente a los ojos, largo rato. Luego habla: me hicieron pensar tus palabras. No les expliqué bien, no hallé la manera. Pensaba que entenderían, que sus corazones les dirían que la vida del más pequeño de entre nosotros vale más que todas las estrategias de guerra. Ahora, veo que el mal gobierno ha doblegado sus espíritus, ya no se rebelan frente a la muerte. Sus corazones se han dormido. Aprieta los puños. No puede ser así. Tengo que volver allá: tengo que hablarles, decirles que la lucha se está muriendo. Lorena se pone de pie: te juro que haré todo lo que pueda para ayudarte. Con ellos, te toca a vos hablar, pero en cuanto a las tres compañeras, te juro que las operarán, aquí, y las atenderán los mejores especialistas. Y si es necesario, ¡iré a buscarlas con vos!



Lorena se despierta: la noche le ha parecido corta. No se acuerda de ningún sueño. Sin embargo, extrañamente, no sintió ninguna dificultad para dormirse ayer, después de la conversación con Micaela. Al contrario, todo está clarísimo. Parecería que le hubieran quitado un tremendo peso de los hombros. No, sus muertos no han muerto en vano. Esta mañana, están todos aquí, los siente como una presencia, adentro. Fluyen en sus venas, laten en su sangre caliente, llenan cada una de sus células. Jamás se había sentido tan viva. Como un río que ha vuelto a encontrar su

lecho y se lanza de nuevo. Está trazado el camino. La vida sigue, ¡la vida debe seguir! Silba alegre mientras guarda la colchoneta, silba contenta mientras prepara el café; silbando aún toca la puerta del cuarto donde Micaela duerme todavía. ¡Toc, toc! ¡Está listo el café, nos llama la lucha, compañera! Voy, se oye a través de la puerta. Lorena está sentada frente a las tazas humeantes cuando llega Micaela, aún con cara de sueño. Bebéte esto y dejáme explicarte el plan de batalla. Hoy es viernes, vamos a ver algunas amigas mías. Vamos a acelerar las cosas. Pienso que se necesitará al menos una semana para que todo esté listo. Vamos a tener que esperar... Y como cuesta tanto esperar sin hacer nada, te tengo una propuesta. Gina dijo que le habían prestado un coche. Ya esta noche, podríamos ir a ver la casa en la que estoy pensando para la convalecencia de las compañeras. Es un lugar discreto, en la montaña, podríamos pasar el fin de semana allá para ver si todo está bien. Además, ¡a las dos nos haría bien ver un poco de naturaleza! No está muy lejos, está en las faldas del Izta. ¿Qué te parece? Micaela la mira de frente: aquí, tú eres la que sabes. Haré lo que digas. Y con una expresión un poco sarcástica: ¿o me vas a dar órdenes injustas?

## IV. SELVÁTICA

La casa se ve perfecta. Está un poco apartada del pueblo pero hay camas, con qué cocinar y un pequeño jardín rodeado de un muro que protege de los vecinos indiscretos: estarán bien allí las compañeras. Gina está que no se aguanta, siente el llamado de la montaña —¿no quisieran ir a caminar mañana? Micaela y Lorena se consultan con una mirada, no necesitan largas explicaciones, ambas saben que reconocer el terreno es la regla número uno, sin contar que les hará bien un poco de aire puro. De hecho, Micaela se alegra de encontrarse en su elemento, lejos del concreto. No le gusta mucho la idea de pasar el día encerrada sin hacer nada. Secretamente, Lorena quiere probar sus fuerzas. Dicen que sí. Gina sonrío de oreja a oreja: siempre soñó con perderse en las faldas de la mujer dormida.

Salieron al clarear, con las primeras luces del día. Le dieron la vuelta al pueblo, que marca los límites de las tierras habitadas. La mañana las acaricia, la brisa las acompaña. Después de la última casa, el camino se estrecha hasta volverse un sendero

que serpentea entre las milpas. De vez en cuando, se cruzan con un campesino, con una señora, que las saluda a lo lejos. Micaela disimula siempre lo más que puede su rostro. Poco a poco, la bruma de la mañana se levanta allá abajo y aparecen cafés, grises, marrones, las tierras secas, desoladas, del valle de México. Gina ha tomado la cabeza de la pequeña columna, no lo puede evitar: es para ver mejor cada planta, cada hoja, cada tronco y las telarañas centellantes que retienen el agua entre los helechos. En medio, Micaela, atenta, graba cada detalle y observa rastros indescifrables de ramas rotas, de pasos, de aperturas discretas entre el follaje que desaparecen rumbo a milpas lejanas. Cerrando la marcha, retrasándose, Lorena progresa más despacio: insistió en llevar la mochila, al menos al comienzo de la caminata. El sol está pálido aún cuando dejan las últimas milpas para adentrarse en el bosque. Al pasar la línea definitiva entre el campo y la espesura, sienten el aire más fresco, más denso. Flotando entre los grandes árboles, una luz verde, líquida, las absorbe. Algo desciende sobre sus cabezas, juega con su cabello, acaricia su piel. Es el polvillo dorado del polen que danza con los rayos del sol, tamizados por el follaje. Imperceptiblemente, el ritmo de sus corazones se apacigua, su respiración se hace más profunda.



Gina y Micaela la han dejado atrás. Lorena se alegra de llevar la mochila, pues le da un motivo para estar cansada y quedarse en la retaguardia. De hecho, por cierto, todos esos cigarrillos no le han hecho ningún bien. Tengo que aguantar, ¡qué vergüenza!, piensa mientras se seca la frente con su manga. Da otros tres pasos antes de tropezar con una piedra grande. De su boca sale, sonoro, un gran ¡mierda! ¡Mierda tú misma! ¡Podrías mirar por donde pisas! Lorena cae sentada, menos de dolor que de sorpresa: ¿quién habla? Pues yo, ¿qué crees?, dice la piedra. Lorena se seca la frente de nuevo con un sentimiento



de exaltación y de nostalgia mezcladas: hace tanto tiempo que no le han hablado las piedras de los caminos... Precisamente, desde que dejó “la montaña”, para incorporarse al frente urbano. Cuando caminaba la noche entera con su columna en las interminables sendas de la sierra, agotada, a punto de desplomarse para no levantarse nunca más, las piedras la alentaban. Cuando estaba desesperada, la consolaban. ¡Me lastimaste, sabes! Lorena hace un gesto de excusa. *¡Está bien! Pero se me hace que andas bastante distraída... Dejame adivinar: te produce algo estar aquí de nuevo, con la mochila, en el camino. Estás pensando, te estás acordando, está corta tu respiración. Ya te duelen los pies. Y tu mente... Tu mente viaja al país de los muertos, ¿verdad?* Lorena: déjame con mi pena, piedra. Sí, me acuerdo. Pienso en Venancio y pienso en mí, y pienso en todos los demás. Veo sangre y lágrimas. Muchas lágrimas que nunca fueron lloradas... Se me hace un nudo en la garganta... Decíme, ¿dónde está la fe que nos hacía caminar? ¿Dónde se fue? *Un suspiro.* A veces, me dan vergüenza tantos muertos. Aunque no seamos nosotros quienes los hayamos matado. *Ya lo sé.* Siempre es mejor aclararlo... Pero a veces pienso que hemos fracasado y me da mucha pena. Son los mejores los que se fueron... Y yo —¡yo que merezco tan poco!— aquí me quedé. Meditando sobre nuestros errores, sobre lo que debíamos haber hecho. ¡Ah, piedra!., ¿por qué no me hicieron tropezar tus hermanas en algún combate? ¡Debieron hacerme caer bajo las balas del enemigo! *¡Oh, oh, cuanto berrinche! Un poco de sangre fría, por favor. Yo también, estoy aquí aún. ¿Y acaso me quejo? Estoy sobre este camino desde hace un buen tiempo, aguantando de todo, sé lo que es dormir a la intemperie cuando llueve. Igual que tú, en la noche, siento frío. Y sin embargo, me quedo aquí, fielmente, y espero. He visto pasar bastante gente, ¿sabes?... con huaraches desgastados, pies pequeños y descalzos, tenis, botas o zapatos finos: ¡de todo! Y te voy a decir algo: gente como tú, ha pasado bastante también, con botas usadas, apresurándose hacia la espesura, y luego, detrás, tarde o temprano, rangers*

nuevos que crujían al aplastar todo sobre su paso. Y créeme: cuando he podido hacer tropezar a algunos, siempre fueron los militares. Pero es limitado mi poder. Te lo digo: toma las cosas con calma... Hay que esperar. Tener paciencia. Todo es ola, todo es piedra, todo se transforma. Antes de lo que piensas, aquí dormirá tu enemigo. Gracias por tus palabras, compañera piedra, pero ¿creés que me ayudan? Tengo medio siglo a cuestas y estoy cansada. Muy cansada... Estoy sola. ¿Sola? Tengo amigas, claro. Con ellas, nos reímos, tomamos cerveza, de vez en cuando nos vemos por ahí y bailamos toda la noche. Está bien. Pero eso es todo. No me basta. En la mañana, cuando despierto, me siento muerta en vida. ¿Dónde están mis compañeros? Quiero que me los devuelvan. ¡Yo no soy quien te los quitó, cariño! Y si quieres un buen consejo: ¡olvídalos! Déjalos descansar en paz. ¡Abajo los mártires! ¡Abajo la tiranía del sacrificio! ¡Abajo la muerte! ¡Mmm! Piedra, ¿te estarás burlando de mí? Tené cuidado, no insultés a mis muertos o me voy a poner brava. Como quieras. Pero los conozco mejor que tú, a tus muertos. Y no sólo los tuyos, fíjate. Junto a mí están esperando, muy cerca, por debajo de la tierra. Volverán, pero no los reconocerás. Y tú, mientras tanto, ¡mejor piensa en vivir! Te queda menos tiempo que a mí... Lorena masculla, como dirigiéndose a un público invisible: pues, muy amable, esta piedra. En mis tiempos, en los Cuchumatanes, eran más respetuosas. Cuando teníamos dudas, sólo se quedaban sonriendo. *Quieres decir, que ustedes estaban demasiado ocupados para que les habláramos seriamente...* ¡Sobre todo los responsables! Hemos advertido a algunos, sin embargo. ¿Quieres que te recuerde lo que hacía la organización cuando alguien quería salirse? Lorena: ¡dale, pues! ¡Remové el cuchillo en la llaga! Bien sabés que es una de las razones por las que dejé la organización. *Seguro: como jefe, le conviene a una tener sus dudas. Y para salir, se tiene facilidades...* Oh, piedra, ¡ya! ¡Piedad! Ya pensé en todo eso... ¡No me sigás mortificando! ¿O vos creés que todo fue tan fácil?... Una sombra atraviesa su

cara. Se endereza: es más, aún creo en lo que hicimos. Si hubiera que volver a hacerlo, ¡lo haría de nuevo! *¡Muy bien! Haz lo que quieras, pero heme aquí volando lengua: aún tengo muchas cosas que hacer esta mañana. Me vas a perdonar, pero me vuelvo a mis asuntos. Por lo menos, ¡aprovecha que estés más ligera!...* Lorena refunfuña, se planta derecha, prende un cigarrillo y lanza una mirada por encima de su hombro. Y de repente, se inmoviliza. Puesta allí la ve, nítidamente, atravesada en el sendero: Djiân, su primera *kalashnikov*, recuperada en el combate. No querían darle un arma, al principio, pues no había armas suficientes para todo el mundo, menos para las mujeres. Tuvo que arrancarla ella misma, bajo una lluvia de balas, de los brazos de un joven soldado que no tenía ni dieciséis años. La muerte aún no lo había puesto rígido, había sentido el calor de su cuerpo al levantarlo por el hombro para liberar la correa. En medio del camino, Djiân resplandece, como si la hubiera limpiado ayer, mitad en la sombra, mitad en el sol. La mira, la saluda: Djiân, mi vida, ¿qué pasará con nuestros recuerdos? ¿Qué haremos con nuestros ideales? Suspira. Un suspiro muy antiguo, una coraza que se resquebraja de arriba hacia abajo. Finalmente, quien resistió a todo esto, fueron las mujeres y sus luchas concretas ¿acaso no? Prueba de ello: Micaela... Y Gina, siempre dispuesta a entusiasmarse. Sonríe. A caminar pues: no hay que perderlas...



Adelante, Micaela avanza con paso firme. Se ve que no pasa mucha gente, sin embargo el sendero está despejado. Todo se parece extrañamente a su tierra: las mismas hierbas, las mismas piedras que afloran a la superficie de la tierra marrón, el mismo sentimiento de ir infinitamente hacia ningún lugar, hacia cualquier lugar, pero cada desviación llega a algún sitio: una milpa escondida en la montaña, un refugio de cazador, la cabaña de algún leñador. Micaela discierne a veces la huella de un pie descalzo en el lodo

seco —las mujeres que van a juntar leña, que recogen las flores de la montaña. Cada detalle le habla en un idioma familiar. El pueblo que han dejado atrás es indígena, por lo que pudo ver. La gente aún habla náhuatl, dijo Lorena. *Ce ácatl*: uno-caña, son las únicas palabras que conoce de esa lengua. Las aprendió religiosamente, en un folleto que leyó un día en la pequeña biblioteca de la parroquia, que explicaba que los Antepasados habían previsto la fecha del comienzo de sus desgracias: el año uno-caña. Con regularidad, sin prisa, Micaela avanza por el sendero, cuando de repente su atención es llamada por un tronco enorme a su izquierda que no puede evitar seguir con los ojos hasta la cima. ¡Qué árbol más gigantesco! Se detiene para verlo mejor, se acerca, pone la palma de su mano en la corteza cubierta de musgo y de helechos. Las enormes raíces, parecidas a las de la ceiba, forman como una muralla ondulada... La ceiba es una mujer que busca agua en el río, la ceiba cuenta, a quien la sabe escuchar, las antiguas historias de la selva... Éste árbol no parece exactamente una ceiba. Micaela se sienta entre dos raíces que forman como un escondite, para sentir bien el árbol, observar sus más mínimos detalles, memorizarlos. El olor fresco de la corteza-piel, su consistencia unida, los movimientos flexibles y lentos del tronco, los gestos llenos de gracia de los brazos, muy alto, levantados, la sutil torsión de cada dedo cubierto de hojas, se imprimen en su conciencia. Es de una belleza tan perfecta que cierra los párpados para retenerla mejor. Aspira una gran bocanada de aire. Pero, como venida de atrás de sus párpados, sordamente, una sensación de angustia la sumerge. *Los invasores de pezuña de hierro... se desplazaban golpeando el suelo, abriendo el vientre de la tierra con sus herraduras. Hacían cacerías hasta lo más hondo de la selva para acabar con la resistencia.* Una memoria muy remota surge en ella, como agua que brota de la tierra, como savia que sangra de un tronco cortado. *De noche, por aquí mismo, pasaban pies descalzos, silenciosos, huyendo. Si miras con atención, hallarás su rastro. Ve esas huellas: el suelo está cubierto de ellas. Ve su espanto, ve*

*su rabia, ve como convergen hacia las alturas del volcán. Venían a implorar ayuda a la princesa dormida, Iztaccihuatl, venían a refugiarse en su manto sagrado. Abajo, en los pueblos alrededor del lago, el hambre, las enfermedades atormentaban las almas desamparadas. Muchos hombres ya habían muerto, muchos otros se entendían con el invasor. Entre los pies descalzos, al final, sólo había mujeres y niños. Quedaban unas doscientas, tal vez. Un día, las mujeres pasaron la noche entera en el santuario más sagrado de Iztaccihuatl. En la mañana, cuando descendieron, todas juntas, tenían una mirada terrible. Con la madera más dura que pudieron encontrar, habían tallado lanzas afiladas. Cada una tenía la suya, y los niños, piedras. Caminaron derecho hacia adelante, hasta encontrar a los invasores. Sin un grito, se abalanzaron sobre ellos. Mataron cuanto más pudieron. Fueron valientes. Pero qué quieres: eran demasiados. Eran como una ola que no se detiene. Una brisa estremece las ramas más altas del árbol. Allá arriba, muy por encima de su cabeza, siente un crujir en el tronco que produce un ruido de huesos. Un suspiro profundo levanta su pecho. ¡Son tantos! Son tan numerosos los soldados del ejército federal... Como cuando una remueve un hormiguero, pareciera que brotaran de la tierra. Un hormiguero que una no puede volver a tapar. Cuando están cansados, el gobierno los sustituye. Llegan otros, siempre frescos, siempre fuertes. Se ve que comen bien. Tienen leche y carne. Una vez, vi las raciones que les daban. Bueno, vi la bolsa de plástico que contiene su comida. Las botan en cualquier parte, la selva está llena de ellas. Sobre la bolsa, había muchas palabras escritas que no entendía. La llevé conmigo, se la enseñé a la doctora caxlana que sabe muchas cosas. Pegó un grito de sorpresa, no lo podía creer. Me explicó que las inscripciones decían que la comida venía de Estados Unidos. También son nuestros enemigos los Estados Unidos. Algunos hombres de Chamula se han ido allá a trabajar, hace varios años. Nadie supo más de ellos. Dicen que allá beben la sangre de nuestra raza, dicen que su dios come carne humana para volverse siempre*

más poderoso. Incluso, dicen que cuando ya no basta, se devoran entre sí. Después de que la doctora me hubo explicado todo esto, tuve una pesadilla. Soñé que la carne que les dan a los soldados en las bolsas de plástico, era la carne de los hombres de Chamula que nunca volvieron. Los habían matado, habían puesto sus cuerpos en unos costales grandes de maíz. Habían ido al mercado con las bolsas, en medio de los puestos de carne, y gritaban para atraer a los clientes. Pero nadie quería comprarles los Chamulas, porque eran indios. Finalmente, los abandonaban allí, en los costales. Luego, uno de los policías del mercado los hallaba y se los llevaba a su casa. Como necesitaba dinero, se los vendía a su cuñado, que era soldado. Después, el cuñado los había hervido, para blanquearlos, los había descuartizado él mismo y cortado en porciones más pequeñas. Y al final, se los había vendido al cocinero del destacamento federal de Guadalupe Tepeyac. Nunca le conté este sueño a nadie, pero cuando veo a los soldados, siempre pienso en él. Muchos no hablan nuestra lengua, pero los he observado bien y son indígenas, como nosotros. Lo que pasa es que se están comiendo a sus hermanos, y no se dan cuenta. Viven de nuestra muerte y no lo saben... Muy cerca, cruje una rama. Micaela abre los ojos. ¿Hará mucho tiempo que estoy aquí? Se pone de pie, apoyándose en la enorme raíz. Un estremecimiento la recorre, reajusta su trenza, murmulla un adiós lleno de respeto al árbol desconocido y se va, sin voltear la cabeza. No debo perder a Gina que camina adelante.



Más arriba, Gina camina con paso ligero. Descubre, absorbe, vibra de felicidad. Delante de ella se encuentra lo desconocido, la estrecha apertura que se adentra en la penumbra. La frescura se siente, un olor penetrante a tierra negra, a helechos, a bosque nuevo. El entrelazado de plantas se hace más denso. Toda selva le evoca la Selva Lacandona. La primera que conoció, hoy

invadida de militares. Siente un dolor en el pecho al pensar en los lugares donde estuvieron, hace muchos años con Alba, visitando las comunidades eclesiales de base de la zona. Después del caserío de La Ceiba, habían tenido que caminar bastante, pues durante la temporada de lluvia no entraba más allá ningún vehículo. Hace muy poco, Alba le escribió que hasta en Benito Juárez, ahora, hay una carretera asfaltada, para que los carros blindados del ejército puedan entrar a sus anchas. No reconocerías nada, dice Alba. Es espantoso, la zona está totalmente bajo control del ejército. Se ven por miles, como hormigas. Y también están los narcos, que tienen relación estrecha con los militares. Y en medio de todo esto, la Pemex, extrayendo todo el petróleo que puede, esperando el momento de llegar hasta los inmensos yacimientos de *arabian light* que están justo en territorio zapatista, precisamente debajo de la zona de la reserva ecológica de los Montes Azules. Las compañías petroleras de Estados Unidos, de Francia también, están pendientes. Todo el mundo espera con impaciencia que sea “pacificada” la región. ¿Pacificada? Involuntariamente, Gina aprieta los puños. Se extiende la guerra, la guerra está en todas partes. Gina piensa en Doña Soledad, que vive en La Ceiba, en Doña Chola, con sus sesenta años tal vez, cuatro hijos vivos. Vivía sola en su casa de madera de paredes hendidas. Sola y soberana en su casa miserable. ¿El tigre? Se reía, enseñando su machete: ¡que venga! Estábamos en su casa. Había mandado a su hijo, desde la mañana, a Guatemala, a comprar algo de beber. Cuando éste volvió, al crepúsculo, triunfante, con su botella de Venado, nos explicó la causa de su retraso: es la guerrilla guatemalteca, caí en medio de una emboscada. Pero vieron que era población civil y me dejaron ir en cuanto todo se tranquilizó. Si hubiera sido el ejército mexicano que me agarraba, ¡ay de mí! Se ríe: ¡salud! Y se marcha. Bebemos a pico de botella, Doña Soledad comienza su historia: ¡pobre José! Es buen chamaco, pero no puede trabajar mucho con su pata loca. Fue por una bala perdida, cuando mataron a su padre. Estábamos en Oaxaca,

en aquel entonces, allá donde nació. La vida era bien dura. Con los demás, mi marido había empezado la lucha por la tierra. Un buen día, allí mismo en la milpa, llegaron dos hombres y lo balearon. El niño estaba con su papá, había venido a traerle su pozol. Cuando lo vi volver, cubierto de sangre, supe enseguida lo que había pasado. Afuera, salían las estrellas de la selva. Ese día, Doña Soledad no lloró. Curiosamente, se había sentido casi contenta de que hubiera muerto, aliviada. Pero no podía quedarse allí, con una mano adelante y otra atrás, sin un centavo, sin nada que darle de comer a sus hijos. Entonces agarró a sus cuatro niños, el mismo día en que enviudó, y se marchó hacia el sur. El gobierno prometía parcelas y creaba ejidos en plena selva, en el Desierto de los Lacandones. Pensó que estaría tranquila en el fondo de la selva, lejos de los patrones, lejos de los capataces, a salvo entre los grandes árboles. Sería su edén, su tierra prometida. Tremendo error, Doña Chola: la selva nunca fue virgen. Sólo está más escondida. La tierra prometida recula a medida que las fincas devoran las parcelas que desmontan los campesinos. Gina contempla la muralla de follaje: pobre baluarte. La guerra persigue a sus víctimas, extiende sus ramificaciones por todas partes, se enraiza como pulpo, aspira, escupe; en una dirección bombea la sangre, en la otra, el petróleo. Influjo: las armas. Reflujo: el dinero. Gina se ve a sí misma con nitidez en el otro extremo del oleoducto porque es Francia la que vende a México sus misiles y sus equipos anti-motines, probados en París durante las huelgas. El petróleo, la sangre, las armas : el bienestar de los países ricos tiene una fuente rojinegra. Estamos asociados a la masacre. Los pensamientos de Gina se aceleran mientras camina cada vez más rápido. La rabia sube en ella, se le entrecorta la respiración, siente una indignación visceral y un gran deseo de venganza: ¡lo que habría que hacer es atacar a los fabricantes de armas, al ejército, a los militares y a los políticos que encubren su tráfico! Ahora, Gina corre prácticamente, la sangre late en sus sienes. ¡Ah! Luchar contra el ejército... Contra los fabricantes de



armas... ¿Quién podría pensar en ello sin reír? Ha habido casos, pero hasta ahora el éxito no ha sido patente. Están demasiado apretados los nudos, las posibilidades son cada vez más estrechas. La bota que nos aplasta pesa miles de toneladas. Gina tiembla, como animal espantado, pues la trampa también se ha cerrado sobre ella. No hay ningún lugar donde esconderse, ningún lugar donde escapárseles. Todo estos años, hasta antes de recibir el *mail* de Alba, la imagen de la casa de Doña Soledad escondida entre las ramas, había estado flotando en su mente, como una visión fugaz de un lugar donde huir, desertar, refugiarse con las últimas tigresas y Doña Soledad en medio de la selva. Más es demasiado tarde. No hay ninguna ilusión que abrigar, están acabando hasta con los últimos árboles. Ya estamos de espaldas a la pared, lo que nos queda es combatir, al igual que los zapatistas. Quisiera llorar. Pero, ¿por qué? ¿Por el horizonte cerrado? ¿Por la esperanza de una dulce vida de paz? El bucolismo no es de este mundo... Gina rechina los dientes. Se han llevado todo, todo nos lo han robado. ¡Qué sensación de despojo, de vacío, de sabor a muerte! Las mujeres indígenas dicen que la tristeza es una enfermedad mortal. Las mujeres indígenas... Tropezaba en una raíz, maldice, cae. Le corren las lágrimas.

Después de un buen rato, Gina se tranquiliza, sus mandíbulas se relajan. Una hoja inmensa, justo delante de su nariz, se agita. La mira. Fue su movimiento él que la despertó, la brisa, la vida que crepita en el aire. Sacudiendo sus pensamientos, Gina se acuclilla delante de la hoja, la observa, escruta sus nervaduras, acaricia la línea afilada, transparente, de sus bordes, su forma exacta. La admira larga, apasionadamente y, luego, como sin querer, se levanta y se pone en marcha otra vez. Poco a poco su paso se alarga, su pulso se acelera. La selva la rodea, la invita. Gina siente cómo el aire palpita, cómo cada planta se lanza hacia la claridad, cómo se despliega cada hoja, ávida, en el lugar preciso. Es un gesto inmóvil que llena el espacio, una excitación

infinita que le produce ebriedad, locura. Quisiera estar sola y desnuda con esa tensión, ese estremecimiento retenido que flota en la luz, que la invade, que la levanta de la tierra. Vuela sobre la senda, tras un llamado que la atrae, que la engulle cada vez más hacia adentro, más rápido, más profundo. Jadea, la sangre martilla en sus sienes, el vértigo la empuja siempre más adelante. Sin quererlo, está corriendo. A la vuelta de un enorme tronco, la huella se ensancha, el verdor se aclara de repente y se transforma en una luz cálida, dorada. Aparece un claro secreto, apenas una estrecha apertura entre las ramas que los rayos del sol apartan. En medio, casi escondida debajo de una piedra grande, hay una fuente. Entre las hojas secas y las altas hierbas, una corona de flores sin edad cubre una humilde cruz de madera. Alguien dejó la ofrenda en su lugar, las cuatro mazorcas de maíz: la negra, la roja, la blanca y la amarilla. Gina se ha detenido, apenas respira —pide permiso para estar aquí. No sabe si avanzar. De repente, la detiene un movimiento silencioso. Suavemente, una serpiente se desliza sobre la piedra, como surgida de la fuente. Sus ojos se abren desorbitadamente. Es del grosor de su brazo, amarilla y negra, con ondulaciones tan suaves que se le eriza la piel. Siente un temblar que se enraiza en su médula y de golpe baja a través de ella hacia la tierra. Cae el silencio como un manto ensordecedor, todo está inmóvil, la espera es tan densa que se podría palpar. Bruscamente, un velo se desgarra con un silbido seco. Es Ella, la Serpiente Emplumada, Quetzacóatl... La mira, intensamente, como si de esta manera pudiera retenerla, guardarla en la memoria de su cuerpo. Con las pestañas entrecerradas, adivina su forma verdadera, inmensa, sus terribles colmillos corvos fijados en una eterna sonrisa, sus pupilas de fuego escrutando los astros invisibles. Su lengua bífida comulga con el aire en un movimiento sutil, tremendamente sensual. Gina se estremece de la cabeza a los pies. Cuando Quetzacóatl despliega sus alas, el sol verde-azul de otro mundo estalla desde el fondo de los tiempos. La luz hiere los ojos de Gina, la ciega mientras se oye algo

deslizándose veloz entre la hierba. Cuando recupera la vista, ya no hay nada, sólo la piedra, la fuente y el silencio ruidoso de la selva. Donde se encontraba el maíz, una pluma verde y azul yace en el suelo. Gina se acerca, se arrodilla delicadamente frente al nacimiento de agua y con la punta de los dedos recoge una gota. La frescura del mundo subterráneo se extiende sobre su frente, sobre sus párpados, sus labios, su cuello. Y luego, atraída como por un imán, su mirada se dirige hacia la pluma. Su brazo se extiende, su mano la alcanza, sus dedos la acarician. Cierra los ojos, vacía la mente. Calma, inmóvil, escucha el murmullo que emana de la tierra.

Micaela la encuentra en esta posición, cuando desemboca en el claro. Micaela, ¿eres tú? ¡Creo que tengo algo para ti!, dice Gina, incorporándose. Toma su mano y en ella coloca una llama verdiazul. Micaela la observa detenidamente: ¿es un regalo? Gina: sí, es para la buena suerte, para que te proteja. Micaela mira a Gina ahora, y por primera vez, la ve bien. Tez blanca, cejas oscuras, ojos claros y una sonrisa de oreja a oreja que invita a confiar en ella. Sin querer, Micaela también sonríe, como cuando era niña; luego se pone seria de nuevo y con un gesto firme la atrae contra su cuerpo y la abraza. Dios, ¡qué mujer más alta! Su inconfundible olor de blanca está reforzado con sudor. Oye el latir de su corazón, siente su respiración tranquila por encima de su cabeza. Durante un largo rato se quedan, así, abrazadas, sin moverse. Luego, Micaela se aparta. Gracias, es muy linda, y juntas se sientan en una mancha de luz, a esperar a Lorena. Hipnotizadas, observan el delgado hilo de agua que canta bajito y danza, alejándose hacia una meta desconocida.



## V. IXQUIC

Sin que ningún ruido la anuncie, una mujer ha salido de entre los árboles. Tiene unos treinta años y a pesar de sus rasgos marcadamente indígenas, lleva puestos una camiseta café, un pantalón de mezclilla y tenis. Sus cabellos, tan negros que se ven azules, proyectan un reflejo movedizo sobre su piel oscura, y a Gina le parece su rostro el más hermoso que haya visto jamás. Con una expresión indefinible, sin emitir palabra, se acerca, se sienta y las observa descaradamente. Luego, con una voz cálida, extrañamente baja, rompe el silencio: mi nombre es Ixquic. No me conocen, pero no teman: he sido enviada para acompañarlas. Miren: tengo algo para ustedes. De su morral, extrae un paquete pequeño, envuelto en un paliacate rojo: ¿lo reconoces, Micaela? Micaela se sobresalta al oírse llamar por su nombre de combate. Se acerca, desconfiada, toma el paquete que la mujer le extiende y lo observa por todos lados. Míralo bien, dice la desconocida. Micaela lo examina con atención y ve una gran mancha marrón en medio

del pañuelo. Es parecida a una mancha de savia de plátano, de esas manchas que no se quitan nunca, por más que una restriegue la tela hasta la trama. Y esta mancha es exactamente la misma que ella hizo una vez en su paliacate rojo y que nunca consiguió hacer desaparecer... Nerviosamente, busca el paliacate en su morral. ¡Nada! Claro: lo dejó al salir... Observa a la mujer con asombro. Con una expresión muy dulce, la desconocida se dirige a Gina: adentro, hay un regalo de Tina y Toño, dice, envolviéndola con la mirada. Las cejas de Gina se arquean. El tamaño del paquete, su apariencia, los nombres de Tina y Toño le producen un cosquilleo por dentro al adivinar de qué se trata. Una sonrisa se dibuja en su cara y toma el brazo de Micaela. Las dos mujeres se apartan. Gina susurra: no la conozco, pero sé lo qué hay en el paquete. Micaela la aprieta fuerte: estoy segura que es mi paliacate. Se miran, perplejas. Cuando se voltean, la desconocida aún está en el mismo lugar, sentada entre las hierbas, sonriéndoles cómplice. Luego dice, con su extraña voz: pueden tener confianza. Izta esperaba su visita. Tan pronto como llegue su amiga Lorena, podremos emprender de nuevo la marcha. De su morral, saca una calabaza y se arrodilla frente a la fuente para llenarla. Al entrar por la estrecha apertura del recipiente, el agua canta con un murmullo precipitado. En el mismo instante, escuchan un sonoro: ¡por fin, las alcanzo! ¡Estaban corriendo, carajo! Lorena aparece, jadeante, despeinada. ¡Un poco de respeto por mis huesos viejos y oxidados!... Con tono de reproche, dice a Gina: no nos habías dicho que querías ir tan lejos... Pero al percibir la presencia de la extraña, Lorena se detiene en seco. Se queda callada, escrutando a la mujer como si viera una aparición. Luego se acerca. ¿Sos la hermana de Shun? Tú dirás, dice Ixquic suavemente. Shun ha vuelto a Chajul, se casó, se instaló cerca de donde vivía su familia, antes. Está bien, creo que piensa en ti a menudo. Te parecés a él como si fueras su hermana, en todo caso, dice Lorena, con convicción. ¿Qué hacés aquí? Vine a acompañarlas, dice calmadamente Ixquic. ¿Tienes sed? Toma un poco de agua: aquí está la calabaza.



De nuevo se han puesto en camino. Micaela cierra ahora la columna, para asegurarse de que Lorena no se siga retrasando. Ixquic camina adelante, seguida de cerca por Gina. La selva se hace cada vez más espesa, oscura y fresca. Ixquic avanza rápido, sin vacilar, como si hubiera nacido en la montaña misma. Sin dejarse distanciar, Gina pisa sus huellas. Imperceptiblemente se desprenden de las otras. Lorena ve la espalda de Gina desaparecer entre los árboles, reaparecer un rato, y después no la ve más. Entre los troncos cubiertos de orquídeas caen unos débiles rayos de sol, que juegan con las lianas y los helechos traviesos que se despliegan silenciosamente hacia la luz. Con disimulo, Lorena acorta sutilmente el paso para que Micaela la alcance. ¿Qué tal? Bien, caminan rápido. Lorena sigue: hacía tiempo que no caminaba en la montaña. Supongo que vos estás más acostumbrada... No sé si Chiapas es así, pero aquí se parece bastante a las faldas de los Cuchumatanes, en Guatemala. Micaela hace un ademán de aprobación. Con la respiración entrecortada, Lorena prosigue: solo pasé tres años en la montaña, fíjate. Luego, la organización me mandó a la ciudad, para que me encargara de los frentes de masas —los sindicatos, los estudiantes, el movimiento popular, las organizaciones de mujeres. Hicimos un buen trabajo, por cierto. Pero me gustaba más estar allá arriba, enfrentarme directamente con el enemigo, en primera línea, estar con los compas... Sentir su calor cotidiano, su corazón generoso. Eso es lo que me gustaba... Se queda pensativa, ajustando progresivamente su paso al de Micaela mientras que su aliento vuelve a acompañarse con su respiración pausada. ¿Te puedo hacer una pregunta personal, Micaela? Si quieres. Y vos, finalmente, ¿cómo llegaste a todo esto? Micaela la mira, perpleja: ¿cómo así? Quiero decir, ¿cómo entraste a la organización? ¿Quieres que te cuente mi vida? Micaela sonrío: sabes que muchas cosas, no te

las puedo decir, pero confío en tí... Pues... soy la mayor de mis hermanos. Mi madre me tuvo a los dieciséis años, después de haber ido a trabajar a la Costa. Nunca conocí a mi padre. A los siete años, mi madre me mandó a la ciudad de Jovel, a trabajar con una familia. No la volví a ver durante quince años. Una vez yo desaparecida, mi abuelo le halló un pretendiente, un vecino que se había quedado viudo. Ella ya no era tan joven, pero aún era fuerte y muy bella, y el vecino tenía tres hijos que criar, entonces la tomó. Tuvo otros seis hijos, contando a los dos chiquitos que murieron. Fue muy dura la vida de mi mamá. La primera vez que la volví a ver, no me reconoció. Ya parecía una abuelita. Yo tuve más suerte. En Jovel, trabajé para los caxlanes. Al principio, fue muy difícil, porque no hablaba español. Pero la señora donde trabajaba, Doña María, que Dios la tenga en su gloria, era una persona buena. Me permitía ir a la escuela en la noche. Incluso me compró el uniforme, la primera vez. Todo el día, trabajaba en la casa de Doña María, y en las noches, estudiaba.

El día en que cumplí quince años terminé la primaria. Con muchos sacrificios había ahorrado unos pesitos. Tenía un plan: había escuchado que la gente de mi comunidad iba cada año a cortar caña en la Costa. Me habían dado el nombre de la finca y explicado el camino para llegar. Me armé de valor y me fui a la central de autobuses a comprar un boleto. Pero ¡qué vergüenza me dio! mi cabeza apenas si llegaba a la altura de la ventanilla, el señor que vendía los boletos me miró con desprecio y me dijo: entonces, chamulita, ¿a dónde creés que vas? No le vendo boletos a las inditas. Vuelve con tu marido o tu patrona. Entonces salí de allí. Me fui caminando y mis pasos me guiaron hasta la salida de la ciudad, donde había todo tipo de vehículos, que viajaban hacia muchas partes. Además, no ponían problema para llevar gente indígena. Cuando dije donde quería ir, un tipo me agarró del brazo y me empujó hacia la parte de atrás de un gran camión de redilas lleno de mujeres, hombres y niños de



rostros cansados. El viaje duró dos días, me costó todo lo que tenía, y nunca encontré a nadie de mi paraje. Pero en cambio, un buen día, uno de los capataces a quien le pregunté si no conocía a Doña Petrona, de Tres Puentes, municipio de San Andrés Larrainzar, me tomó por el hombro, toscamente ¿Eres su hija, dices? ¿Cuántos años tienes? Dieciocho, mentí. Se me quedó viendo un rato y luego concluyó: en todo caso, ¡sos bien negrita! ¡Casi igual que la india que te parió! Pareció pensar un momento, y luego me dijo que podía quedarme allí, que me daría trabajo. Me quedé. Como pago, recibía por día seis tortillas, frijoles y sal, más un peso, del que descontaban el jabón que nos daban. Cuando se terminó la zafra, encontré otros trabajitos. Me quedé allá tres años, pasando de una finca a otra. El trabajo era duro, pero yo ahorra todo. No quería volver a Jovel, siempre me gustó trabajar al aire libre, y por lo menos estaba entre los míos. Había gente de todas partes, de todos los pueblos cerca de mi comunidad, y también de muchos pueblos que jamás había oído mencionar. No todos hablábamos el mismo idioma: además de los tzotziles, había tzeltales, choles y tojolabales. Al principio, la gente se extrañaba al verme. ¡Una chamaca de mi edad, sola, sin su familia, sin un pariente siquiera! Las mujeres me tomaban aparte para advertirme que los tzeltales chuleaban mucho a las mujeres. Algunos hombres solos intentaban hablarme, pero yo los evitaba. En la noche, cuando me quedaba algo de fuerza después de trabajar de sol a sol, jugaba con los niños: ellos, al menos, se reían conmigo sin malos pensamientos.

Un día llegó un padre. Era la primera vez que veía un padre indígena, tzotzil, igual que yo. Acompañaba a los guatemaltecos que también venían a trabajar en las plantaciones. Hasta ese momento jamás había hablado con esa gente. Se oían muchas cosas acerca de ellos. Se trataba casi siempre de hombres solos que cruzaban cada año la frontera, pasando por la montaña, en época de cosecha. Se decía que aceptaban los trabajos más

duros, con tal de que no los denunciaran a la migración. El capataz entregaba dos o tres muchachos, generalmente los enfermos, cuando pasaba la policía —si es que pasaba— y los demás encorvaban la espalda sin decir nada. También había mujeres solas con sus hijos. Se rumoraba que eran refugiadas, que habían huido de la guerra, que venían de un campamento grande cerca de Amatenango de la Frontera. Se decía que no había que acercárseles, que sus maridos eran subversivos. Una noche, recuerdo que para celebrar el 12 de octubre, el padre organizó una misa especial. A mí, siempre me había gustado la religión, lo que se siente al estar en la iglesia, bien protegida en la casa de nuestro Señor, aunque sea la más humilde de las ermitas; escuchar la voz ardiente y arrulladora del padre, las hermosas canciones que conmueven el corazón y nos llevan a Dios, sentir la tristeza disiparse, como si subiera al cielo con la llama de los cirios. Al no haber iglesia, la ceremonia tuvo lugar afuera, detrás de los barracones donde dormíamos. Esa noche, estábamos todos juntos, gente de todas las lenguas, unidos en una sola oración. El padre decía cosas muy bonitas, hablaba del pueblo de Israel, que sufre, que baja la cabeza, pero que conserva sus creencias, que no pierde la fe, que espera su hora rezando a Dios. Este mensaje, sentí que se dirigía a mí, a nosotros. Estaba transportada. Nunca había cantado con tanto fervor. Cuando terminó la misa, fui a hablar con el padre, que me escuchó, con paciencia, y luego me preguntó si yo quería estudiar con él para convertirme en catequista. Dije que sí, por supuesto... A partir de ese momento, mi vida cambió. Me presentó a las guatemaltecas, así como a todos los hermanos y hermanas cuya lengua no hablaba. Como yo sabía leer y escribir, todo el mundo venía a buscarme en las noches para que escribiera a su familia; para que les leyera los breves mensajes que recibían a veces, traídos por gente que llegaban de sus pueblos. Al poco tiempo pasé a ser responsable de una escolita nocturna que los hermanos y hermanas habían organizado. Les enseñaba todo lo que sabía: hablar y escribir

el español, las cifras, un poco de geografía y de historia. Era inagotable su curiosidad. Al principio sólo había varones. Pero el padre se dio cuenta que también las mujeres querían aprender. Un domingo, en su sermón, él explicó que Jesús, cuando resucitó, primero se le había aparecido a María Magdalena. Y si María Magdalena no hubiera hablado español, ¿cómo les hubiera dado la buena noticia a los apóstoles? Los hombres se miraron unos a otros, no dijeron nada. La semana siguiente, empezamos un curso de español para las mujeres. No había ningún hombre, para que no se pusieran celosos los maridos. Luego, todo se precipitó. Hubo una huelga. Aguantamos una semana, después despidieron a todo el mundo. Los capataces dijeron que nos daban veinticuatro horas para que nos fuéramos, que luego vendrían los soldados. El patrón advirtió que si el padre volvía, le iba a quitar las ganas de vivir. Supimos que hablaba en serio, así que me fui con él. Dos años más estuvimos en otras fincas de la región, y cada vez se repetía la misma historia: las misas enardecidas, las clases de español y de alfabetización, y al final, siempre alguien llegaba a decirnos que era tiempo de marcharnos.

Una noche, justo después de cenar, el padre Rafael —ya te habías dado cuenta que se trataba de él, ¿verdad?— me llevó a un lugar aparte y me dijo: Ana María, ha llegado el momento de separarnos. Aquí las cosas se han vuelto demasiado peligrosas. Recibí un mensaje, tengo que irme a la Selva. Allá, las hermanas y los hermanos me necesitan, están preparando algo muy importante. Me quedé paralizada. No quería que se fuera, no quería quedarme así en la Costa, solita. Quería seguir trabajando con él. Le supliqué que me llevara. Me dijo: piénsalo bien. Allá donde voy, las cosas están muy serias. Podrías volver a San Cristóbal, conozco una familia que te daría trabajo. Son personas muy buenas. Te tratarían bien, es justa la paga. ¿No te quieres casar, tener hijos? No, dije, no, Padre, quiero seguir con usted, quiero conocer a los hermanos y las hermanas de la Selva,

quiero seguir este camino. Sonrió, con cara grave me preguntó si realmente estaba segura, me dijo que sería muy duro, que tendría que cambiar de ropa, de nombre, de vida; que los soldados allá eran mucho más crueles que los que conocía, que era muy arriesgado. Insistí, le rogué, y por toda respuesta me dijo: vete a dormir. Pero a la mañana siguiente, el sol no había salido aún cuando oí un ruido. Él se había levantado y juntaba sus cosas, en la oscuridad. Silenciosamente, me levanté también, sólo tenía el vestido que traía puesto y mis sandalias. Me pegué a su sombra. Salió, caminó hasta la carretera, y yo seguí sus pasos. Luego llegó un carro que se detuvo sin parar el motor, él saludó al conductor —nunca se me olvidará, era una mujer, una caxlana, le dijo: ¡hola Rebeca! La puerta se abrió. En este momento, brinqué fuera de la oscuridad y dije: ¡Padre, me voy con usted! Él miró a la mujer interrogante, ella hizo un gesto de bienvenida, entonces él me sonrió, de un salto me subí atrás y nos fuimos... Lo que sigue, lo adivinas. Allá, se estaban organizando las comunidades. Había mucha esperanza, mucho trabajo por hacer. Me incorporé de lleno. Rebeca era una de las fundadoras del movimiento. En aquella época, sólo había dos mujeres en toda la organización: ella y otra mestiza. Rebeca me quería mucho. Al principio, yo no estaba muy acostumbrada a este trato con las mestizas, pero ella era muy buena persona. Siempre me ayudó. Varias veces los compañeros dijeron que yo era una mujer y que por lo tanto no podía quedarme con ellos. Ella insistió mucho para que yo recibiera la capacitación política, al igual que los demás. Y también la capacitación militar. Para mí, era como mi otra madre. Cuando la capturó el ejército, por la Traición de 1995, mi corazón se llenó de tristeza. Desde aquel día no la volví a ver. Después de la ofensiva, me cambiaron de zona, me mandaron a los Altos, a mi comunidad, para trabajar con las mujeres.



Delante de ella, Ixquic camina entre el follaje. Gina la sigue tan de cerca que puede sentir su olor. La senda, que se ha hecho más estrecha, sube empinada entre grandes rocas. Mil raíces brotan entre las piedras, se extienden, penetran dentro de la tierra. Mil plantas se enredan en los troncos, trepan por las ramas, en un inextricable carrera hacia el sol. De vez en cuando, Ixquic mira a Gina con una expresión alegre y le enseña una hoja, una planta, un insecto, indicándole su nombre. Su corazón se acelera cuando adivina los ojos negros puestos en ella, cuando siente la piel morena rozándola. Es extraño, las vincula una energía misteriosa, como si se conocieran desde siempre, como si estuvieran absorbiendo juntas la misma tensión líquida que flota alrededor. De repente, Ixquic se para frente a un arbusto lleno de enredaderas. ¿Viste?, le dice, mostrándole una flor, azul oscura, completamente abierta. Su regularidad es fascinante; su forma, única. Gina quisiera seguir la nervadura, perderse a lo largo de los estambres, resbalar hasta el fondo del pistilo. Mira bien, dice Ixquic. Tendido gozoso bajo la luz, en cada pétalo aparece un minúsculo corazón. Sus pestañas aletean como mariposas, pero ya Ixquic se pone de pie y se lanza otra vez por el sendero. Gina la sigue. La vegetación se hace aún más espesa. Lianas y ramas entretrejidas forman una barrera cada vez más densa hasta impedir totalmente el paso. Gina ve como Ixquic se lanza en el follaje, como se va abriendo paso cual gato montés, sin luchar, aprovechando cada apertura natural del espacio. Gina se abalanza detrás de ella, haciéndose lo más flexible, lo más pequeña que puede. El olor húmedo de las hojas que cubren el suelo, de la tierra negra, invade sus pulmones. Mientras lucha al ras del suelo, las ramas trazan sobre sus brazos unos finos rasguños, largos como una caricia salvaje. Es todo el bosque que la retiene, que la roza, que se pega a su piel. Me gustan tus abrazos, selva, tus marcas de enamorada. Tus huellas sutiles en mi piel prolongan mi placer... El matorral finalmente cede, la batalla termina demasiado rápido, y al otro lado puede ver a Ixquic esperándola.

Casi con tristeza, se abre camino hacia afuera. ¡Es la dirección correcta, ves, es hacia allá que vamos! Ixquic le indica una huella discreta que sube por la ladera leve de un viejo cafetal. La vista de las matas abandonadas en la penumbra silenciosa tiene algo de conmovedor; olvidadas como un recuerdo inútil, magras y sombrías debajo de los altos árboles donde juega el sol. Sentémonos aquí hasta que lleguen las otras, dice Ixquic.



Primero aparece Micaela. En su cara brillan como perlas unas finas gotas de sudor. De su larga trenza, aún apretada, se escapan algunos mechones rebeldes, que ella reajusta con gestos precisos. Luego se oyen unas palabrotas y el crujir de varias ramas rotas. Lorena se extrae de la espesura con una mueca de cansancio. Agarra el brazo que le extiende Micaela. Con ademán digno sacude unas hojas secas de su pantalón, da algunos pasos y finalmente cae sentada, exhalando un suspiro sonoro. Ixquic le pasa la calabaza. ¿Tienes sed? Y solemne anuncia: hoy la montaña se hizo bella para nosotras, ¿vieron? Con expresión segura agrega: las llevo por el camino del corredor del viento.

## VI. EHECATL

De nuevo progresan hacia las alturas. Ixquic camina a ritmo sostenido, con Gina a sus talones. Valientemente, Lorena ahorra su aliento y Micaela cierra la fila, absorta en sus pensamientos. La tierra pesada resbala bajo sus pies. A veces se hacen gradas una piedras misericordiosas, pero cada zancada pone sus músculos a prueba. El esfuerzo las acalla. La mañana se estira, el sol despliega sus rayos más fuertes pero bajo el verde techo de las ramas, apenas sienten la diferencia. De cuanto en cuanto oyen un pájaro y, a lo lejos, el eco del trabajo de invisibles leñadores: golpes sordos, metálicos, de hacha sobre los troncos y, de vez en cuando, jirones de voces retumbando en los valles. Solitaria y poblada, silenciosa y llena de vida, la montaña se calienta poco a poco con el avance del día. Finalmente, desembocan en una senda más ancha que atraviesa una zona despejada. Las altas hierbas, claras, ondulan bajo la leve brisa, formando como un pastizal olvidado inundado de luz. ¡Qué ganas de tirarse allí, tranquilamente, a mirar el cielo!

Pero Ixquic las apura: ya vamos llegando. Después del corredor del viento, empieza la zona sagrada. ¡Pasen adelante! Gina se hace a un lado, Micaela la rebasa a paso uniforme, seguida por Lorena que, estoicamente, reacomoda su mochila. Frente a ellas, comienza un espacio árido, rocoso, que se prolonga hacia arriba y luego se ensancha en una especie de plataforma entre dos valles. Esta visión deja a Gina atónita: a la derecha, bien abajo, se divisa el valle de México, con sus líneas geométricas y todos los matices marrón y amarillo de las diferentes parcelas; a la izquierda, un inmenso llano verde se abre hacia el horizonte. Arriba, las observa el cielo infinito, intensamente azul, cuya luz hierde sus ojos. Las nubes altas, de un blanco sin matiz, corren de un lado a otro, rodando y transformándose en figuras movedizas, perpetuamente cambiantes. Gina se adentra en el desfiladero, por la estrecha banda de tierra, sobre la ola inmóvil que separa los dos mundos. El viento la azota, el aire sopla con violencia, y cuando Gina siente la ráfaga más fuerte, estira los brazos, dirige la cara hacia lo lejos y a media voz, ebria de felicidad, saluda a Ehecatl, el dios del viento. Del otro lado, Micaela y Lorena se han instalado en una roca plana de buenas proporciones, a donde ella las alcanza. Ahora contemplan a Ixquic, que a su vez, a pasos lentos, se acerca. A mitad de camino, con gesto teatral, se quita la camiseta y dice: cuando llego aquí, siempre hago lo que hacía mi abuela, lo que hacían todas nuestras abuelas indígenas. Y con un placer nada disimulado, estira su torso desnudo bajo el poderoso aliento de Ehecatl. Micaela no se inmuta, Lorena dice: tenés razón. Gina, intentando olvidar la vergüenza, imita su gesto, se pone de pie y se acerca a la orilla del farallón. Durante largo rato, calladas, contemplan los valles lejanos, los campos minúsculos y las hierbas de la orilla que bailan bajo el viento, verde claro arriba, verde oscuro abajo. Luego Ixquic se va a sentar, al lado de Micaela y Lorena, sobre la gran roca plana, y llama a Gina: ¡ven! Gina se acomoda en el lugar que ha quedado libre entre Micaela e Ixquic. Júntense bien, dice Ixquic, necesito abrigo. Hombro contra hombro, flanco contra



flanco, las cuatro mujeres forman un espacio protegido del viento. Ixquic saca de su bolsa un pequeño rollo de papel periódico. Con su permiso, dice. Micaela lanza una mirada de solsayo y frunce las cejas. Del rollo de papel abierto se escapa un olor ligero, agradable. Adentro, hay unas delgadísimas hojas de papel y una hierba seca, que Ixquic agarra delicadamente y reduce en polvo. ¿Qué haces? Ixquic explica. Micaela, resistiéndose a entender, mira a las otras. No parecen estar disgustadas. ¿Será que son viciosas también? Lorena, al ver su desamparo la mira a los ojos: sé lo que pensás. Nosotros también, ¡siempre hemos considerado a las drogas como una arma del enemigo! Pero créeme, desde que estoy en México, me encontré con muchos hombres y mujeres, de toda clase. Mi mente se ha abierto de nuevo: los escucho, los observo, los veo hacer cosas de las que jamás habíamos hablado con los compañeros, que nos hubieran producido horror. Cosas cuya posibilidad hasta hubiéramos querido olvidar... Pero la gente no vive como lo imaginamos desde la montaña. Micaela: allá en las comunidades, los soldados siembran droga para acusarnos. Hasta a los niños envician. Cuando encontramos un sembrado, lo quemamos. Ixquic: ¡tienen razón! Pero esta hierba la cultivé yo. Fue el sol que quiso que creciera, fue la tierra la que la alimentó. No le ha hecho daño a nadie. Micaela: ¿no te han dicho que los paramilitares consumen drogas antes de las masacres, para volverse locos? Ixquic: es el gobierno que envenena sus corazones, no es la motita. Mírame bien: no tengo nada que ver con los paramilitares. Y con todo respeto, en honor a la lucha, ¡armo este cigarrillo para que haga soñar nuestros pensamientos! Lorena intercambia una mirada con Micaela, vence sus dudas y exclama: ¿saben qué? Tal vez me muera en el exilio, ¡pero no ignorante! ¡Voy a ver lo que se siente! Con cara de desaprobación, Micaela sacude la cabeza —lo que hay que ver en este mundo... Pero interiormente, está más perpleja que molesta: mujeres, además... Si los compas supieran... Ixquic alisa pausadamente el cigarrillo, lo compacta y saca unos cerillos. Les pide a las demás

que se acerquen aún más para cortar el viento. Gina se estremece cuando la piel desnuda de Ixquic toca la suya a fin de formar una muralla protectora para la frágil llama del cerillo. Su contacto es ligero, justo lo necesario para impedir que pase el menor soplo de aire. Del hombro a la cadera, estirada como gata, Gina sigue cada movimiento de su cuerpo, reteniendo la respiración. ¡Para Izta!, dice Ixquic solemne al aspirar la primera bocanada. Lorena sigue el proceso con atención, Micaela la observa de reojo, mientras Gina la siente contra ella erizando su piel como una caricia. Ixquic ofrece el cigarrillo a Lorena, que lo toma con una mano vacilante, lo contempla un momento y lo lleva a sus labios. ¡Salud, Micaela! ¡Si es bueno, te avisaré! ¡Y a mi divorcio con Lenin! Con cara desafiante, aspira profundamente. Esforzándose en retener el humo, extiende el cigarrillo a Gina. Gina sólo dice gracias, inhala y lo pasa, deslizándose una mirada hacia Ixquic. Ixquic la mira de la misma manera, los ojos entrecerrados, absorta. Luego sonrío y se endereza suavemente, sacando el pecho, estirando el cuello y echando la cabeza hacia atrás. Gina acompaña sus movimientos respirando hondo, y deja flotar su vista hacia el horizonte. Siente el peso leve del cuerpo de Ixquic apoyado contra el suyo. Un fino mechón de pelo juega en su mejilla, empujado por el viento, es negro. Lorena tose y dice: ¡ya no quiero más! ¡Esta cosa no me hace nada! Micaela se queda callada, Gina reaviva la brasa roja. Ixquic roza su mano al agarrar lo que queda del cigarrillo. Casi sin moverse, se acomoda más estrechamente contra el cuerpo de Gina y, con un movimiento sumamente suave, apoya la cabeza contra la suya. Lorena rechaza la última bocanada que Gina traga, pausadamente. En el exacto lugar en donde se mezclan sus cabellos, siente miles de chispitas que brotan hacia Ixquic. Ixquic le sonrío con ternura. Intensamente, Gina sostiene su mirada. Tan oscuro es el iris que casi se confunde con la pupila. ¿Se podrá ver, hasta el fondo, el alma? Subrepticio, un cálido y delicioso vértigo florece en su vientre. Lentamente, para retenerlo, estrecha los labios y se estremece.

Lorena se levanta, está un poco mareada, la aturde el aire que sopla sin parar sobre su rostro. Se estira, vacila, da unos pasos y se deja caer en el suelo, detrás de una roca. Gina la alcanza. Se oye una risa. Lorena se quita púdicamente la camiseta, con la que hace una almohada que coloca debajo de su cabeza. Recostadas, la una al lado de la otra, miran las nubes. Detrás de ellas, Micaela juega con el pedazo de periódico donde Ixquic ha dejado la hierba misteriosa. Cautelosamente, observa, olfatea, prueba. Luego mira a Ixquic y a media voz le pregunta: y tú, ¿de dónde eres? Ixquic: vivo aquí, en las faldas del volcán, en una casita lejos del pueblo. Soy ingeniera forestal, mi trabajo es proteger la zona de la reserva ecológica. Micaela hace un gesto interrogativo con la cabeza: algo dijiste de tu abuela... Ixquic la envuelve con la mirada: ¿es la historia de mi abuela la que quieres conocer? Te la voy a contar. Era una mujer excepcional... indígena, como ya dije, náhuatl, la mayor de una familia de campesinos pobres que vivían cerca de aquí. La vida era bastante difícil en aquella época pues no había carreteras, ni escuela —apenas una iglesia pequeña donde el cura sólo se asomaba una o dos veces al año. Cuando mi abuela nació, enterraron su placenta debajo del fogón, con todas las ceremonias del caso y efectivamente, creció junto al comal, cuidando de sus hermanitos y hermanitas. Pero cada vez que conseguía escaparse, cuando todos dormían, iba a rondar por la montaña, con la esperanza de ver alguna vez a su nahual, que le habían dicho era la lechuza de monte. Se quedaba horas y horas trepada en los árboles o sentada en una roca, escrutando las tinieblas bañadas por la luna. Como era muy hábil siempre conseguía disimular sus escapadas. Al crecer, se volvió cada vez más soñadora, más inquieta. Un buen día, pasaron por el pueblo unos arrieros que transportaban toda clase de mercancías preciosas y extrañas, que la gente de aquí nunca había visto. Mi abuela aún era casi una niña. Esa noche, cuando se escapó discretamente, no se fue hacia el monte, sino hacia el pueblo. En la entrada, estaba el campamento de los forasteros. Se quedó un largo rato en la penumbra, escondida

detrás de un murito, observándolos, sin atreverse a acercarse, hasta que finalmente uno de los hombres la vio y la llamó. Lo debe haber impactado su belleza y sus pocos años, porque a pesar de que olía a alcohol no le faltó al respeto. Para ella, especialmente, abrió los misteriosos paquetes, y mientras la dejaba descubrir uno por uno los maravillosos objetos con su risa de niña, tomó la inquebrantable decisión de hacerla su mujer delante del Señor. Al día siguiente, cuando llegó con ella frente a la humilde casa de sus padres, mi bisabuelo entendió con dificultad las palabras que el hombre le dirigía en español —ya que él y su familia solo hablaban náhuatl. Por el contrario, comprendió perfectamente los gestos del extranjero, que prudentemente se había provisto de un viejo crucifijo, para demostrar que era un buen cristiano, y que quería casarse con mi abuela. Gesticulando, intentaba representar una iglesia en la que se arrodillaban delante de un cura imaginario para recibir la bendición divina. Mi bisabuelo rechazó con la mayor cortesía posible la botella de alcohol de maíz que había traído el hombre y luego, sin dulzura, hizo entrar a mi abuela en la casa. Cuando el hombre se fue, dio libre curso a su cólera. ¿Acaso su hija quería deshonar a su familia, a su pueblo? Temblando, la niña juró que el extranjero había sido bueno con ella, que no le había hecho nada malo y que le había impedido regresarse sola tan entrada la noche. Le había dado de comer, había extendido su cobija para ella y vigilado su sueño, velando la noche entera cerca de la fogata. Entre sus lágrimas, le suplicaba a su padre que le creyera. Pero él se mostró inflexible. Para empezar y por haberse escapado, la mandó acostarse lejos del fogón, sin comer. Tirada en el viejo petate, oía nítidamente las palabras de su padre. Qué dolor, decía. ¡Mejor es tener varones! No sin sorpresa, se enteró de que su padre ya se había puesto de acuerdo con el viejo Bartolo, un vecino del paraje que se la había pedido para su hijo. Bartolo era un hombre fuerte, que trabajaba duro. Juanito su hijo mayor, ya era casi un hombre y manejaba el machete con destreza en la parcela. Oyó aún a su madre hacer comentarios sobre los detalles

materiales del arreglo, mientras comían con los pequeños; luego se acostaron. Sobre su rostro, las lágrimas se habían secado, dibujando largos surcos. Así se quedó mucho tiempo, en la oscuridad, con los ojos muy abiertos y la mente totalmente vacía. Luego pensó en el desconocido, en sus rasgos serenos, sus brazos vigorosos, su mirada recta, que le había parecido tan apacible, sus gestos diestros y delicados cuando le había mostrado todas las cosas mágicas que transportaba. Luego, pensó en las mulas, en su pelaje gris y suave, en su respiración pausada, de animales plácidos, tranquilos. Seguramente se entendería con ellas. Las cuidaría, las cepillaría, les daría de comer, sabría llevarlas por los caminos. También podía hacer tortillas, tamales, preparar los frijoles... Pensaba como en un sueño, veía el sendero de los arrieros dejar el pueblo y cada vez que intentaba imaginar lo que había después, al cabo de la última vuelta hasta la cual tenía derecho a aventurarse, su mente caía en una especie de exaltación mezclada de terror... Pensó, soñó, deliró, durante horas. Cuando percibió la estrella de la mañana por una hendidura en la pared, entre los troncos separados, se levantó sin ruido, como sonámbula. Silenciosamente dijo adiós a su madre y a su padre, a sus hermanas y hermanos, mientras dos lágrimas abrían nuevos surcos en sus mejillas, y se lanzó sin ruido hacia la noche.

Mi abuela nunca se arrepintió de su decisión. El arriero, un hombre joven aún, que se llamaba Domingo López, la trató con mil atenciones y le dio la mejor vida que pudo. Tan pronto junto la suma necesaria, le compró una carreta y viajaron durante más de tres años por todo el estado de Morelos, yendo a veces hasta Puebla, de pueblo en pueblo, con las mercancías que les encargaban. Al principio, le quiso enseñar su idioma, el español, que ella no hablaba. Pero ella siempre se negó a pronunciar siquiera una palabra de castellano, aunque con el tiempo, seguramente lo entendiera. Fue Domingo quien aprendió el náhuatl, con toda la paciencia que le inspiraba su amor. Ella cuidaba los animales, él

se encargaba de encontrar los clientes. Poco a poco, mi abuela se volvió una mujer. Una mañana, al despuntar el alba entre las montañas, él la despertó suavemente, tomó su mano, la puso sobre su corazón, y con una expresión llena de respeto, le preguntó si aceptaba ser su esposa. Ella respondió sin vacilación. Entonces, se pusieron en camino rumbo a su pueblo. Al cabo de varias semanas reconoció las montañas que la habían visto nacer. Fueron hasta la casa de sus padres, y allí con toda solemnidad, él se arrodilló delante de la puerta y llorando pidió al padre que bendijera su unión. El viejito, que no pensaba ya volver a ver a su hija, y que incluso la había borrado de su mente, se dejó conmovido y aceptó los regalos de Domingo. Sin embargo, para casarse como cristianos, como él lo deseaba, tuvieron que esperar hasta que llegara el cura al pueblo, lo que los llevó hasta Navidad. Entretanto, Domingo no escatimó esfuerzos en la milpa del padre de su prometida, mostrándose trabajador y honesto. Su familia era campesina, por lo tanto conocía la tierra. Entonces con toda naturalidad, después de la modesta ceremonia, los hombres del paraje se juntaron para decidir donde construir la casa de la nueva pareja. Al año siguiente nació su primer hijo. Otros seis siguieron, casi todos sobrevivieron, incluyendo la última, mi madre.

Al pasar los años, los reumas que uno coge durmiendo a la orilla de los caminos se terminaron apoderando por completo de mi abuelo. Llegó el día en que con los dolores, se le hizo ya imposible seguir trabajando. Mi abuela se las arregló con un viejo amigo de ambos, para pedir prestado unas cuantas mercancías con las que abrieron una pequeña tienda de abarrotes en el pueblo. Así consiguieron defenderse hasta el final de sus vidas e incluso pudieron enviar a su última hija a la escuela Normal, en Puebla. Fue allá que mi madre conoció a mi padre, y después de obtener su título, se casó y dio a luz tres hijas, sin dejar jamás de trabajar al mismo tiempo. Cuando yo era niña, vivíamos en un pueblo grande cerca de Puebla, donde mi padre y mi madre estaban a

cargo de una escuelita, pero cada verano nos traían aquí a ver a mis abuelos. ¡Fueron los mejores momentos de mi infancia!... No me acuerdo bien de mi abuelo, era demasiado pequeña cuando él murió. ¡Pero ella, ella!... Después de la muerte de su marido, se había vuelto curandera y la venían a buscar desde muy lejos. Era misteriosa y muy sabia, hablaba un idioma que yo no entendía pero yo adoraba las tortillas calentitas recién salidas del comal que para mí preparaba y, de vez en cuando, me llevaba a la montaña, ella y yo solas, para enseñarme sus secretos. Por ella estoy aquí ahora. Ya hace muchos años que se apagó su fogón y se enfrió su comal, pero yo sé que aún está aquí. A menudo vengo a hablar con ella, en los lugares a donde íbamos las dos. Al decir estas últimas palabras, se dibuja en el rostro de Ixquic una dulzura nueva. Tu historia es muy bonita, dice Micaela, me recuerda cosas. Ixquic sonríe: lo sé, Micaela...



Toda la montaña se encuentra por debajo de su cuerpo, todo el cielo por encima de ella. La luz es tan cruda que los ojos claros de Gina parpadean al seguir la carrera de las nubes. A su lado, Lorena canturrea a media voz, para sí, una melodía triste y bella. El viento, en lo alto, arrastra las masas blancas con fuerza, deshaciendo sin cesar las formas gigantescas que estira hasta la otra punta del cielo. Muy cerca, se balancea una hierba fina, que Gina observa largamente, desde el extremo de su punta afilada y como quemada, hasta el tallo liso y redondo que brilla bajo el sol. Progresivamente, se pierde en la contemplación, se desliza hacia un estado de completa beatitud. Poco a poco, en su consciencia nace la sensación de una pulsación calmada y profunda que resuena en todo su ser. Gina extiende los brazos, las piernas, se pega al suelo lo más estrechamente posible y estira cada músculo debajo de su piel para sentir mejor toda la superficie de la piedra. Le parece que la montaña palpita, entera,

como un corazón. Lo percibe claramente. La sangre late en sus sienes, fluye, se agolpa en su vientre, sus labios se entreabren, exhalando de placer. Un olor poderoso y caliente emana de ella y se mezcla con el fresco perfume del viento que la mece, mientras se pierde en un largo y feliz ensueño. Cuando vuelve a abrir los ojos, ve allá en lo alto una nube gigantesca que la cubre con todo su tamaño, resplandeciente de blancura. Su base redonda evoca la proa de un barco, o talvez un inmenso escudo que el viento lleva a la deriva. Encima, erguida, colosal, se estira la silueta de una mujer, con un brazo levantado, como blandiendo un arma invisible. Despacio, majestuosamente, atraviesa el cielo recogido mientras los rayos del sol destacan su movimiento inmóvil con una claridad casi insostenible. Gina siente que todo su cuerpo se contrae y estalla a la vez, muy despacio. Sin parpadear, mira fijamente la forma deslumbrante y formidable que se aleja hacia el horizonte, y sólo se disuelve al llegar a una enorme nube que cierra la vista a lo lejos, rumbo a México.



Después de la puerta del viento, desaparece el sendero. Al menos, para Lorena, Gina y Micaela. Solo Ixquic, que camina adelante, parece discernir como por arte de magia una brecha, ora por las hierbas, ora por la gracia de una roca particular. A veces simplemente calla, acechando, hasta que el canto de un pájaro o el leve temblar de unas ramas o quizás el color de una hoja le inspiren por donde avanzar. La progresión es lenta, la espesura verde se ha transformado en una vegetación arisca y rala, que resiste tercamente los asaltos del viento y del sol en la pendiente pelada, haciendo de la más mínima humedad un milagro. Sobre los flancos desnudos de la montaña, se yerguen aquí y allá algunos cactus de la áspera familia de los magueyes. Unos, en una fisura propicia, otros en el borde extremo de una plataforma con sus magras raíces torcidas en el vacío, otros más en medio de una pared desesperadamente lisa. Casi se puede oír



la queja desafiante que se eleva de todos estos seres silenciosos que juegan su existencia al límite de lo imposible. O bien, ¿serán felices estas orgullosas criaturas, de morar en medio del cielo? Negra como la noche, a contraluz, una forma atormentada, magnífica, se destaca sobre la muralla de piedra que domina a Gina. Cada hoja afilada que termina en un solo dardo terrible, se despliega cual lengua ávida hacia el supremo dispensador de vida, adora su caricia, teme su quemadura. La flor única, ofrenda sagrada, brota como un gemido de deseo, como una súplica de amor. Es toda una existencia ardiente, una fidelidad absoluta que ningún celo puede opacar. Soberanamente indiferente a cualquier cosa que lo distraiga de la devorante intimidad con su dios, este ser probablemente discierne apenas la presencia de Gina a sus pies. ¿Será que solamente mira al valle? ¿Será que durante la noche de largas horas, tiritita y llora desconsolado bajo la blanca luz de la luna? ¿O será la hora misteriosa en que comparte sus sueños inmóviles con las estrellas? Arriba, abajo, Gina se escinde, se multiplica —toda cosa es. Toda criatura vive. El placer crudo, desnudo, absoluto, del cactus y su obsesivo tormento forman una mezcla definitiva que no requiere explicación. Ser testiga de ello la llena de respeto y le desgarran el alma a la vez. Ella consigue finalmente apartar la mirada y siente como se rompe un hilo de luz, muy adentro, cuando le dice ¡adiós, suerte compañero!



Poco a poco, se han adentrado en un camino más estrecho que se transforma paulatinamente en un desfiladero impresionante. Varias decenas de metros por encima de sus cabezas, las paredes casi se tocan, dejando pasar una débil claridad que nunca llega hasta el fondo de la hondonada. De repente, una pared de piedra se yergue delante de ellas. Por allí es que hay que seguir, dice Ixquic. Es la puerta de piedra. Sola,

es imposible pasarla. ¡Quítense los zapatos!, dice, desanudando sus ténis. Con curiosidad, las tres mujeres la imitan sin preguntar nada. Lo lograremos si tienen confianza. ¡Primero, abracémonos! Y atrae a las otras tres en un abrazo colectivo que les arranca risas tímidas y suspiros profundos. ¿De quién es el brazo vigoroso que rodea la cintura de Ixquic? ¿A quien pertenece la mano inquieta que estrecha el brazo de Gina? ¿De quién es ese hombro firme, ese cuello cosquilloso, esa piel caliente? Unos dedos fuertes se posan sobre un costado y traviosos, acarician una espalda acogedora. Se quedan así jugando un momento más, luego se abrazan más fuerte, muy unidas, y después de una última carcajada, finalmente, se desprenden. Bueno, dice Ixquic, es muy simple: Gina y Lorena, ustedes que son altas y fuertes, serán nuestra base bien amada que nos sostendrá a todas. Micaela, tú que eres inteligente, serás el cuadro de nuestra organización, que se eleva por encima de las masas. Micaela intercambia una mirada levemente molesta con Lorena, que se ha sonrojado de repente. Gina vacila entre un sentimiento de orgullo y una leve sensación de que se están burlando de ella. Con expresión irónica, Ixquic agrega: ¿no confían en esta forma de organización? Yo soy la vanguardia, van a ver. Con autoridad, instala a Gina y a Lorena de espaldas a la pared, con las piernas bien separadas y les ordena: ¡enraícense firmemente en el suelo! Tú, Micaela, hazte lo más leve que puedas y súbete a sus hombros. ¿Estás bien? Con tu falda, es un poco incómodo... ¡Ahora, aguántenme, es mi turno de subir! Desde la base, brotan protestas. Estoica, la estructura intermedia intenta aplacar con palabras de aliento la inconformidad que amenaza, mientras es pisoteada por la vanguardia sin que pueda adivinar sus propósitos. Después de un momento, que les parece una eternidad, Ixquic grita: ¡ya llegué! Y se iza sobre una estrecha plataforma. Inmediatamente la organización se descompone, la dirección salta con presteza sobre el suelo diciendo: lo siento, compañeras, no tengo nada que ver con lo que acaba de pasar.

Las bases le lanzan una mirada llena de reproches masajeando sus hombros adoloridos y sin decir palabra, van a sentarse más lejos. Ixquic las llama: ¡Vuelvan! Les prometo que esta situación no se reproducirá jamás entre nosotras. ¡Hallé la escalera! Una por una, suben entre las paredes verticales y alcanzan a Ixquic sobre la alta roca que sella el camino.



## VII. IZTACCÍHUATL

La plataforma se abre sobre un nuevo sendero, más estrecho aún que el anterior. Hay momentos en que tienen que pasar de perfil entre las rocas. Finalmente, después de un largo caminar, las murallas se apartan y aparece una meseta solitaria, prácticamente desprovista de vegetación. A la derecha, el vacío; a la izquierda, el abismo; al fondo, una trilla discreta, apenas una huella, que se pierde entre unos arbustos escasos. Ya hemos llegado, dice Ixquic. No se vayan muy lejos: a partir de ahora no se puede seguir sin ser invitadas... Espérenme aquí, dice, desapareciendo rápidamente por el camino apenas visible que se va adentrando en la montaña. Por San Ernesto, ¡qué caminata!, exclama Lorena, despojándose de la mochila. Micaela se sienta y empieza a deshacer su trenza. Gina da una vuelta para examinar el lugar. La meseta es más bien pequeña y estrecha. A ambos lados, es el vacío. Las orillas descienden primero con cierta suavidad, durante más o menos un metro, y luego caen verticales hacia unos

valles profundos cubiertos de mil verdes. La vista corta el aliento: a sus pies se extiende el ancho llano amarillo y marrón que anuncia el valle de México, y más allá, hasta donde alcanza la vista, las montañas que se elevan en el horizonte; detrás de un macizo, otro, detrás de una cresta más baja, matizados por brumas distantes, otros perfiles aún, y al extremo del horizonte, las nubes lejanas se confunden con las últimas cumbres. La luz apacible de la tarde confiere a este paisaje un aspecto extrañamente eterno. Muy alto, cerca del sol, minúscula silueta, un pájaro vuela alrededor del volcán. Gina se absorbe un largo rato en las anchas, imprevisibles espirales de su vuelo indolente, abandonado a las secretas corrientes de Ehecatl. Un ruido repentino la hace sobresaltar y se da cuenta que Micaela ha juntado varias piedras grandes, para formar un fogón. Lorena se está dirigiendo a buscar leña rumbo a los arbustos entre los cuales Ixquic desapareció, cuando bruscamente Micaela la detiene: ¿acaso no has oído? La orden es: ¡esperar aquí! Con repentina cólera, Lorena estalla: ¡Basta, basta! ¡Ya estoy harta! ¡Abajo todas las órdenes, carajo! Durante treinta años de mi vida, obedecí órdenes, o las dí... Qué absurdo, ¿no lo ves? Somos todas iguales, ¿sí o no? ¡Ya, acabemos de una vez con la obediencia, acabemos con la disciplina! ¡Viva la libertad! Teatralmente se vuelve hacia la montaña, abre los brazos y clama: ¡Oh, Izta! ¡Oh, gran mujer dormida! Si me oís, ¡dame una señal! ¡Enseñales que la mente debe abrirse de par en par, eliminar las viejas costumbres y contemplar otra luz! En ese preciso momento, la figura de Ixquic, con los brazos cargados de leña, aparece en el sendero. Se acerca a pasos anchos, deposita cautelosamente su enorme carga y con su voz cálida, anuncia: ¡Izta les da la bienvenida y les manda unos mechones de su pelo para calentarlas!



Bañadas por la tierna luz del final de la tarde, sentadas en la hierba rasa de su plataforma, las cuatro mujeres contemplan en

silencio el horizonte inmenso abierto delante de ellas, suavizado ahora por la oblicuidad de los rayos del sol. Poco a poco, su cansancio se desvanece frente al paisaje, la opresión de sus corazones cede y sus pechos respiran con más facilidad. Sus estómagos, en cambio, desesperadamente vacíos desde la mañana, empiezan a reclamar con insistencia. Lorena rompe finalmente la magia: ¡tengo hambre! Su tono combina reproche y preocupación, cuando se dirige a Ixquic: ¡fíjate vos, no tenemos nada que comer! No pensábamos salir por tanto tiempo: vos sos la que nos trajiste hasta aquí... Ya es tarde, ¡tenemos que apurarnos y volver, ya!, dice, poniéndose de pie bruscamente. Las demás se quedan sentadas. ¿Qué pasó, compañeras? Busca en vano el apoyo de Micaela, se voltea hacia Gina que se estira perezosamente: qué bonito estar aquí con ustedes... Lorena se vuelve a sentar al lado de Ixquic, la agarra por el brazo. Decíles vos: ¡hay que volver! ¡No podemos dormir aquí! Con la mayor calma, Ixquic la mira: ¿por qué no? No hace tanto frío. ¿No quieres ver las estrellas? Lorena suspira hondo: ya pasé la edad... Yo en lo personal, lo que más quisiera es una buena cama, ¿me entendés? Tengo reumas. Ya mucho he dormido bajo las estrellas en mi vida, ¡si supieras! Ya sobrepasé mi cuota. Ixquic le sonríe: lo sé, pero qué poco romántica eres, Lorena. ¡Y yo que creía que todas las guerrilleras eran algo poetas!... Lorena enmudece. Micaela toma la palabra: conozco la montaña, es demasiado tarde para volver. Pero mira, tenemos leña suficiente. Gina desata el abrigo anudado en su cintura: ten, no lo necesito. Lorena suspira de nuevo: ¿y qué vamos a comer? Ixquic la contempla con su mirada penetrante: no te preocupes, Lorena. Ya casi llega la hora de romper el ayuno... ¡Vengan!

Ixquic se ha instalado en el centro de la estrecha plataforma, a la orilla de una pequeña depresión que la luz rasante acaba de revelar. De su morral saca la calabaza de agua que cuidadosamente instala frente a ella. ¡Vengan, pues! Micaela es

la primera en acercarse. Gina la sigue y se instala en el círculo. Lorena duda: ¿de verdad tenés algo de comer en ese morral? Ixquic la toma de la mano y la hace sentar: tienes mucha prisa para ser una revolucionaria... Andale, ven, es una broma. Mirándola a los ojos, recita: *Dos cosas más aprendimos en la lluvia: cualquier sed de hombre tiene derecho cuando menos a una naranja grande y toda tristeza a una mañana de circo, para que la vida sea, alguna vez, como una flor, o como una canción.* Lorena la mira fijamente: ¿dónde aprendiste ese poema? ¡Lo escribió Venancio! Ixquic no se inmuta: sé muchas cosas, ya ves. Ven con nosotras y tranquilízate: tendrás tu naranja y tu mañana de circo... Cuando están todas sentadas, ceremoniosamente, Ixquic abre de nuevo su bolsa y saca el regalo de Tina y Toño, envuelto en el paliacate rojo. Micaela la observa con atención. Con infinitas precauciones, Ixquic desata el nudo del pañuelo, lo abre y lo pone en el centro del círculo. Por un instante, reina un profundo silencio. Hasta la brisa desapareció y se diría que el sol se ha detenido a la orilla del horizonte, como para observar mejor. Verdes, claras, con un suave palpar, las pequeñas presencias redondas que brillan en el paliacate esperan su transformación. ¿Qué es?, pregunta Micaela curiosa. Son las huellas del Venado, es un cactus del desierto, contesta Ixquic con su más radiante sonrisa. Lorena no intenta disimular su decepción: ¿eso es lo que nos querés hacer comer? Gina no dice nada, pero mira a Micaela con expectación. Solemnemente, Ixquic explica: Izta nos da la bienvenida a su casa. Izta nos invita a una ceremonia. ¡Sería grosero negarnos, compañeras! Las mira a una por una, luego se gira hacia el centro: desde tiempos inmemoriales, nuestras abuelas y abuelos adoraron el Gran Venado. En la época en que allá en su tierra, los invasores eran aún débiles e ignorantes como recién nacidos, aquí nuestros pueblos ya habían hecho alianza con Viricuta para alcanzar los conocimientos más elevados... Hoy, las huellas del Venadito las esperan para la transformación... Por esto es que Izta las ha llamado. Después de un momento de duda, Micaela pregunta



pausadamente: ¿qué nos pasará si comemos esto? No depende de mí, dice Ixquic. Pero no teman: el Venadito no les hará ningún daño. Sólo trae la visión. Volteándose hacia Micaela: fue con mi abuela que lo conocí. Micaela cierra los ojos a medias, como viendo otra persona en lugar de Ixquic, luego alisa su falda y con tono desafiante, dice: entonces, ¡comamos!

Con expresión concentrada, Ixquic toma las manos de sus vecinas y mira fijamente hacia el centro del círculo. Cuando todas están listas, Ixquic pronuncia una breve oración. ¡Oh, Izta! ¡Gracias por recibirnos! ¡En tu serenidad, por favor, inspíranos! ¡Oh, Viricuta, si lo quieres, alumbrá nuestros corazones! ¡Si quieres, contesta nuestras preguntas! Y perdónennos este rito tan poco ortodoxo... Durante un largo rato se quedan en silencio, dirigiendo tal vez cada una, una invocación especial a las fuerzas que venera: las diosas, Jesús y todos los santos, la Virgencita de Guadalupe, el aire, el agua, el viento y San Ernesto de todas las luchas. Del suelo se eleva una vibración suave, que imperceptiblemente va cobrando fuerza. Ixquic vuelve a abrir los ojos y se acerca a las huellas del Venadito. Cuidadosamente las pela, amorosamente las desgaja y las divide en partes iguales. Es muy amargo, dice, amarguísimo, pero pueden beber un poco de agua, aquí está la calabaza.



Lorena es la primera en levantarse. Con permiso, ¡voy a fumar un cigarrillo! ¡Quién me hubiera dicho que dormiría de nuevo en la montaña a los cincuenta años, sin nada que comer, sin armas, y ni siquiera para hacer la revolución!... Se ríe. Quisiera ver la cara de Venancio, si él supiera... Agitada, camina de un lado para otro en el breve espacio de la meseta. ¡Yo! ¡Aquí! Yo, cayendo en los vicios burgueses... Primero el feminismo, ahora las drogas... Sólo falta que me vuelva lesbiana, ¿verdad Venancio? Y

pensándolo bien, ¿por qué no? ¡La ex-guerrillera que rompe todas las amarras! La compañera Úrsula ha sido vista más borracha que un barril y drogada hasta el gorro en ciertos antros de México, en brazos de una mujer... Bueno, de una “mujer”, si se le puede llamar así a semejante personaje... ¡Eso se vería bien chingón en una reunión de la Comisión de disciplina y moralidad!... Se ríe de nuevo, ruidosamente. Ésta soy yo: ¡medio siglo en mi haber y como siempre “cero en conducta”! ¡Qué raza, qué raza!... Se detiene, se queda inmóvil un momento y luego, pensativa, retoma su nervioso andar. Mientras tanto, Ixquic se ha levantado y prepara el fuego. Con un arte consumado, instala entre las piedras un haz de ramitas, atravesadas por unas ramas más grandes, unos leños por encima y coronando el edificio, un tronco ya ennegrecido. Gina la observa, fascinada. Siente una gran admiración y un gran cansancio que poco a poco se apodera de sus brazos y piernas. ¿Qué sentido tendría moverse? Su vista se ha vuelto tan precisa, tan abarcadora, que puede intuir el más leve gesto de Ixquic, acompañarla como en una danza, percibirla en lo más profundo de su ser. Micaela ha tomado su paliacate abandonado en medio del círculo y lo mira detenidamente como si lo viera por primera vez. Toca la mancha marrón, sigue con el dedo los arabescos impresos en la tela, como en cámara lenta y luego, lo pone en el suelo y lo alisa con la palma de la mano, hipnotizada. Aún siente el sabor terriblemente amargo del cactus en su boca. ¡Cuántas sorpresas da la vida, cuántas pruebas hay que pasar!... Pero a la vez, se siente tranquila: siempre ha sabido enfrentar las situaciones. Es su carácter. Muchas veces se ha preguntado si no hubiera debido nacer varón. Son los varones los que viven de este modo. En cierta forma, ella no es una mujer. Sabe perfecta, dolorosamente, que en la comunidad nunca encontrará marido. Hasta los insurgentes la miran raro. No le dicen nada, la respetan, pues sí, pero ningún hombre se le acerca. ¿Qué me habrá pasado, por qué soy tan rara? ¿Será que mi madre salió durante un eclipse, cuando me llevaba en su vientre? ¿Será que le hizo algo una *lol*? Piensa en

sus hermanas que nunca han ido más allá del mercado de Jovel, que se extrañarían al verla vivir como ella vive entre los caxlanes. Piensa en su madre, a quien no le dio nietos ni yerno. He sido como una flor sembrada en el viento. Perdóneme Doña Petrona, llegué antes de tiempo, de un hombre que usted no quería. Sé que me amó a pesar de todo. Me mandó a Jovel para que forjara mis propias armas, para que aprendiera a defenderme mejor que usted. Y me volví lo que soy hoy, y ahora estoy aquí. ¡Lejos de su casa, de la milpa y del comal! ¡Ay, Doña Petrona!, ¿qué pensará de mí, que diría de todo esto?

Gina se ha puesto de pie, tiene las piernas entumecidas. Se acerca a Micaela, se aclara la voz: Oye, Micaela, ¿no quieres venir junto al fuego? Micaela levanta la cabeza: ¿qué dices? Agarra la mano que le extiende Gina para ayudarla a pararse, sacude su falda y medio tambaleando, apoyada en Gina que intenta mantener la estabilidad, se dirige hacia Ixquic. Sentada en sus talones, Ixquic las mira avanzar a tumbos, sonríe al ver la gigante del brazo de la mujer pequeña, formando un solo cuerpo con cuatro piernas como una criatura híbrida. Dentro de ella percibe la transformación que se despliega: cada vez es un mirar nuevo, la luz de otro mundo que baja sobre las cosas. El astro solar ahora está bajo en el horizonte y sus rayos declinan, mientras se aleja por sobre la cabeza de Izta. Lorena también se ha sentado, un poco alejada y canturrea una canción nostálgica de su niñez.

Sin soltar el brazo de Gina, Micaela cambia de rumbo: vamos a sentarnos frente al sol, allá, en aquella orilla, ¿sí? Micaela escoge con cuidado un lugar y hace sentar a Gina a su lado al borde del acantilado, en una hondonada que una pendiente suave separa del vacío. Con las manos sobre las rodillas, sacude las piernas como para relajarlas y, de repente, le pregunta a Gina, mirándola directamente: ¿por qué me diste la pluma? Gina le devuelve la mirada: no lo sé. Sonríe. Quería hacerte un regalo. Micaela la

observa, como evaluando lo que va a decir. Gina, dime: ¿estás casada? Gina duda un instante, sacude la cabeza: no. ¿Y tienes hijos? No, tampoco, no. Y tu familia, ¿no te dice nada? Gina se hace la desentendida: ¿nada de qué? Micaela insiste: ¿en tu país, las mujeres no se casan? Depende, no siempre. Gina intenta desviar la atención: ¿Y tú, estás casada? Una nube pasa sobre el rostro de Micaela: no. Pero, ¿nunca te has querido casar? Micaela se queda un rato pensativa. Nunca tuve tiempo para pensar en esas cosas, y ahora es imposible. De todas formas, ya estoy vieja. Gina frunce las cejas: ¿cómo así, vieja? A mí me pareces muy joven... Tengo treinta años, en la comunidad podría ser abuela. Gina le sonríe. Eres bastante joven, Micaela, yo también tengo treinta años. Pero yo ya estoy desgastada, mira, ya tengo manchas en la piel. Un silencio se impone. Dicen que salen cuando las mujeres tienen malos pensamientos, pero yo... no es cierto pues, ¡nunca miré a un hombre! Gina sigue sonriendo: yo tampoco. Micaela se queda un rato absorta en sus pensamientos. Sabes, te encuentro un poco rara, pero me caes bien. Eres como mi amiga Alba que trabaja en la diócesis. Cada vez que le pregunto si no se va a casar, se ríe y dice: ¡no! ¿para qué? Gina hace un gesto de asentimiento: yo digo lo mismo. Yo también te quería preguntar una cosa: en Guatemala, ¿existen casos de mujeres obligadas a casarse a la fuerza? ¿En Guatemala?, ¿por qué?, se sobresalta Micaela, que se pone en guardia. Te lo pregunto porque he visto que en Chiapas las mujeres del movimiento zapatista han redactado una ley. ¿La has oído mencionar? Micaela vacila un instante: no... Gina siente una vez más una desagradable impresión de torpeza : parece que nunca sabrá hacer preguntas. Se ahoga poco a poco en unos pensamientos pesimistas sobre la dificultad de comunicar, sobre la distancia que las separa, y su mente se aleja. Pero una mano morena, pequeña y resuelta, cae sobre su muslo y la sacude con suavidad: ¿qué pasó? ¿Estás molesta? ¡No terminaste de hablarme de la ley de las mujeres zapatistas! Gina se sobrepone y retoma el control de sí misma, motivada por la expresión interrogante de Micaela. Pues,

en uno de los puntos la ley dice que las mujeres tienen derecho a escoger con quien casarse, no se las puede obligar a hacerlo a la fuerza. Micaela disimula un sobresalto. Es exactamente lo que está escrito en la Ley. La conoce al pie de la letra: allá mismo estaba, el día 8 de marzo de 1993, cuando la comandante Suzana la leyó por primera vez en voz alta frente al Pleno del Comité Clandestino Revolucionario Indígena... ¿Cómo sabes de esta ley?, pregunta con la voz más neutra posible. Casi la conozco de memoria, dice Gina. Hace varios años, cuando aparecieron los zapatistas, justo al principio, organizamos un concierto de solidaridad con Chiapas. Éramos un grupo de mujeres y cuando nos enteramos de las reivindicaciones de las mujeres indígenas, de la Primera Ley, ¿no sabes lo contentas que nos pusimos! No sabes el gusto que nos dio confirmar que no éramos las únicas locas que se interesaban en el tema... Nos entusiasmos y decidimos traducir la Ley para sacar un afiche. Después, buscamos más informaciones, leímos todo lo que pudimos encontrar —que no era mucho. Vimos que las mujeres participaban con mucha fuerza en el movimiento y, además, que se organizaban por su propia cuenta, como mujeres, con un pensamiento autónomo. Algunas compañeras que tenían amigas allá nos dijeron que era cierto, ¡que las mujeres estaban que ardían! Nos decían: ¡dense cuenta, en una lucha armada, en una guerra, en el peor momento, rodeados de militares, con una presión de todos lados, y te atreves a decir en este mismo instante que, como mujer, estás descontenta!... Y ciertamente, en esta lucha, parece que las mujeres han conseguido hacer oír su voz. Además, todo el mundo siempre dice que las mujeres indígenas son muy felices, que no se quejan de nada, que las historias de mujeres golpeadas son cosas que inventan las occidentales. Gina busca una reacción. Micaela la escucha. Entonces estábamos muy admiradas de estas mujeres: lograr decir lo que querían, y afirmar todo esto desde el comienzo, en los primeros días de la insurrección, pues, sinceramente, ¡mis respetos!... Cuentan que se tardaron un año, antes del levantamiento, que fueron a todas

las comunidades, caminando por las montañas y por la selva, que organizaron decenas de reuniones con las mujeres, para saber lo que esperaban de la lucha. Así fue cómo concibieron la Ley, con la palabra de todas, con lo que las mujeres querían. Dicen que cuando la comandante Suzana la leyó en la reunión del Comité Clandestino Revolucionario Indígena, los hombres no estaban muy de acuerdo. Esto lo cuenta el sub-comandante Marcos, en uno de sus comunicados. Micaela pregunta, ansiosa: ¿qué dice el sub-comandante Marcos? Parece, prosigue Gina, que un responsable tzeltal murmuró: ¡qué bueno que mi mujer no hable español!, así nunca va a saber lo que dice esta ley... Micaela se acuerda perfectamente de ese momento, como si fuera ayer. Es cierto: la mayoría de los varones protestaron y el propio Marcos estaba pálido. Pero sobre todo, lo que recuerda con precisión absoluta, es que algunos dijeron lo suficientemente alto como para que ella los escuchara: las que andan con los padrecitos y que creen que se han vuelto caxlanas, no deberían meterse con nuestras mujeres... Micaela se entristece al recordar estas palabras. ¿Cómo se atreven a decir semejante cosa? ¡El padre Rafael siempre ha sido como un padre para mí! ¿Quién ensució la mente de los compañeros?... Micaela se controla: es cierto lo que dices. *Realmente, la vida es muy difícil para nosotras, las mujeres indígenas, somos las más olvidadas. Trabajamos todo el día y no tenemos dinero ni con qué comer. Nuestros hijos mueren y no podemos hacer nada.* Micaela continúa, con la respiración entrecortada. *Somos pobres, humilladas, el gobierno no nos ayuda. No tenemos escuelas, no tenemos hospitales. Cuando vamos a los hospitales de los blancos, en la ciudad, los doctores nos dicen que somos sucias, nos tratan como animales. Nos dicen que nos quitamos la ropa, abusan de nosotras: por esto las mujeres no quieren ir al doctor.* Gina la escucha atentamente: las mujeres zapatistas dicen exactamente la misma cosa... El tono de Micaela se hace más seguro, firme, como Gina nunca lo ha oído: *los verdaderos culpables, son los que gobiernan el pueblo, porque nunca tomaron en cuenta a*

*las mujeres, porque cambian el pensamiento de los hombres. El gobierno ha dominado el pensamiento del hombre, lo volvió patrón, jefe, señor de la casa. Desde muy chiquitos los hombres son educados para mandar, y las mujeres sólo para obedecer. Los hombres nos dicen que no podemos participar, siempre nos han dejado a un lado. Micaela habla cada vez más fuerte —su voz hace eco en los recuerdos de Gina: en las comunidades, nadie tiene nada. Pero nosotras, como mujeres, como campesinas, queremos tener derecho a la tierra, porque ni siquiera tenemos este derecho. A las mujeres, no les dan ni siquiera un terrenito, ni siquiera un pedazo de tierra. Gina presta toda su atención, esta voz, ya la conoce. Es la voz de todas, sí, pero es más que esto aún. Ya la ha oído antes. ¿Dónde? Micaela prosigue, como para sí misma. Queremos tener el mismo derecho que los hombres. Nosotras también somos seres humanos, queremos poder tener lo que ellos tienen.*

Gina la observa detenidamente: ¿sabes qué? Me he interesado mucho por lo que pasaba en Chiapas y siempre estuve buscando información; una vez entrevistamos siete mujeres comandantes zapatistas... pues, decían exactamente lo mismo que dices tú. Y me he dado cuenta de que en muchos lugares en esta tierra, las mujeres dicen la misma cosa, con las especificidades de cada lugar, obviamente. Pero lo he visto sin lugar a dudas: en todas partes hay mujeres luchando. Y a los hombres esto no les gusta mucho. Incluso, los mismos revolucionarios, los varones, no están muy de acuerdo. En la mayoría de los casos, también hay que luchar contra ellos. Micaela ha agarrado su trenza y juega con la punta. Gina, dime: allá donde vives tú, ¿cómo es la cosa? Gina levanta una ceja: ¿para las mujeres, quieres decir? Mmm... Depende. Es diferente de aquí. Ya te dije, por ejemplo yo en lo personal, no estoy casada, no tengo hijos y no es un problema, me dejan en paz. Claro que hay presiones, pero no son tan fuertes: siempre he conseguido hacer lo que quería. Hay

bastantes mujeres que no se casan tan rápido, e incluso las hay que no se casan nunca, porque han decidido vivir de otra forma. Pero al final de cuentas el matrimonio sigue siendo la norma, también en mi tierra. En cuanto a los hijos, las mujeres pueden decidir. Pueden usar anticonceptivos y, si estás embarazada y no quieres tener el niño, existe la posibilidad de abortar. A decir verdad, el derecho al aborto es reciente, tiene apenas veinticinco años. Fue una de la grandes batallas del movimiento de mujeres. Fue difícil porque muchos hombres, y también la iglesia, no querían; pero las mujeres lucharon hasta hacerlos ceder. Y aún así, por mucho tiempo hubo limitaciones: si eras menor de edad o extranjera, te ponían muchas trabas. Además, desde hace unos años, hay grupos de gente que atacan los hospitales donde se practican los abortos, porque no están de acuerdo. Quieren que las mujeres vuelvan hacia atrás. Su sueño, es tenernos encerradas en la casa, pariendo hijos y cuidándolos. Entonces nosotras también vamos a los hospitales cuando los quieren atacar, e impedimos que molesten a las mujeres. Les tiramos huevos. Una expresión incrédula se dibuja en el rostro de Micaela: ¿les tiran huevos? Por su mente pasa la imagen familiar de un plato de metal lascado, con unos cuantos frijoles flotando en una sopa clara, un poco de sal y una tortilla fría. El silencio se instala un instante. Pues sí, huevos... Tal vez sería mejor tirarles piedras. Gina se rasca la cabeza: claro, eso plantea muchos interrogantes. No estoy segura de que tengamos las mejores estrategias de lucha. Para decirte la verdad, creo que no. Pero no sé muy bien qué hacer. De hecho, me siento un poco perdida... Tal vez sea la razón por la que he vuelto. Micaela insiste: pero, de donde vienes, las mujeres no son maltratadas, ¿verdad? Gina esboza una mueca: ¡claro que sí! Dicen que no, pero es lo mismo que aquí. En la calle, te hostigan. No son las mismas palabras, pero una siente lo mismo. En el trabajo, el salario de las mujeres siempre es inferior al de los hombres. Claro, es un poco más disfrazado, pero al final es exactamente el mismo sistema. ¡Y déjame decirte que la violencia doméstica es bastante fuerte allá también! En un



momento dado, cuando recién regresaba de México, trabajé en una casa refugio para mujeres maltratadas. Aguanté seis meses, luego no lo pude soportar más, así que me fui. Era horrible todo lo que estas mujeres habían sufrido, y la mayoría de las veces, seguían teniéndole lástima al marido, o las paralizaba el miedo, y volvían a la casa. Lo peor es la impunidad de quienes las golpean. Sin ir muy lejos, en mi propia familia... Gina se queda un momento callada, luego sacude la cabeza: en fin, ¡aún hay mucho camino que recorrer! Pero ya no sé muy bien cómo, ni con quiénes. Micaela asiente, como para sí misma: sí, ¿con quiénes? Hay gente que está muy cerca de una y, sin embargo, a veces no nos entienden. Gina gira la cabeza y la mira, intensamente. Quisiera preguntarle algo más. Pero en ese preciso momento llega Lorena, que se cuela entre las dos —¿puedo?—, las agarra por los hombros y las hala contra ella. Entonces, ¿están sintiendo algo? Yo, nada. Además, sigo con hambre y ya está anocheciendo.

Ixquic se acerca con la calabaza. Vierte una gota transparente en el suelo y les pasa el recipiente: ¡a la salud de Tonatiuh, antes de que se esconda definitivamente! La calabaza circula entre las mujeres, cada una absorbe unos sorbos mientras observan el horizonte. Parece una naranja jugosa, dice Micaela. Veo una bola de fuego, murmura Gina. Es la mirada de Shun, insiste Lorena. Ixquic sonríe a la niña que fue su abuela, apurándose para terminar de moler el maíz antes de que caiga la noche, llamando silenciosamente a la gran lechuza que la acompaña en la oscuridad. A lo lejos, se desvanecen suavemente las montañas, las nubes forman un inmenso torbellino que gira lentamente, blanco aún, luego dorado, luego bermejo. Del pecho de Lorena brota un suspiro muy antiguo. No me gustan los atardeceres. Nunca me ha gustado la sangre: ¿me creen, verdad? Micaela mira fijamente el sol, debatiéndose, desangrándose al filo de las más altas cumbres... Aunque todo parezca perdido, ¡nadie desaparece sin pelear! Un rayo rasante juega en los mechones de

Ixquic. Todo vive, todo da vuelta, todo se transforma. Basta con contemplar y esperar. Se cumplirán las profecías, todas, sólo se necesita tener paciencia. Gina piensa en las palabras de una anciana, una comandante zapatista. *Un camino, un rastro. Aunque no veamos los resultados hoy, dejamos un camino para las que vendrán después de nosotras.* Se imagina a las mujeres luchando en cada rincón del planeta como un camino de estrellas, que está allá arriba desde el comienzo de los tiempos. Para verlo, basta con levantar la cabeza... ¡Ya salió Venus! dice bruscamente Ixquic, apuntando con el dedo hacia la primera luz que ha surgido, allá, en el firmamento. La noche es la amiga de las guerrilleras... Una brisa muy suave, tibia, se ha levantado y los últimos pájaros del día buscan un refugio en los matorrales. Las cuatro mujeres se quedan un buen rato viendo salir las estrellas. Finalmente, sin previo aviso, Lorena brinca sobre sus pies como un resorte. ¿Y el fuego? dice, dirigiéndose decididamente hacia el fogón: ¡vamos a ver si todavía puedo hacer una fogata! Se frota las manos: me va a hacer recordar los viejos tiempos. Discretamente, Ixquic ha cogido una hierba larga con una punta sedosa y la pasea por el brazo de Gina. Sin moverse, con una sonrisa, Gina la mira de reojo, mientras la oscuridad se hace más densa. Como en un sueño lejano, oyen a Lorena maldecir sin reparo sucesivamente a su encendedor, a la leña demasiado verde, al viento y a San Ernesto. En algún lugar, entre las piedras, un grillo ha empezado a cantar. Su canto inmenso resuena en todo el valle y las transporta a otras noches, a otro lugar. Cuando se fijan, Micaela ha desaparecido.



Como llevada por una fuerza misteriosa, Micaela se ha adentrado en el sendero reservado, la trilla por la cual hace rato se alejó Ixquic. Al principio, a pesar de la penumbra, se ve muy bien el camino, que serpentea perezosamente entre unos arbustos de extravagantes movimientos, ya oscuros. Luego

se estrecha, se borra, reaparece y se pierde de nuevo entre la vegetación escasa. ¿A dónde ir cuando desaparece el camino? Micaela duda, busca algún indicio. Mira el suelo, rastrea las hierbas pisadas, las piedritas removidas de su lugar —pero no se ve nada, aún no ha salido la luna. Se sienta un momento para escuchar el rumor de la noche. Innumerables ruidos asaltan su conciencia, hojas que se rozan unas contra otras, criaturas de la noche que salen a buscar su sustento; a lo lejos, un ave grande alza el vuelo. *No siempre es necesario ir a algún lado.* Se para con precaución y se adentra en la tinieblas, derecho. Sin prisa, camina hacia las alturas. La noche es fresca y quieta, llena de olores sutiles, familiares. Poco a poco, detrás de ella, siente una presencia. Primero, confusamente, escucha leves crujidos que se van acercando. Sin voltearse, tranquila, camina al mismo paso, evitando sólo de vez en cuando algún obstáculo, ora un matorral espinoso, hostil, ora un atolladero extraño, parecido a un río seco. La presencia se ha acercado. Sobre sus pisadas, Micaela siente un paso idéntico. Sin necesidad de mirar, sabe que quien está inmediatamente detrás de ella es Josefa, una mujer anciana, de las primeras en incorporarse. Antes, Josefa era tejedora, pero su vista ya no alcanza. Apenas si ve lo suficiente para apuntar hacia los autos blindados, pero se niega a volver a la comunidad. Todos sus hijos ya están grandes y su marido se las arregla sin ella, se ha conseguido otra mujer. Dice que mientras pueda caminar, puede ser útil en algo. Detrás de ella, adivina la silueta baja de Arnulfo —en la vida civil, es el alma de la marimba del pueblo. Micaela sonrío al saber que toda su columna la sigue. Detrás de Arnulfo, marcha Pedro, su primo, que no ha cumplido aún quince años, pero tiene la mirada de un anciano después de que mataron a su madre y a todos sus hermanos y hermanas, en Acteal. Después de Pedro sigue Maribel. A Micaela siempre le produce una emoción especial pensar en Maribel. La adoptó como a su hermana menor. Maribel se parece a ella cuando era más joven: siempre está alegre y sonriente. Es una muchacha muy inteligente. Antes de

que los soldados instalaran su cuartel en la escuela del pueblo, era el mayor orgullo de la maestra Julieta, que la quería mandar a estudiar a la ciudad. Maribel lee todo lo que pasa por delante de sus ojos; cuando viene gente de fuera de la comunidad, recupera cuanto puede: libros, periódicos atrasados, hasta las instrucciones que vienen en algunas cajas de remedios. El otro día, en el campamento, los hizo reír muchísimo cuando se puso a leerles un libro que ni siquiera estaba en español —interpretaba mirando las fotos, inventando una historia de las más descabelladas, haciendo un montón de gestos y profiriendo palabras incomprensibles. Se parecía a Alba, cuando empezaba a aprender tzotzil y hablaba como niño chiquito. Pero Maribel no siempre hace reír. También dispara como una diosa. En el concurso de tiro que una vez los compañeros organizaron entre todas las unidades, Maribel ganó el primer lugar. Desde ese día, todo el mundo la mira con respeto. Detrás de Maribel, se estira la columna, en la que también está Mario, su hermano; Luis, el hijo de Doña Juana; el otro Pedro, el de Jolniché, y cerrando la marcha, Domingo, cuya casa quemaron los paramilitares. El corazón de Micaela late cada vez más fuerte, al ritmo del corazón de todos los que la siguen en las tinieblas. De pronto, la montaña les hace eco, la tierra se levanta al ritmo de sus pasos, en el suelo brilla la hierba para indicarles un camino que normalmente no se ve. Micaela se siente segura: con ella están sus compañeros: Josefa, Arnulfo, Pedro, Maribel, Mario, Luis, el otro Pedro y Domingo, mal armados, mal calzados, pero unidos en una voluntad única, caminando detrás de ella. Depositaron su confianza en mí, vieron que era capaz. No me siento orgullosa por eso: hago lo que hay que hacer, igual que los demás. Por la memoria de Micaela desfila el pasado. En esta vida hay que ser serio, caminar mirando hacia adelante, seguir el camino con los demás, tener el valor de no enredarse en pensamientos inútiles, de no dejarse distraer, callar esa voz interior que desmotiva, que aleja y paraliza. Hay que apegarse a la meta, unirse al mundo, igual que el viento cuando sopla, igual que la lluvia cuando baja a la tierra.

La gota de agua no decide nada, hace lo que tiene que hacer. Así debe ser: todas las gotas siguen el mismo movimiento, una tras otra. Nadie puede detener la lluvia... Micaela puede sentir la montaña moviéndose debajo de sus pies. Se hace cada vez más rápida la pulsación, cada vez más perceptible y, de repente, cesa por completo. Justo delante de ella, un riachuelo le corta el paso. Micaela se voltea de golpe: detrás de ella ya no hay nadie. Su mirada se pierde en la noche. Compañeras, compañeros, ¿dónde están? ¿También a ustedes les avisaron? ¿Me dejaron porque la comandancia me quitó mis responsabilidades? Sólo el ruidoso silencio de la montaña le contesta. Por encima de ella, una lechuza agita sus pesadas alas. *Hay momentos en que hay que estar sola.*

Exhausta de repente, como si mil años pesaran sobre sus hombros, Micaela se deja caer delante de la cinta de agua brillante que corre a sus pies. Cada hebra líquida se entrelaza y se separa sin cesar de las demás, cual trenza indisciplinada. De vez en cuando, una estrella surge del lecho de la quebrada como una chispa blanca y luego desaparece. Micaela afina el oído: el agua canta. Siempre he ido hacia adelante, siempre seguí el camino. Realmente, no tenemos otra alternativa. *Hay que avanzar hacia la meta sin conocerla.* A nadie le gusta. Nadie escogería esta vida... La invade una inmensa tristeza. Se cierra, aprieta los dientes. Me había vuelto dura, concentrada, lisa como una piedra, helada como el granizo. Tenía una voluntad ferrea. A veces pensaba que ya estaba muerta. *El río va hacia el mar.* Nada importa ya si me excluyen. Quería luchar y vencer, o morir. *El río se disuelve al llegar al mar.* Seguramente moriré, pero la muerte será una liberación... *Todo da vuelta, todo se ahonda, todo se revuelve.* Micaela levanta la mano hacia su garganta. Siente una cuerda, fina, sólida. Es la cuerda de Ixtab, la diosa del sacrificio. Los ancestros decían que el sacrificio abría la puerta del cielo. No sé si existe el cielo, pero quería morir luchando, cuerpo a cuerpo, y llevarme en mi cuchillo la sangre del enemigo. ¿Acaso

no era ése mi destino? Y ahora, ¿qué me queda si no los puedo convencer? No he conocido otra vida... Micaela apenas respira, se ha inclinado sobre el agua que corre, tan cerca que puede ver cada fibra, cada músculo, cada nervio debajo de la piel transparente. Un peso enorme aplasta su pecho. Sólo sus ojos brillan todavía. Me tienen que escuchar, si no... Siente una inmensa opresión, mientras se inclina aún más sobre el arroyo que discurre, indiferente. De repente, una minúscula gota de agua helada salta de la corriente y salpica su mejilla ardiente. Su piel tensa gime como tierra sediente. En lo alto un rayo desgarrar las nubes y desde las profundidades sube un terrible, único e interminable trueno. Con sollozos desgarradores, Micaela llora.



Azules, amarillas, de puntas anaranjadas, las llamas bailan en un alegre crepitar. Lorena se sienta, agotada. ¡No es un manojo de leña húmeda lo que va a poder conmigo! Satisfecha, saca su cajetilla de Delicados, extrae un cigarrillo, lo lleva a sus labios y extiende el brazo para coger un tizón rojo. Busca la rama más adecuada, tritura el fuego. Cuando finalmente, ha hallado lo que quiere, vuelve a levantar la cabeza y en la penumbra distingue una presencia. Con una expresión que quiere segura, pregunta: ¿Quién está ahí? De la forma esbelta, que se acerca con determinación, se eleva una voz alegre: ¿Úrsula, ya no me reconocés? Ese timbre cálido, ese tono burlón... ¿Por qué me son tan familiares? Le parece haber oído estas entonaciones ayer, pero no consigue ponerles nombre: ¡pinche memoria! La sombra se ha sentado sin ceremonia cerca del fuego con las piernas abiertas, los talones plantados en el suelo. ¡Regaláme un cigarrillo, pues, mujer! ¿Así es como recibís a las amigas? El corazón de Lorena parece que va a estallar. Esta voz... ¿Será posible? La sombra ha acercado su cara, las llamas la alumbran, ya no cabe ninguna duda: ¡Suzana! ¡Suzana, Suzanita, Dios mío! Lorena se abalanza

sobre la mujer, medio llorando, medio riendo, la abraza, acaricia su cabello, aprieta sus manos. ¡Oh Suzana! ¡No lo puedo creer! Luego Lorena se aparta ligeramente sin soltarle las manos y la mira a los ojos. Suzana, ¡creía que te habían matado! La mujer sonríe. ¿No has muerto, verdad? la atrae hacia ella: si vos me ves, es que no me mataron del todo, supongo... Las dos amigas se quedan un rato sin decir nada. Luego Lorena, aún con su mano entre las suyas, la hace ponerse frente a ella: ¡ah Susanita, qué alegría, qué feliz estoy! ¿Como estás? Dejáme verte... ¿Y Jesús? ¿Sigue con su poesía? Con voz serena, contesta: sabés, para nosotros el tiempo transcurre más despacio. Después de atravesar el río aquél, una ya no cambia mucho. Más bien me tenés que contar vos qué has hecho... ¿Cómo te llamás ahora? Lorena se ríe: fijate que Úrsula desapareció hace mucho tiempo, finalmente he retomado mi nombre de pila: me llamo Ligia. Pero aquí estoy con unas amigas que me conocen de otra forma. Ah, Suzana, ¡pensaba que nunca te volvería a ver! Sonríe de nuevo: la otra vez, nos separamos demasiado rápido, ¿verdad? No tuve tiempo de decirte adiós. Ligia cierra los ojos, nerviosamente, tiembla fuerte. Una vez más aparece delante de ella el cuerpo tirado de Suzana, la mano aún crispada en el arma, la sonrisa suspendida y el impacto rojo en medio del pecho. Justo a su lado está Jesús, recostado cual si durmiera, cubierto de sangre. Un grito reprimido brota del fondo de su garganta: ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Mataron la primavera! ¡Mataron la poesía!... la atrae contra su pecho: Ursula —quiero decir, Ligia, bueno, en fin, Lorena—, ¡olvidá esto, no es la razón por la que vine! Pasa la mano tiernamente sobre los cabellos de plata frágil de su amiga, la toma por la barbilla y levantándole la cara, le dice: vine para cantarte mi última canción, la compuse especialmente para vos. Venancio me dijo que estabas triste. No quiero que estés triste, ¿me entendés? ¡Allá, nadie quiere que estés triste! clava su mirada en Lorena, y de sus pupilas oscuras se escapa un torrente cálido que la envuelve. Con expresión divertida, extiende el brazo hacia el fuego: supongo que no tenés

guitarra, ¿cierto? Agarrando la punta de una llamita, le da vuelta en su dedo. El cuerpo dorado de la llama sigue su movimiento, sale del fuego, flota un instante y sin que Lorena haya podido ver cómo, se vuelve guitarra entre los brazos de Suzana, que, fogosa, hace resonar las cuerdas. Esperáte, tengo que afinarla. Se inclina y aguza el oído, mientras que sus manos delicadamente revolotean por el instrumento, juegan con las clavijas, rozan las cuerdas hasta hallar la justa armonía. Para vos, compañera, esta serenata del otro mundo... Y concentrándose, desliza hacia Lorena su mirada de leche y miel. Sus dedos largos se desatan ágiles, se estiran de un largo sueño y empiezan a bailar, mientras su voz, suavemente, abre de par en par el gran mechón de oscuridad que cubre la frente de la noche. Se han acercado las estrellas, revientan de luz, son luciérnagas que titilan. Lorena ha tomado una entre sus manos y la aprieta fuerte contra ella mientras escucha a su amiga, que sonríe de oreja a oreja.

*Con flores, Dador de la vida  
con cantos das color;  
con cantos sombras a  
los que han de vivir  
en la tierra.*

*Después pondrás fin a  
aguilas y tigres.  
Sólo en tu libro de pinturas vivimos,  
aquí sobre la tierra.*

*Con tinta negra borrarás  
lo que fué la hermandad  
la comunidad, la nobleza.  
Tu sombras a los que han de vivir en la  
tierra  
Sólo en tu libro de pinturas vivimos.  
Aquí sobre la tierra.*



Suzana suelta una carcajada. ¿Te gusta? Lorena, seria, dice mirándola: ¡sí, me gusta, Suzana! Me gusta mucho... Su voz se quiebra: me hiciste falta, ¿sabés? Es como si me hubieran cortado un brazo. Nunca te he podido llorar. No más cerraba los ojos: hace mucho tiempo que ya no me da miedo cuando te veo detrás de mis párpados. Vuelvo al campamento, a nuestro campamento, ¿Sabés? Y estás allí, cantando hasta perder el aliento, desbordante de energía, ¡loca como vos sola! ¿Te acordás? En verano, andabas por el campamento con el torso desnudo, sí pues, al igual que todos los compas... ¡Huy, qué escándalo! Y vos, ni siquiera decías: ¿por qué no? Lo hacías nada más. Nunca se me va a olvidar aquella vez en que vos y Jesús estuvieron buscando una cuerda para la guitarra durante meses, hostigando incluso a la pobre Ofelia para que ella también intentara conseguirla cuando bajaba a los pueblos por el abastecimiento. Dios bendito ¡qué paciencia les tuvo esta mujer! Había días en que los compas ya no aguantaban sus locuras, y ustedes que se la pasaban todo el tiempo escribiendo poesía... En cualquier rato que el enemigo nos daba una tregua, sacaban la guitarra... ¡Púchica, si la revolución hubiera sido esto!... Bueno, quiero decir, también fue eso, ¿verdad? ¿Suzana? Lorena vacila. Suzana... Creo que te amaba. Las estrellas pesan aún más sobre el silencio. Lorena agrega bajito: perdón, es demasiado tarde... Y con voz más fuerte: te llevé conmigo, ¿sabés? Suzana no le ha quitado los ojos de encima y su expresión se ha vuelto seria: ya no me esperés, Úrsula. Quiero que vivas, siempre estaré contigo. Y luego suelta otra carcajada: ¿ves?, hice bien en venir. Soy una buena compañera, estoy contenta: te levanté el ánimo. Bueno, saludáme a mi hija cuando la veas, ¿oíste? Decíle que estoy bien. Y dale de nuevo las gracias a mi hermana por haberla cuidado tan bien. Lorena se lo promete: pero quedate un poco más, Suzana, no te vayás, ¡te lo ruego, no te vayás! Seguí cantando... Suavemente, Suzana se acerca: ahora, te voy a cantar la verdadera canción que compuse para vos, pero vení acá, más cerca, te la voy a cantar al oído... Sólo vos la podés escuchar.



De su piel se desprende un olor a tortilla calentita y a café. Es un perfume de tierra y hierbas secas, es la poderosa insinuación de mango verde que aloca el aire alrededor de Ixquic. Gina se deja llevar por la ensoñación. Ixquic se balancea de atrás para adelante. Su mano dibuja un suave movimiento que se repite una y otra vez, hipnotizante. Gina se desliza levemente hacia atrás, buscando una posición más cómoda, se acuesta sin abrir los ojos. Ixquic canturrea en voz baja una canción desconocida que inventa en el momento. De vez en cuando, hace una pausa, se ríe. ¿Aún estás aquí, Gina? Gina contesta afirmativamente. Delicadamente, Ixquic aparta uno por uno los obstáculos que la separan de su meta, luego contempla largamente su obra. Gina se queda inmóvil, suspendida entre cielo y tierra. Qué blanca eres, dice Ixquic. Gina no sabe muy bien como tomarlo, su sonrisa transparente la duda. Muy blanca y muy exótica —prosigue Ixquic. Eres curiosa, que lindo mirarte —¿puedo, verdad? Por supuesto, dice Gina. Gina siente dentro de ella una agitación de alas desplegándose. La sangre martilla contra las paredes de su cuerpo y un silencio profundo como el cristal brilla al resplandor de las estrellas. Con infinita lentitud y con la seriedad de una mística descubriendo el origen del mundo, Ixquic se acerca aún más. La respiración de Gina se escucha apenas. Una lengua de fuego helado se revuelve en sus entrañas y se transforma en una ola desatada, avasalladora, que se abalanza lenta, implacablemente. Gina la siente descender sobre ella con toda su fuerza pero no hace el más mínimo ademán para escaparse. Se deja llevar por el canto de los grillos que llena el valle mientras su cuerpo se ensancha, aquí y allá a la vez —aquí anclada, allá, difusa, flotando. La brisa fresca la transporta más abajo entre los árboles que exhalan un soplo profundo, quieto y tibio. Los ojos brillantes de Ixquic miran fijamente un punto que Gina no

puede ver. De repente, exclama: ¡Se mueve! ¡Está viva! Muy a pesar suyo, Gina regresa de su ensueño: ¿qué viste? La mirada de Ixquic se ha llenado de luz: es una mariposa que aletea, mojada de lluvia. Quiere volar... Con una sonrisa, Gina vuelve a cerrar los ojos. Entonces, absorta en un pensamiento muy íntimo, Ixquic abre su mano y la mira detenidamente. Con emoción, observa su palma fuerte. Pensativa, considera las líneas oscuras y firmes que la atraviesan. Sigue cada dedo, estirado, tenso. Una mano... ¿Quién sería capaz de darlo todo por una mano? ¿Quién podría conmoverse por su dulzura, su fuerza, por cada uno de sus gestos? ¿Quién construiría sus sueños sobre el terreno duro y cálido de esa palma, en este lugar misterioso que se abre sobre nuevos mundos?... Justo entre sus dedos, precisamente en el espacio que hay entre el índice y el dedo del corazón, la luna aparece, dura como una esfera de hielo resplandeciente. En su mano, a contraluz, Ixquic la rodea, la recibe, la acaricia. Con los ojos entreabiertos, se divierte en hacer brillar la blancura radiante a lo largo de sus dedos extendidos en V, como si los untara de luz. Luego, doblando el meñique y el anular, junta lentamente los dedos índice y corazón que parecen alargarse aún más. Una tensión violenta la recorre hasta el vientre. Su ser se concentra en estos dos dedos extendidos que contempla fascinada. Esto es lo que tiene para defenderse en la vida. Nada más. Pero es más que suficiente. Su mano se delinea por sobre el halo claro de la luna. De repente, se da cuenta que parece un arma, entonces suavemente, dobla el pulgar y borra esta imagen. En la oscuridad, llena de aire sus pulmones, curva levemente sus dedos y se queda un momento inmóvil. Luego, sin dejar de mirar la luna, pasa sus dedos sobre sus labios, varias veces, y se acerca.



Después de terminar su canción, Suzana se ha puesto de pie. Donde dejó la guitarra, en el suelo ya no hay más que una

mancha oscura de hierbas quemadas. Lorena se para detrás de ella: Suzana, dejáme abrazarte una vez más. Dejáme sentir bien tu cuerpo para no olvidarlo nunca... La sombra, densa aún, sonrío y la envuelve lentamente. Es un mar cálido que la mece, una ola sin fin que la sumerge. Lorena abre completamente los brazos para recibirla mejor, su cabeza se inclina hacia atrás. Susurra para sí: ¡Suzana!... Cuando vuelve a abrir los ojos, las estrellas agujerean la bóveda negra como millares de alfileres. Al lado de la Osa Mayor ha aparecido una estrella azul, con un brillo nuevo. Parpadea como una cascada, titila como una risa familiar. Con los brazos extendidos hacia el cielo, Lorena le sonrío largo rato, luego empieza a reír a carcajadas y, de repente, como una niña salta para cogerla, corre para alcanzarla. Sin perderla de vista un solo instante, se adentra en el sendero, atraviesa un bosquecito, un riacho seco, una parte herbosa y, después, otro riachuelo que canta solitario en la montaña; finalmente cae sentada, con la mirada aún clavada en el leve latir. Y luego, sin voltear la cabeza, se acuesta a sus anchas sobre el suelo frío, se acomoda, adhiriéndose a la piedra, se enraiza y se deja invadir por la oscuridad. En lo alto, las estrellas giran en una fiesta de luz, mientras ella se funde en el canto de la noche.



Después de un lapso de tiempo que no podría evaluar, aún arrodillada, entumecida, Micaela vuelve en sí. En el agua que continúa su curso delante de ella, cientos de estrellas centellean con un ruido cristalino. Dicen que cuando el alma se escapa del cuerpo, viaja hasta el cielo y allá se vuelve una lucecita más entre las otras. Todas aquellas, todos aquellos que se fueron están allá, arriba de nosotras. Su respiración se apacigua, sus rasgos se relajan en la oscuridad. Con recogimiento, el corazón lavado, Micaela extiende los brazos hacia el agua. Cuando su piel alcanza la superficie fría, se estremece, luego los sumerge hasta los codos y entonces siente un contacto, unas manos firmes agarrando las suyas. Son unas manos pequeñas, fuertes

y decididas, como las de Doña Petrona. Reconoce la presencia de su madre, sus manos cotidianas y sabias, sus manos de maga, silenciosas, que recrean incansablemente la leyenda; sus dedos fuertes que revelan el secreto de las formas, que hacen brotar el mensaje de los colores; sus gestos seguros que tejen sin ruido el lenguaje de la memoria, el rojo del sacrificio, la ofrenda, la vida quemándose entre los maizales, el verde-azul de las plumas sagradas que protegen nuestra tierra de los rayos del sol abrasador. Desde el alba primera, la serpiente enlaza al jaguar que la devora, trenzados, entrelazados para siempre. Sus manos transmiten la fuerza, Micaela se llena entera de ella. Dos manos que tejen, dos manos que agarran un fusil... Siempre será así, es el ciclo. ¡Hasta que se haga justicia en esta tierra! Las manos estrechan fuertemente sus muñecas, las aprietan de nuevo y se abren. Lentamente, Micaela se endereza y extrae del río una copa de agua fresca que deja derramarse por su cara.



Una brisa caliente se ha levantado de nuevo, el aire es suave, la oscuridad resplandece bajo la luna. En el valle, abajo, un águila gigante ha alzado el vuelo. Poco a poco, se acerca. Al llegar a la altura de la meseta, desde lo alto, sobrevuela el fuego, luego prosigue su espiral ascendente. Desde lo alto, las llamas se asemejan a una flor brillante, y a una mayor distancia todavía, un grano de maíz escapado de una mazorca, germinando en la montaña. A medida que el águila se eleva, se pierde la meseta entre las laderas del volcán y aparecen los tobillos, las rodillas, las largas piernas de la mujer dormida. El ave gira en círculos cada vez más grandes. En la claridad lunar, aparecen ante él el vientre redondo, el ancho pecho cubierto de nieve, y desde más alto, los hombros poderosos de Izta, que bajan serenos hacia atrás, su cuello cubierto por los diamantes del frío, su rostro bien amado, mirando hacia el cielo. Detenidamente, sigue cada línea,

acaricia cada valle despacio, hasta los pies de Izta, hasta sentir de nuevo el impulso colosal del cuerpo inmóvil. Un poderoso viento se lanza hacia el volcán, en el que se arroja el águila, y se deja caer en picada sobre la meseta minúscula que se hace más grande, luego flor, después fuego. En el halo de las llamas se hallan dos formas humanas. Dos pares de ojos que brillan en las tinieblas, cuatro pupilas llenas de minúsculas cintas doradas. La una contra la otra, Gina e Ixquic permanecen inmóviles. En el último momento, el ave las evita con un fuerte aleteo y se lanza hacia el valle. Emergiendo de su sueño hipnótico, Ixquic suelta la mano de Gina y empieza a colocar las brazas rojizas debajo del gran tronco carbonizado, que se rompe en dos como ramita en otoño. Mientras Ixquic aviva el fuego, Gina se para sin motivo aparente, da algunos pasos sin prisa, y tranquilamente se dirige hacia el sendero que se aleja.



Apoyado contra el cielo, cada arbusto parece esperar. Gina se acerca embriagada para devorar cada silueta, cada línea, como si la curva de una rama le pudiera dar la clave del universo. Las plantas saben porque tienen raíces, su mudez es contemplación, paciencia infinita. He vuelto, todo vive. Gina se adentra en la montaña. Vengo a buscar lo que he perdido. Avanza a grandes zancadas. Ya no sé donde voy, se me olvidó lo que venía a buscar. Las raíces se retuercen alrededor de ella, el camino va y viene, es un círculo que se desenreda, es una trenza flexible en el corazón de la noche. Gina es libre, está perdida, ¿dónde están? Gina camina sin parar, es una autómatas que no controla. Las raíces, el camino: ella busca al andar. Pasa un riachuelo, no es eso, tiene que encontrar a las demás, pero, ¿dónde están? En la claridad lunar ha aparecido un fino sendero, los guijarros brillan, unas ramitas se entrecruzan para señalar una dirección. Gina rodea aún un bosquecillo y luego se pierde entre unas rocas macizas,

da vuelta a un derrumbe de piedras, a un barranco y finalmente, delante de ella, la montaña se abre y la absorbe.

La oscuridad es total, no hace frío, el aire es seco. Gina avanza a tientas. El silencio está poblado de mil ecos, de palabras desconocidas venidas de otras lenguas, de sonidos muy antiguos que resuenan en su conciencia y la atraen cada vez más adentro. Sola en la noche líquida y cálida que la guía, que la llama, en ningún momento resbala, en ningún instante siente miedo. Por ratos tiene que arrastrarse, pero las paredes no la hieren, son lisas, suaves y tibias. ¡Qué profunda es esta gruta! El tiempo se alarga como un hilo que ella remonta progresivamente, todo se confunde, se pierde, ha alcanzado el futuro. El pasado está delante de ella, el momento suspendido, imprevisible. Poco a poco las tinieblas pierden fuerza, un leve resplandor difuso, fosforescente, llena el espacio entre ella y una cavidad redonda, gigantesca, que se abre ante ella. En las enormes venas de la piedra, aún se ve el correr incesante del agua, su gigantesco torbellino de millones de años. Cada gota de agua está allí, al anverso de la roca, la forma ausente en la forma presente, recortada con absoluta precisión. Todo se ahonda, da vuelta y se transforma ciertamente. En la penumbra, dos figuras inmóviles, serenas, la esperan. Una serpiente negra se enrolla alrededor de una de ellas, una flor de brasa brilla delante de la otra. Gina se acerca sin pronunciar palabra y se instala a su lado. Dos circulitos claros se iluminan en la noche.

¡Tardaste en llegar, canalla! Estábamos perdiendo la paciencia... —es la voz ronca de Lorena. No te preocupes, ya está con nosotras, dice Micaela, conciliadora. Las estuve buscando hasta ahora, caminé hacia ustedes sin cesar. Y en un tono más bajo: las estuve llamando todo el tiempo... En un mismo movimiento, las manos se extienden, se alcanzan, se aprietan. El aire se hace más caliente, el silencio se suaviza. Se quedan así largo rato, sin hablar. Sólo se oyen unas respiraciones leves, y al aguzar el oído, las pieles

que se rozan, los dedos anudados que se estrechan, un suspiro. Finalmente un murmullo se eleva. Lorena se aclara la garganta. ¿están aquí? y despacio, anuncia: tengo algo que decirles... He vuelto del país de los muertos. Conteniendo el aliento, Micaela y Gina se suspenden a su voz que se hace más firme. Lo puedo asegurar porque lo he visto: nuestro lugar no es ése. He conocido la guerra y no la deseo. Nuestra lucha está aquí, aún tenemos cosas que hacer. Seguras y densas, como aves nocturnas, las palabras de Micaela las alcanzan en la oscuridad: nuestra lucha no puede sacrificar a nadie. Es cuando hacen callar nuestros corazones que empezamos a equivocarnos. ¡No podemos dejar morir a las tres compañeras! Gina percibe que la atención de Micaela y Lorena se ha volcado hacia ella, y en un susurro dice: he venido a unirme a ustedes, las necesito, no sé muy bien por qué, pero estoy segura de ello. ¿Qué podemos hacer? Una frase resuena: tenemos tres vidas que salvar. Es la voz de la comandante Ana María que floreció en la sombra, fuerte como una ola que las arrastra a las tres en un mar de silencio. Y luego, poco a poco, su tono firme de mando aflora como un río subterráneo y retumba sobre la piedra. Nadie conoce el camino verdadero, sólo oímos el llamado. Nos hemos levantado, hemos emprendido el camino, con muchos esfuerzos, con muchos sacrificios, hasta llegar aquí. Ahora, preparemos nuestro corazón para decir nuestra palabra y que Izta nos escuche.

El silencio se estremece poblado de ecos. Lorena se ha enderezado, busca a las otras en un contacto fluido que llena el espacio tenso, expectante. Escúchenme, y vos Izta, vos la orgullosa invicta que has visto tantas guerras, ¡decíme si estoy equivocada! ¡Vi la muerte tantas veces! No la amo, no. Por el contrario, la combato. Y también la muerte lenta, el pan que falta, la amiga que nunca vuelve. Lo que quiero, es volver a empezar, retomar todo desde el principio, pero tejiendo otra historia, en la que nadie deberá morir. No queremos llorar más... Gina levanta a su vez el rostro, abre los brazos y de su boca brota



una cascada de palabras que se rompen y centellean a sus pies haciéndose añicos. Por mucho tiempo, solo conocí ojos sin fiebre y corazones entumecidos. Cuando vine aquí, recibí otra vida. Un lago se forma y se deshace con reflejos de plata, el agua se alisa como un espejo. Siento filamentos que brotan debajo de mi piel. Ellos buscan la misma tierra que ustedes, el mundo aún invisible que tenemos en la cabeza. Una gota cae, luego otra. En la tierra está sembrada la semilla. Cubriremos la superficie de la tierra y las flores se abrirán de nuevo y habrá frutas en abundancia. Con ustedes es que sueño, con ustedes es que quiero hacer esto... Lentamente se eleva un rumor, un poderoso ruido de agua que se ensancha. Ana María ha levantado el puño, es un juramento, es una súplica, es una orden. Oh Izta, oh tú, que nos antecediste, tú, que nos guías, ¡comparte tu sabiduría! Seguí tu camino sin desmayar, seguí el único camino que vi, y aquí estoy, delante de ti. Préstame tus palabras para hablar, préstame las palabras para convencer, debo impedir que nos traicionemos. Izta, te lo ruego: ¡danos la vida de estas tres compañeras!

En la oscuridad insondable los tres cuerpos palpitan al unísono. El suelo, como una membrana, sube y baja suavemente, cual corazón gigantesco. Una serenidad intensa y nueva las invade. El aire es tibio y perfumado. Una voz profunda, interior, extrañamente baja, las acaricia. Durante el tiempo de un suspiro, del secreto de la noche, todo se ensambla, todo toma forma. Por fin las aguas se encuentran, se unen. Izta es un murmullo inmenso, impalpable. *Generación de este tiempo, han venido desde muy lejos, han conocido la sangre derramada y la sangre explotada, la sangre de esta tierra. Se escapa el eco, vuelve el flujo. Han buscado el mismo fuego para calentarse, han compartido mis senderos y mis ríos. Se han reunido, se han encontrado, ya no están solas. De las profundidades crece una ola, una promesa, un compromiso como liana que se enraiza. El trío es la base de la conspiración. Sabrán que hacer, hablarán. Es muy importante que hablen.*

*Estaré con ustedes.* La vida vuelve a la superficie, vuelve a brotar, líquida y preciosa como el jade. Una felicidad inmensa llena el espacio, las inunda con sus volutas de vapor que se transforman en enormes gotas que resbalan suavemente sobre sus pieles, bañándolas, meciéndolas hasta hacerlas perder la consciencia. Empero poco a poco el latido del corazón se acelera, la piedra se ahonda y se transforma, la presión sube, las arterias se dilatan y las sienes se comprimen. Repentinamente, un destello de luz ilumina la bóveda de la caverna, se oye una deflagración y luego nada, el silencio vuelve a imponerse. De nuevo reina la noche absoluta. Y entonces paulatinamente, desde lo más hondo de la tierra se eleva un temblor que se aproxima implacable, las empuja la una contra la otra, las sacude con violencia. Confusamente se abrazan, juntas se protegen como pueden de las piedras que ruedan, de los choques cada vez más cercanos, del trueno desatado. Finalmente, todo desaparece en medio de un rayo blanco.



Hace un buen rato ya que en la oscuridad tibia, ha vuelto la calma. Imperceptiblemente, el suelo vuelve a levantarse con regularidad, se oyen tres respiraciones lejanas, que se ensanchan, que llenan la penumbra, que la habitan con fuerza. Tres figuras negras confundidas, acurrucadas, como dormidas, vuelven a la vida. Tres cuerpos se calientan, se estremecen, se agitan, seis ojos se entreabren. Muy a pesar suyo, despacio, las pieles se alejan unas de otras, los miembros se desenredan. Unas manos se buscan todavía, se rozan aún, y luego los cuerpos retoman su distancia. ¡Qué frío! ¡Qué separación más dolorosa! Pero algo sigue palpitando adentro, algo nuevo, un impulso subterráneo que desborda de fuerza. Todo está por hacerse, no hay tiempo que perder. Se han puesto de pie, y sin mediar palabra, las tres en un mismo movimiento, se lanzan hacia afuera.



Delante del fuego que crepita aún, debilmente, Ixquic se estira. El tiempo se está acabando. Hasta el leño más macizo se ha reducido a una brasa rojiza. De su morral, Ixquic saca un libro viejo. Lo abre cuidadosamente. La página está marcada. Entonces en voz baja, a la luz de la última llama, lee: *la que hace una revolución, materialmente, la hace siempre con la urgencia de cambiar su propia vida, no tiene ideal*. En lo alto, las estrellas palidecen, Venus centellea una vez más, desvaneciéndose. Lentamente, el horizonte se despeja. Ixquic prosigue, con voz ronca: *ciertamente, ha de ser bien pobre, el sujeto a quien pertenece esta revolución sin ideal ni utopía. Efectivamente, las mujeres son muy pobres*. Leve, la brisa se levanta. Ixquic tiritita. Justo a su lado, escondido en un matorral, empieza a cantar un pájaro. El alba aflora. El aire se ha vuelto transparente y la voz de Ixquic llena el valle: *pero esta revolución pobre no nos debe asustar, al contrario: Esta pobreza es el signo de que nos pertenece*. Su mirada se pierde en la claridad que sube desde el horizonte. Bruscamente, una rama cruje en el sendero. Ixquic adivina a las tres mujeres que vuelven en fila india. Micaela avanza, muy erguida, seguida por Lorena, extrañamente viva, mientras que Gina cierra la marcha. Gina... ¿Quién conoce los azares de los caminos? Es mejor no apegarse... Las tres siluetas caminan en la luz de la alborada, con paso firme. Aún están lejos. Entonces, con presteza, Ixquic junta las brasas. Con gesto ágil, desliza el libro en su morral, delicadamente deja el paliacate de Micaela a la vista, encima de la calabaza de agua fresca. Luego se incorpora, con su sonrisa de siempre, y sin ruido desaparece entre los árboles. Su sombra ligera danza aún por un momento, diminuta, en la ladera, y luego desaparece.

¡Izta, oh madre! Todo vuelve a ti...



## Obras citadas :

No todas las frases en *itálicas* son citas, pero las que sí lo son, corresponden a las siguientes fuentes, en su orden de aparición en el texto:

1. “Los Acuerdos y después” (Julio 1993), en Silvia Ethel Matus Avelar. 1996. *En la dimensión del tránsito*, Editorial Capira, San Pedro Sula. (A propósito de los acuerdos de paz de 1992 en El Salvador).
2. *Carta del jefe Seattle*, 1854 (Carta del jefe de la tribu Suwamish, hoy en el estado de Washington, a los invasores blancos).
3. *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. UNAM, México, 1972 (6ta edición, 1ra edición 1959) Introducción, selección y notas, Miguel León Portilla. (Descripción de la masacre cometida por los españoles durante la fiesta de Tóxcatl —principal fiesta de las y los aztecas, en honor a Huitzilopochtli— en noviembre 1519, al poco tiempo de la llegada de Cortés a Tenochtitlan, según los informantes de Sahagún).
4. Fragmento de un poema de Mario Payeras (1940-1995), revolucionario guatemalteco, fundador del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y luego de la organización Octubre Revolucionario. Entre sus textos literarios y políticos se encuentran: *Poemas de la zona Reina*, *La latitud de la flor y del granizo*, *Los días de la Selva*, *Trueno en la ciudad*.

5. “Ley Revolucionaria de las Mujeres Zapatistas”, en *El Despertador mexicano*, órgano informativo del EZLN, distribuido en San Cristóbal de Las Casas, el 1º de enero 1994, citado en Rosa Rojas, *Chiapas, ¿y las mujeres, qué?*, Tomo I, Colección del dicho al hecho, Ediciones La Correa Feminista, México DF, 1994.

6. Poema de Yoyontzín “Con Flores”, Nezahualcoyotl, el príncipe poeta de Texcoco.

7.”Entrevista con siete mujeres comandantes zapatistas, Oventic (Chiapas), Primer encuentro intercontinental por la humanidad y contra el neoliberalismo”, julio 1996, en: *Más Mujeres*, folleto del Collectif Ya Basta París, marzo 1997.

8. Alessandra Boccheti, “Las mujeres con las mujeres pueden”, en *Lo que quiere una mujer. Historia, política, teoría*. Escritos 1981-1995. Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la mujer. Madrid, 1995.

Libro editado e impreso por:  
**fem-e-libros**  
creatividadfeminista.org  
<http://www.creatividadfeminista.org>  
<http://www.creatividadfeminista.net>  
autora@creatividadfeminista.org  
autora@creatividadfeminista.net

México, 2004

Se terminó de imprimir en agosto de 2004  
**fem-e-libros**  
Aguascalientes 54, Colonia Roma Sur, México D.F.

Finalmente, Micaela dice, en voz baja: me quitaron mis responsabilidades. Lorena: ¿Cómo? No querían que viniera. Y entonces, dicen que deserté. Sabes, estamos en guerra y yo me fui, Lorena. ¿No querían que vinieras? ¿No habían autorizado tu salida? No. La voz de Micaela se hace más firme: no querían hacer nada, no querían saber del tema siquiera. Me dijeron que no había nada que hacer, que no había dinero. Que en este momento la situación estaba demasiado tensa, que teníamos que esperar... Esperar, ¿hasta cuándo? No me supieron responder. Pero yo no lo podía aceptar. Sé que la situación no va a mejorar. ¿Cómo voy a dejar yo que se mueran tres compañeras que están bajo mi responsabilidad, si puedo hacer algo?



En México, tres mujeres se encuentran. A través de ellas, toma vida no sólo el México contemporáneo y antiguo, el de las luchas políticas, sino también el de las fuerzas de la naturaleza. Esta novela tiene una dulzura extraña: es militante y onírica, trágica y alegre, incisiva y sensual.

Jules Falquet es feminista y socióloga, nacida en Francia y con el ombligo enterrado, probablemente, en alguna montaña del sureste mexicano o de Centroamérica.